

U A N

AUTÓNOMA DE NUE
ERAL DE BIBLIOT

Small white label on the spine edge, containing illegible text.

SPENCER

INSTITUCIONES

PROFESIONARIAS

HM51

S8

1901

A. C.

A white rectangular sticker is affixed to the top left of the left page. It features a standard 1D barcode with vertical black bars of varying widths on a white background. Below the barcode, the number "1020025472" is printed in a simple, black, sans-serif font.

1020025472



INSTITUCIONES PROFESIONALES

UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



FONDO
RICARDO COVARRUBIAS

68
39

OBRAS PUBLICADAS

por LA ESPAÑA MODERNA, que se hallan de venta en su Administración, Cuesta Sto. Domingo, 16, Madrid, y que recomendamos especialmente á nuestros favorecedores.

AGUANNO.—La Génesis y la evolución del derecho civil, 15 pesetas.

GIURIATI.—Los Errores judiciales, 7 pesetas.

GRAVE.—La Sociedad futura, 8 pesetas.

GROSS.—Manual del Juez, 12 pesetas.

KELLS-INGRAM.—Historia de la Economía Política, 7 pesetas.

KOCHS.—Higiene general, 3 pesetas.

KRUGER.—Historia, fuentes y literatura del Derecho romano, 7 pesetas.

LOMBROSO, FERRI, GAROFALO y FIORETTI.—La Escuela criminológico-positivista, 7 pesetas.

MARTENS.—Derecho internacional, público y privado (3 tomos), 22 pesetas.

MAX-MULLER.—Origen y desarrollo de la religión, 7 pesetas.

MOMMSEN.—Derecho público romano, 12 pesetas.

ROGERS.—Sentido económico de la historia, 10 pesetas.

SOHM.—Historia é Instituciones de Derecho Privado Romano, 14 pesetas.

STAHL.—Historia de la Filosofía del Derecho, 12 pesetas.

SUMNER-MAINE.—El Antiguo derecho y la Costumbre primitiva, 7 pesetas.—La Guerra, según el derecho internacional, 4 pesetas.—Historia del Derecho, 8 pesetas.—Las Instituciones primitivas, 7 pesetas.

WESTERMARCK.—El Matrimonio en la especie humana, 12 pesetas.

Obras de Spencer publicadas por LA ESPAÑA MODERNA

Principios de Sociología. Comprenden: Los Datos de la Sociología, 2 tomos, 12 pesetas.—Las Inducciones de la Sociología y las Instituciones domésticas, 9 pesetas.—Las Instituciones sociales, 7 pesetas.—Las Instituciones políticas, 2 tomos, 12 pesetas.—Las Instituciones eclesiásticas, 6 pesetas.—Las Instituciones profesionales, 4 pesetas.—*Principios de Moral.* Comprenden: La Moral de los diversos pueblos y La Moral personal, 7 pesetas.—La Justicia, 7 pesetas.—La Beneficencia, 6 pesetas.—El Organismo social, 7 pesetas.—El Progreso, 7 pesetas.—Exceso de legislación, 7 pesetas.—De las leyes en general, 8 pesetas.—Ética de las prisiones, 10 pesetas.

BIBLIOTECA DE JURISPRUDENCIA, FILOSOFÍA É HISTORIA

INSTITUCIONES PROFESIONALES

POR

HERBERT SPENCER

TRADUCCIÓN

POR

LEOPOLDO PALACIOS

MADRID
LA ESPAÑA MODERNA
Cuesta Sto. Domingo, 16.

1901

100580[®]

37092

149
S
H H 51
S
1901



FONDO
RICARDO COVARRUBIAS

ES PROPIEDAD

CAPILLA ALFONSINA
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
U. A. N. L.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE LEÓN
FONDO RICARDO COVARRUBIAS
ALFONSO REYES
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

PREFACIO

De las tres partes que encierra este volumen (1), dos ya se han publicado: la primera en un volumen separado, la segunda en una serie de artículos de Revista; la tercera es nueva y completa la *Filosofía sintética*.

La serie de obras comprendidas en este título está completa sin estarlo. Debía tener diez volúmenes, y tiene diez. Según el plan, al volumen de los *Primeros Principios* debían seguir dos volúmenes de *Biología*, dos de *Psicología*, tres de *Sociología* y dos de *Ética*; y á cada una de estas materias hemos consagrado el número de volúmenes previstos. No obstante, hay una laguna, desde cierto punto de vista... La paradoja se explica por el hecho de que los dos volúmenes primeros de *Principios de Sociología* se transformaron en tres, y el tercero, que sería el cuarto, no ha sido redactado. Debía tratar de los progresos en los respectos lingüístico intelectual, moral y estético. Pero es materialmente imposible á un inválido de setenta y seis años tratar de manera adecuada materias tan extensas y complejas.

Conviene añadir, sin embargo, que si esta parte del proyecto original queda sin realizar, hay porciones

(1) Se refiere al enorme volumen inglés, no al presente.

importantes que no han sido previstas y que se han tratado.

En los *Principios de Psicología*, la noción relativa á las conformidades, y en los *Principios de Sociología*, la división relativa á las *Instituciones domésticas*, son suplementarias; se han añadido apéndices á diferentes volúmenes, que representan un total de 430 páginas más que las calculadas. Y no es todo.

Aunque no formara parte del primitivo proyecto el *Estudio de la Sociología*, puede con justo título ser entendido como un suplemento, y lo mismo sucede á los ocho ensayos que directa ó indirectamente dilucidan la teoría general, sin contar las partes publicadas de esta compilación de documentos en apoyo de la *Sociología descriptiva*. Permítasenos, pues, decir que, si no de la manera proyectada, las promesas se realizaron.

Volviendo la vista á los treinta y seis años que han pasado desde que comenzamos la *Filosofía sintética*, me asusta la audacia con que la acometí entonces, y me sorprende más haberla terminado. En 1860 era casi un despilfarro de mis modestos recursos escribir y publicar volúmenes que no pagaban los gastos, y padecí una afección crónica ocasionada por *surmenage cerebral* en 1844, que me impidió trabajar en absoluto durante diez y ocho meses; después todavía, sólo pude trabajar tres horas diarias, y muchas veces menos. Se puede juzgar cuán insensato parecería mi proyecto á los que fueron sus testigos, cuando antes de terminar el primer capítulo del primer volumen me obligó á detenerme uno de mis periodos de agotamiento nervioso.

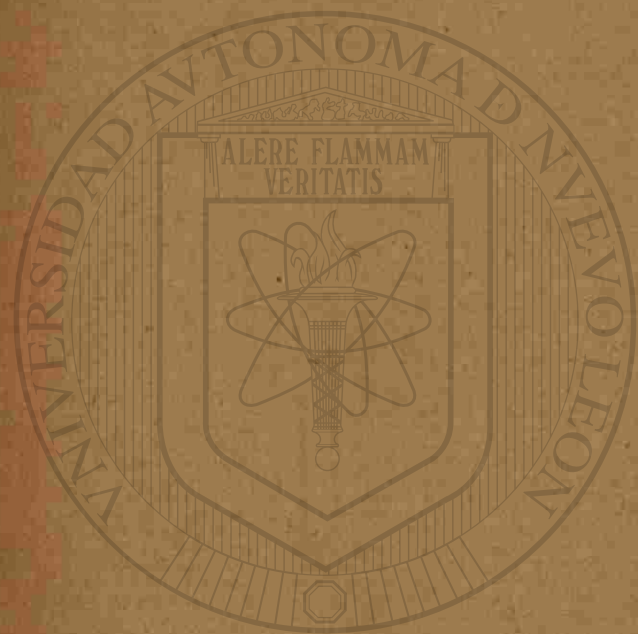
Pero las tentativas imprudentes no naufragan siempre; muchas veces una esperanza frustrada se justifica con el éxito. Aunque otras dificultades y numero-

sas recaídas durante semanas, meses y hasta años me hicieron desesperar de llegar al apetido término, llegué.

En días ya remotos ¡cuánto hubiera gozado! Pero á medida que la edad avanza se debilitan los sentimientos; mi principal placer ahora es el descanso.

Me satisface, no obstante, el pensar que ni las pérdidas de dinero, ni los desalientos, ni la ruina de mi salud, me impidieron realizar el objetivo de mi existencia.

Londres, Agosto, 1896.



INSTITUCIONES PROFESIONALES

CAPITULO PRIMERO

LAS PROFESIONES EN GENERAL

1. ¿Cuál es la característica común a las instituciones profesionales, que las hace un grupo distinto de los demás grupos de las instituciones que integran la sociedad? No es fácil de hallar la respuesta. Llegaremos, sin embargo, á formarnos una concepción aproximadamente exacta, considerando en su naturaleza íntima las funciones de los grupos respectivos.

Las vidas de una sociedad y de sus miembros, dependen de alguna suerte, mutuamente unas de otras: la conservación de la vida de una sociedad, órgano insensible, no tiene fin inmediato sino como medio del fin último, que es la conservación de la vida de sus miembros, organismos sensibles. La función primitiva considerada, sea en el orden del tiempo, sea en el orden de la importancia, es la defensa de la vida de la tribu ó nación, la defensa de la sociedad contra los enemigos que la acechan.

Con vista al mejor cumplimiento de este fin, se establece cierta reglamentación de la vida. Para dirigir de manera eficaz la guerra, que implica la preeminencia de un jefe ó capitán con subordinados, son necesarias restricciones á la acción individual; y cuando el

mandato del jefe afortunado acaba en un gobierno permanente, se establece en el curso del ulterior desenvolvimiento, una reglamentación de la vida de la sociedad que la prepara al buen éxito de las empresas guerreras. La defensa contra el enemigo es fuerte, y, por consiguiente, arrastra la defensa de los ciudadanos unos de otros; y las reglas de conducta impuestas al principio por el jefe afortunado, llegan á ser reforzadas después de su muerte por los prestigios atribuidos á su espíritu. De este modo, á la intervención del rey vivo y de sus agentes, viene á juntarse la intervención del rey muerto y de los suyos. Al mismo tiempo que se forman las instituciones para la defensa y la reglamentación de la vida, se forman otras para el mantenimiento de la misma vida. Aunque al principio cada cual se procura por sí sólo el alimento, el vestido, el abrigo, sin embargo, el cambio que comienza con el trueque de los objetos corrientes, da origen á una serie de operaciones y usos, que facilitan grandemente la conservación física de todos.

Pero en cuanto se organizaron la defensa de la vida y su mantenimiento, ¿se paraliza la evolución? ¿Hay alguna otra función general?

Hay, sin duda, aumento de la vida, y esta función es la que generalmente realizan las profesiones. No hay duda que el médico que hace desaparecer los dolores, concatena los huesos rotos, cura las enfermedades y nos libra de una muerte prematura, aumenta la duración de la vida. Los compositores de música, y los que tocan, así como los profesores de música y de baile, exaltan las emociones y aumentan la vida. El poeta épico, lírico ó dramático, de acuerdo con el autor, nos procura, á su modo, sensaciones agradables y nos aumenta la vida. El historiador y el hombre de

letras elevan el estado mental del hombre en cierta medida, primero en la dirección que le imprimen, después por el interés que excitan los hechos y las ficciones y aumentan la vida. Aunque no podamos decir nosotros que el legislador y el abogado operen la misma acción de una manera directa, facilitan, sin embargo, el mantenimiento del ciudadano, ayudándole á resistir las agresiones y es eso aumentar la vida. Las numerosas operaciones y aplicaciones que el hombre de ciencia despierta, así como el interés intelectual que remueve y la luz que brota á su paso, dondequiera aumentan la vida. El profesor, tanto por la instrucción que suministra, como por la disciplina que impone, hace á sus alumnos capaces de adaptarse á tal ó cual ocupación de un modo más efectivo y obtener provechos para su subsistencia difícil si no, al mismo tiempo inicia al educando en goces íntimos, particulares y variados: aumenta la vida. Y los que se ocupan en artes plásticas también, el pintor, el escultor, el arquitecto, excitan con sus producciones sentimientos delicados, emociones agradables de orden estético, aumentan así la vida...

2. ¿Cómo se forman las profesiones? ¿De qué tejido social preexistente derivan por diferenciación para plantear la cuestión en lenguaje evolucionista? Recorde mos la verdad general, evidenciada por diversos ejemplos en los *Principios de Sociología*; todas las estructuras de la sociedad resultan de especializaciones de parte de una masa relativamente homogénea. Hay que averiguar en qué parte de esta masa nacen las instituciones profesionales (1).

(1) Cuando apareció, hace ya más de veinte años, la primera parte de la *Sociología descriptiva*, se publicó en uno de los principales periódicos semanales reputado por uno de los me-

Es que presentada en forma definida la respuesta, los rasgos del profesionalismo, ó al menos una parte, arrancan de la organización político-eclesiástica primitiva; y tan rápidamente como se divide en política y eclesiástica, esta última entraña en sí, sobre todo, el germen del profesionalismo y le desenvuelve eventualmente. Recordando que en los primeros grupos sociales hay un director, un jefe temporal en tiempo de guerra, y requiere la sociedad subordinación para él en aquel tiempo, y que donde la guerra es frecuente, el empleo de jefe se hace permanente; recordando que para que la cooperación sea eficaz en tiempo de guerra se necesita la subordinación á un jefe, y que cuando esta subordinación es conveniente, aunque se limite al tiempo de guerra, resurje en otros instantes y favo-

jore: órgano de la cultura univ-itaria—y el artículo hizo gran honor al libro—la siguiente nota:

«No comprendemos el por qué la columna titulada *Profesional*, y que representa los progresos de las profesiones doctas, laicas... se presenta en el cuadro como su división de lo *Eclesiástico*.» El hecho de haber surgido esta cuestión muestra cuán superficial es la cultura histórica corriente. El autor de la crítica parece sin duda muy impuesto en todo lo que concierne al nacimiento, la muerte y el matrimonio de los reyes. Habría leído lo que cuenta Herodoto de los diversos pueblos; habría estudiado á Tucídides, y conociendo á Gibbon, tendrá probablemente también extensos conocimientos sobre el objeto de las guerras y de los cambios dinásticos de la mayor parte de las naciones europeas. Pero ignora lo que concierne á la ley general de la evolución de las sociedades por clara que sea. Porque, cuando prestamos atención, no á los chismorreos de la historia, sino á los hechos referentes á los cambios de las organizaciones sociales, descubiertos por incidente de tarde en tarde, y cuando los cambios que se producen en una sociedad se comparan con los que sobreviven en otras sociedades, la verdad del hecho es que las diversas instituciones profesionales derivan de las instituciones eclesiásticas *sante aux yeux*, como se dice en Francia.

rece la cooperación social; recordando que cuando influida por su conducta, subyuga su tribu á otras tribus, se solicita su propiciación, se la admira y obedece por su propia tribu; recordando que, en virtud de la teoría universal de los espíritus, el poder que se supone ejercido por el jefe de la tribu después de su muerte es igual, quizá mayor que cuando vivo; si recordamos todo eso, comprenderemos por qué acaece que las honras que se le tributan al jefe después de muerto, se parecían á las que recibía durante su vida y á menudo más considerables. Entre los pueblos primitivos, la vida en otro mundo se concibe idéntica por naturaleza á la vida presente; así como se ofrecían al jefe vivo, alimentos y bebidas, se llevaban ofrendas á su tumba y se hacían libaciones. Lo mismo que se le mataban animales cuando vivo, se le sacrificaban en su tumba después de muerto. Si fué un gran rey, con un tren de casa considerable, el destrozo de gran número de bestias para la subsistencia de su corte, encuentra su paralelo en las hecatombes de vacas y de carneros muertos para el mantenimiento de su espíritu y el de sus subordinados. Si era caníbal, le suministraban víctimas humanas después de su muerte, como si viviera, y su sangre se esparcía por la tumba ó sobre el altar, que representa la tumba. Habiendo tenido servidores en este mundo se supone que tendrá necesidad de servidores en el otro, y frecuentemente se les mata en sus funerales ó bien se les envía en su seguimiento. Cuando las mujeres de su harem no son inmoladas en el lugar de su sepulcro, como á veces sucede, era uso consagrarle vírgenes en un templo. Las visitas hechas para rendirle homenaje en su residencia se hacen más tarde; las peregrinaciones á su tumba ó á su templo y los regalos tributados al trono, tienen por homólogos

los regalos que al féretro se tributan. Prosternaciones, genuflexiones y otros actos de la más variada deferencia se producían en su presencia; y el culto ofrecido en su templo va acompañado de las mismas ceremonias. Cuando vivo, se le ofrecían alabanzas, y las mismas alabanzas ó mayores se le ofrecen muerto. La danza que desde el principio era la expresión espontánea de la dicha en su presencia, deviene una observancia ceremonial y continua siendo una práctica ceremonial con ocasión del culto tributado á su espíritu. Y, por supuesto, sucede lo mismo con la música que acompaña al ceremonial, sea de instrumentos, sea de voces, y se la ejecuta lo mismo ante el jefe sobrenatural que ante el jefe natural.

Evidentemente, pues, si alguna de estas acciones ú operaciones comunes á la lealtad política y al culto divino tienen un carácter que recuerda ciertos rasgos del profesionalismo, éste debe ser considerado como teniendo doble raíz en la organización política y eclesiástica. Es evidente también, que si en el curso de la diferenciación creciente de estas organizaciones gemelas, la organización eclesiástica se desenvuelve de una manera más imponente y más amplia, en parte porque el ser sobrehumano supuesto á que sirve, ve aumentar continuamente el poder que se le atribuye, y, en parte, porque el culto que se le rinde, en vez de estar limitado á un lugar solo, se extiende por todas partes, las acciones y operaciones profesionales se desenvolverán más especialmente en conexión con la organización eclesiástica.

3. Varios de los modos de actividad comprendidos en las organizaciones políticas y religiosas, son de la especie indicada. Los actos de propiciación con la mira del rey visible y del rey invisible y deificado,

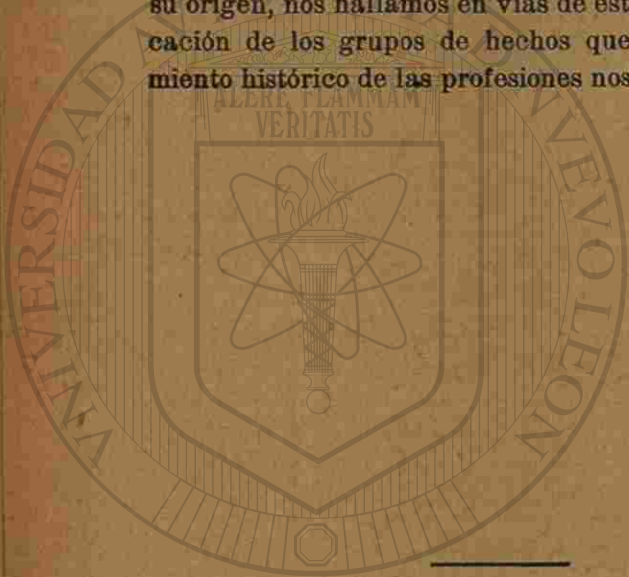
tienen unos por objeto el mantenimiento de su vida, otros contribuyen ciertamente al aumento de la vida por su exaltación; lo que sucede cuando se procura al ser venerado satisfacciones emocionales con alabanzas, cantos y otros medios variados que avivan placeres estéticos. Y claro, los factores que engendran discursos alabanciosos, poesías, himnos, recitados triunfales dramatizados, así como imágenes esculpidas ó pintadas en los edificios consagrados, se desenvolverán principalmente en conexión con los que sirven de un modo permanente á los jefes divinizados, es decir, con los sacerdotes.

Otra razón que acredita el por qué las profesiones dichas, y otras que en ellas no figuran como las de legislador y profesor, tienen un origen eclesiástico, es que la clase de los sacerdotes llega necesariamente á estar por cima de las otras clases por su saber y su capacidad intelectual. Su habilidad, su dirección y su conocimiento de la naturaleza de las cosas dan al sacerdote primitivo, ó médico, influencia sobre sus semejantes; y estos rasgos continúan distinguiéndole cuando en fases posteriores, sin carácter de sacerdote deviene distinto. Su poder como sacerdote se ve aumentado por tales hazañas ó tales ó cuales resultados vedados á la masa del pueblo, incapaz de producirlas ó comprenderlas; y está, por consiguiente, incitado siempre á adquirir la cultura superior y las facultades del espíritu necesarias para los géneros de actividad que clasificamos entre las actividades profesionales.

Hay otro hecho todavía muy elocuente. La clase sacerdotal provista por las otras clases de los medios de subsistencia, vive ociosa necesariamente. No viéndose obligados á trabajar para ganar su sustento, pueden sus miembros consagrar su tiempo y su ener-

gía al trabajo y á la disciplina intelectuales, requeridos en las ocupaciones profesionales como en oposición á las otras ocupaciones.

Provistos ahora de estas concepciones generales de la naturaleza de las instituciones profesionales y de su origen, nos hallamos en vías de estudiar la significación de los grupos de hechos que el desenvolvimiento histórico de las profesiones nos ofrece.



CAPITULO II

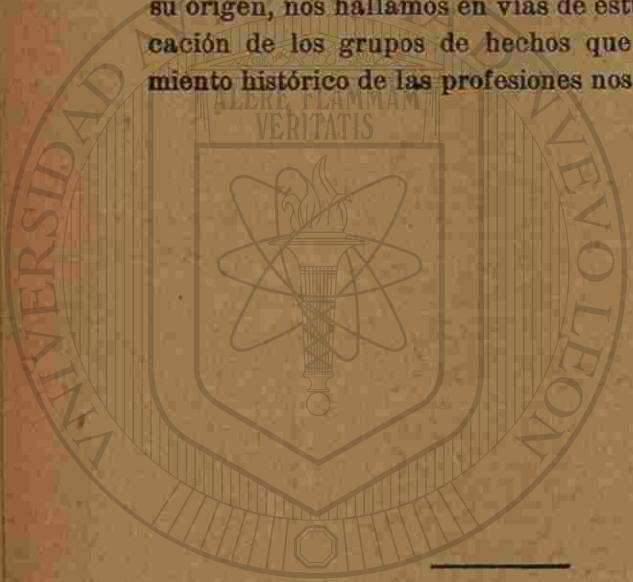
MÉDICO Y CIRUJANO

4. En las *Instituciones Eclesiásticas* hemos ofrecido ejemplos de la verdad general, según la cual, es difícil distinguir, en las tribus salvajes, el sacerdote del médico. Sus funciones respectivas se verifican, generalmente, por la misma persona. Añadiré algunos ejemplos á los ya apuntados.

Según Humboldt, «los *marriris* caribes, son á la vez sacerdotes, juglares y médicos...» Entre los tupis, «los *payes*, como se les llamaba, eran, á un tiempo, charlatanes, juglares y sacerdotes». Pasando de la América del Sur á la del Norte, leemos que «los *carriers* apenas conocían las hierbas medicinales. Su sacerdote ó mago era también su médico»; y dice Schoolcraft, á propósito de los *dakotahs*: «El sacerdote es á la vez profeta y médico.» En Asia encontramos una relación del mismo género. En la India meridional, los *kurumbas* son los médicos de los *badgagas*, y se refiere que «los *kurumbas* oficiaban como sacerdotes con ocasión de casamientos y de muertes. El mismo hecho se produce en los pueblos más septentrionales». Los médicos indígenas pululan en Mongolia...: son generalmente *lamas*. Algunos laicos, añaden á las otras ocupaciones suyas, la práctica de la medicina, «pero la mayor

gía al trabajo y á la disciplina intelectuales, requeridos en las ocupaciones profesionales como en oposición á las otras ocupaciones.

Provistos ahora de estas concepciones generales de la naturaleza de las instituciones profesionales y de su origen, nos hallamos en vías de estudiar la significación de los grupos de hechos que el desenvolvimiento histórico de las profesiones nos ofrece.



CAPITULO II

MÉDICO Y CIRUJANO

4. En las *Instituciones Eclesiásticas* hemos ofrecido ejemplos de la verdad general, según la cual, es difícil distinguir, en las tribus salvajes, el sacerdote del médico. Sus funciones respectivas se verifican, generalmente, por la misma persona. Añadiré algunos ejemplos á los ya apuntados.

Según Humboldt, «los *marriris* caribes, son á la vez sacerdotes, juglares y médicos...» Entre los tupis, «los payes, como se les llamaba, eran, á un tiempo, charlatanes, juglares y sacerdotes». Pasando de la América del Sur á la del Norte, leemos que «los carriers apenas conocían las hierbas medicinales. Su sacerdote ó mago era también su médico»; y dice Schoolcraft, á propósito de los dakotahs: «El sacerdote es á la vez profeta y médico.» En Asia encontramos una relación del mismo género. En la India meridional, los kurumbas son los médicos de los badgagas, y se refiere que «los kurumbas oficiaban como sacerdotes con ocasión de casamientos y de muertes. El mismo hecho se produce en los pueblos más septentrionales». Los médicos indígenas pululan en Mongolia...: son generalmente *lamas*. Algunos laicos, añaden á las otras ocupaciones suyas, la práctica de la medicina, «pero la mayor

parte de los médicos son sacerdotes». Sucede lo mismo en el otro grande continente. Nos cuenta Reade, que en el Africa ecuatorial el hombre-fetiché (fetichman) es médico, sacerdote y hechicero; y en lo que concierne á los toloffs y á los eggarahs, Molliou, Allen y Thomson han confirmado estos hechos.

Estas pruebas, que vienen en apoyo de las dadas en la parte precedente y reforzadas por pruebas más concluyentes todavía, dadas en el primer volumen de los *Principios de Sociología*, demuestran que la unión de las dos funciones es un hecho normal en las sociedades primitivas.

5. El origen de esta reunión gira sobre el hecho ya citado en algunas de las partes precedentes de que el sacerdote, como el médico, tienen relación con supuestos seres sobrenaturales, y la confusión viene en parte del carácter que se atribuye á estos espíritus y dioses, según que algunos sean considerados como malos siempre, mientras que otros, aunque generalmente amigos, sean considerados como susceptibles de encolerizarse, produciendo entonces diversos males.

El médico, al mantenerse en relación con los espíritus malos, considerados entre los salvajes como provocadores de enfermedades, entre otros males, somete en parte á sus enfermos á curas naturales; pero sobre todo á métodos de exorcismo. Keating dice, hablando de los chippewas: «Su método de tratamiento descansa más bien sobre la elección [de encantamientos á propósito, que sobre la prescripción de los remedios convenientes.» Leemos de los habitantes de Nootka Sound:

«Los dolores naturales y las enfermedades son invariablemente atribuidas á la ausencia del alma ó á su conducta irregular, ó á la influencia de los espíri-

tus malos, y todo el tratamiento tiene por objeto el restablecer la primera y apaciguar los últimos.»

Y leemos asimismo á propósito de los okanaganos:

«Aquí como allá, cuando la enfermedad ha tomado un tono serio ó misterioso, todo tratamiento médico apropiado se abandona, y el enfermo entrégase á los poderes mágicos del médico.»

La creencia en el origen sobrenatural de las enfermedades, engendra diversos usos en otros sitios. Se dice de los karenos que «cuando una persona está enferma, esas gentes (los médicos) se empeñan, mediante remuneración, en decir cuál es el espíritu que ha provocado la enfermedad, indicando qué ofrenda es menester hacer para aplacarle». Entre los araucanos, el médico, después de haber pasado por una especie de éxtasis real ó simulado, durante el cual supuso haber estado en comunicación con los espíritus, declara después de vuelto en sí, «la naturaleza y el sitio de la enfermedad y empieza á medicinar al paciente, frotándole al mismo tiempo en el sitio enfermo, hasta el momento en que dice haber salido lo que le causaba la enfermedad y le muestra en triunfo. Es generalmente una araña, un sapo ó cualquiera otro reptil que el médico, al efecto, guardaba con empeño».

Hablando de los médicos taitianos, «que son casi siempre sacerdotes y brujos», dice Ellis, que en caso de enfermedades, recibían honorarios; se suponía que pertenecían á los dioses en parte. Se pensaba, en efecto, que los dioses que habían causado la enfermedad, debían ser aplacados con regalos. Un pueblo más avanzado revela un encadenamiento de ideas análogas. Nos dice Gilmour:

«Los mongoles muy pocas veces separan la medici-

na de las oraciones, y el doctor eclesiástico tiene esta ventaja sobre el doctor laico; puede ocuparse, á la vez, en administrar las medicinas y en realizar las ceremonias religiosas.»

De ahí deriva la función medicinal del sacerdote.

Cuando las enfermedades no son procuradas por dioses coléricos, se cree que provienen de demonios que habitan en el cuerpo; como hacen al cuerpo inhábil para todo, es necesario expulsarlos y desterrarlos, invocando espíritus superiores.

Pero se hace á las veces, que son muchas, uso simultáneo de medios naturales y sobrenaturales, lo cual indica, probablemente, que el médico primitivo empírico y accidental en cuanto sirve remedios que obran físicamente ó químicamente, es un precursor del médico profesional de hoy; sin embargo, este pretendido parentesco es ilusorio, porque las sustancias que reconocemos como remedios naturales no son reconocidas nunca como tales por él. En partes anteriores de los *Principios*, se ha visto que los efectos poderosos, producidos en el cuerpo por las plantas y sus productos, eran atribuidos á los espíritus que viven en ellas. Así, el hombre de medicina «ó de misterio» (*medicine-man or mysterys-man*), que no se ocupa sino en un proceso de curación sobrenatural, no es un precursor del médico á no ser cuando se sirve, en parte, de los mismos medios, y no en cuanto no obra bajo el imperio de las mismas ideas.

Como veremos ahora, el médico más bien tiene su origen en el sacerdote propiamente dicho, que trata con los espíritus mediante la simpatía, y no con antagonismo.

6. Mientras que el médico primitivo caracteriza las sociedades poco importantes y poco desenvueltas, el

verdadero sacerdote aparece con el agregado social y la formación del gobierno establecido. Vimos en otro lugar de los *Principios de Sociología*, en las *Instituciones Eclesiásticas*, que en los orígenes, los espíritus de los padres y madres y de los demás miembros de la familia, se veneraban por la parentela, lo cual implica que las funciones de sacerdote estaban al principio muy extendidas, salvo excepciones, pues su función pronto pasa al mayor de la familia; y después, cuando la posición de éste consolida y se hace hereditaria, el jefe que vive hace sacrificios al espíritu del jefe muerto, y lo hace á las veces por cuenta de su pueblo; surge así el sacerdote oficial. Y resulta que con el acrecentamiento de las sociedades por la unión con tribus sometidas y la expansión, el poder del jefe se hace real sobre numerosos grupos subordinados, y con el establecimiento de gobernadores delegados de la realeza para estos grupos y para mantener, sobre todo, el culto de la tribu conquistadora, se forma un clero que, como sedimenta en casta, llega á ser el agente del culto dominante, y por causas que hemos señalado ya, se desenvuelve en un ambiente de general cultura.

De una parte de esta cultura, que ha nacido de períodos precedentes, deriva un conocimiento más profundo de los agentes medicinales sustraídos gradualmente del dominio sobrenatural. Civilizaciones antiguas nos muestran la transición.

Dice más, pero de los antiguos egipcios:

«Los curanderos se dividen en varias categorías. Unos se inclinan del lado de los encantamientos y no creen sino en fórmulas y talismanes, otros preconizan el uso de las drogas, y estudian las cualidades de las plantas y de los minerales y fijan el momento exacto

en que deben procurarse y aplicarse... Los mejores médicos evitan á toda costa el ponerse al servicio exclusivamente de uno ú otro método... Consiste su tratamiento en una mezcla de remedios y de exorcismos, que varían de un enfermo á otro. Son generalmente sacerdotes.»

Al mismo tiempo que se fraguaba este progreso, se estableció una diferenciación de funciones. Entre las clases inferiores del sacerdocio se encontraban los «*pastofers*, que... practicaban la medicina.»

En lo que concierne al estado de cosas de Babilonia y Asiria, tenemos informes menos seguros. Lenormant dice de los caldeos:

«Es curioso notar que las tres cuartas partes que componían la gran obra mágica, cuyos restos encontró sir Henry Rawlinson, corresponden exactamente á las tres clases de doctores caldeos que el libro de Daniel (I, 20; II, 2 y 27; V, 11) enumera al lado de los astrólogos y de los adivinos (*kascein* y *gazrin*), es decir, los *khartumin*, ó conjuradores, los *hakamin* ó médicos, y los *asaphim* ó teósofos.»

Nos dice cosas semejantes el profesor Sayce:

«Los médicos existían, desde mucho tiempo hace, en Asiria y en Babilonia. Es verdad que la gran masa del pueblo encontraba remedios en caso de enfermedad, en encantamientos y en ceremonias religiosas, y atribuía la enfermedad á la posesión de los demonios, y no á causas naturales. Pero había un número siempre creciente de personas intruidas, que solicitaban con más ahínco al médico y sus remedios, cuando enfermaban, que al mago ó al sacerdote y á sus encantamientos.»

Como se ve, tomados en junto estos dos asertos, se

puede deducir que los médicos surgieron de la clase de los sacerdotes.

Claro; lo mismo ocurría á los hebreos, como á sus vecinos más civilizados. Dice Gauthier:

«Entre los judíos, como en casi todos los pueblos antiguos, ha sido sacerdotal la medicina durante mucho tiempo; los únicos médicos eran levitas... En los pueblos más antiguos de Asia, tales como los indos y los persas, el arte de curar estaba ejercido también por los sacerdotes.»

En tiempos más recientes ya llegó á ser la conexión menos estrecha y se produjo una separación entre el médico y el sacerdote. Leemos en el *Eclesiastés*:

«Hijo mío, no seas perezoso durante tu enfermedad; pero suplica al Eterno y El te curará. Purga en ella el pecado, y eleva tus manos en pro de la justicia, y purifica tu corazón de toda impiedad. Ofrece con fe, con entusiasmo... el mejor sacrificio... Después busca al médico, porque el Señor le ha creado; no le dejes salir de tu casa mientras necesites de él.» (XXXVIII, 9-12.)

Draper hace notar hechos análogos:

«En la literatura talmúdica, hay en lo que atañe á medicina, todas las señales de un estado transitorio; las cosas sobrenaturales parecen confundirse con las cosas físicas, las cosas eclesiásticas, con las cosas exactas: de tal suerte, que un rabino puede curar una enfermedad por la imposición de manos, operación eclesiástica; pero se explicaron los desórdenes febriles por accidentes físicos, con cierto error natural, y se atribuyó con acierto la parálisis de las patas de un animal, á la presión de un tumor en la medula espinal.»

Por lo que toca al origen de los médicos entre los

indos, las pruebas son oscuras; su historia es complicadísima gracias á la serie inacabable de gobiernos y religiones que afectaron sobreponiéndose. Los relatos están de acuerdo, sin embargo, en mostrar que era la medicina de origen divino: lo que quiere decir, evidentemente, que ha nacido del sacerdocio. En la introducción del libro de Charata, se dice que los conocimientos médicos descendían indirectamente de Brahma á Sudra, y que «Bharadvaja los adquirió por Sudra, que por su parte los comunicó á seis Bishis, uno de los cuales era Agnivása». Hunter atribuye á lo mismo la asociación de la práctica médica con las funciones sacerdotales, cuando dice que «la astronomía y la medicina nacionales de los indos recibieron el primer impulso de las exigencias del culto nacional». La misma conexión se mostraba cuando la preponderancia del budhismo. «Se estudiaba la ciencia en los principales centros de la civilización budhista, entre otros, en la gran universidad monástica de Nalanda, cerca de Gayá.»

La génesis de la profesión médica fué semejante entre los griegos; «la ciencia (médica) se consideraba como de origen divino, y... los médicos continuarán siendo considerados, en cierto sentido, como los descendientes de Esculapio». Leemos en Grote, á este propósito:

«Las numerosas familias ó gentes, llamadas asclepiades, que se consagraban al estudio y á la práctica de la medicina, y que vivían cerca generalmente de los templos de Asclepio, donde acudían las personas enfermas que padecían mucho en busca de remedio, reconocían todas al dios (Asclepio), no sólo como objeto de su culto, sino también como su verdadero antepasado.»

En los períodos más recientes vemos á las profesiones secularizarse.

«La unión entre el sacerdocio y la profesión médica perdió su intimidad gradualmente, y á medida que la última se separaba de la primera, se formaron divisiones y núcleos, tanto en lo que concierne á las diferentes especialidades, como la farmacia, la cirugía, etc., como en lo que concierne á las posiciones de sus adeptos.»

Pruebas diversas recuerdan que en los tiempos de la primitiva Roma, cuando no existía ninguna profesión médica, se miraban las enfermedades como si tuviesen una causa sobrenatural, y el método de tratamiento consistía en sacrificios de propiciación. De que ciertas enfermedades eran atribuidas á ciertas divinidades ó avivadas por ellas, se llegó á intentar atraerse en su favor á esas divinidades; de ahí los sacrificios á *Febris*, á *Carha*, etc. Una isla sobre el Tiber, que ya poseía un dios guerrero local, se convirtió en un lugar de culto á Esculapio; á él se recurrió en demanda de socorro en caso de una epidemia. En Roma, como en otras partes, el tratamiento médico vivió, sin duda, asociado al principio á las funciones del sacerdocio. A través de las edades se perturbó el curso normal de la evolución, debido á extrañas influencias de otras sociedades. Los pueblos conquistados, caracterizados por una habilidad médica, real ó supuesta, suministraron las prácticas medicinales. Durante mucho tiempo dependieron de las casas patricias. Guhl y Koner dicen «que los médicos y cirujanos eran la mayor parte del tiempo esclavos ó libertos». La profesión médica, cuando comenzó á desenvolverse, procedía de origen extranjero. Escribe Mommsen:

«El primer médico griego, Archagaltus el del Pe-

loponeso, se fijó en Roma en 534, y adquirió tan grande reputación por sus operaciones quirúrgicas, que le asignó el Estado una residencia y concedió derecho de ciudadanía; cayeron sobre Roma después multitud de sus colegas. La profesión, una de las más lucrativas que hubo en la ciudad, continuó formando un monopolio en manos extranjeras.»

7. En razón de la oposición que existió desde el principio entre el paganismo y la religión cristiana, podríamos suponer, naturalmente, que la asociación primitiva de las funciones del sacerdote y las del médico cesó cuando el cristianismo ganó terreno. Pero las raíces de los sentimientos y de las creencias humanas tienen bases más profundas que las tendencias particularistas; sobreviven y florecen de nuevo, incluso cuando la creencia vieja parece muerta y reemplazada la nueva. En todos los sitios se encuentran ideas y usos paganos que vienen á modificar la forma y la doctrina del cristianismo, y aquí sucedo eso. La teoría primitiva, que atribuye á las enfermedades un origen sobrenatural, subsiste, y, por consiguiente, la intervención del sacerdote sigue siendo necesaria. Leemos, en efecto, á propósito de diferentes hospitales construidos por los primeros cristianos:

«Los administraba generalmente un sacerdote: San Isidoro en Alejandria, bajo el patriarca Teófilo; en Constantinopla San Zotico, después San Samsón.»

Con propósito de sustituir por establecimientos médicos cristianos los demás establecimientos paganos, se advirtió que «la destrucción de los *asclepion* no trajo por efecto la adopción de medidas extensas y pertinentes, necesarias para asegurar la educación profesional. De ahí vienen la credulidad y la impostura que aumentan gradualmente durante los períodos ul-

teriores, hasta el punto de reinar últimamente una creencia universal, por decirlo así, relativa á la intervención milagrosa.»

Sería más correcto decir que la concepción pagana de la enfermedad y de su tratamiento renacía de nuevo. Según Sprengel, «después del siglo VI ejercían la medicina los monjes, casi con exclusión de otros. Practicaban sus curas por medio de súplicas, de reliquias de mártires, de agua bendita, etc., y muchas veces sobre las tumbas de los mártires. Puede formarse idea de la situación de las cosas durante los primeros tiempos de la Edad Media, tan ignorados todavía, por el hecho de que, durante los siglos XII y XIII, el ejercicio de la medicina por los sacerdotes les dejaba tan poco tiempo para sus funciones religiosas, que se promulgaron ordenanzas para impedir sus dilates; el Concilio de Letrán en 1139, el Concilio de Reims de 1131 y el de Letrán de 1215, ofrecen buena prueba de ello. Pero el abuso sobrevivió todavía durante siglos en Francia, y probablemente en otros sitios; y parece que hasta que una bula papal permitió á los médicos casarse, no comenzó á declinar el ejercicio de la medicina por los sacerdotes. «Los médicos de la Universidad de París no estuvieron autorizados para casarse antes de 1452».

En Inglaterra se observaba una relación parecida entre el sacerdote y el médico.

En 1456 «el ejercicio de la medicina estaba todavía, en cierta medida, en manos del clero». La prueba de que los eclesiásticos ejercían una autoridad en el ejercicio de la medicina, se encuentra en un estatuto del año tercero del reinado de Enrique VIII. He aquí lo que dice:

«Se había mandado que ninguna persona de Lon-

dres, ó que residiere en siete millas de sus alrededores, no pudiese ejercer la medicina ni la cirugía, sin verificar un examen y obtener una licencia, concedida por el obispo de Londres ó por el dean de San Pablo, debidamente asistidos por la Facultad; ni más allá de estos límites, sin licencia del obispo de la diócesis ó del vicario general, asistidos de semejante manera.»

El arzobispo de Canterbury guardó también para sí el derecho de conceder diplomas médicos hasta 1848, é hizo uso de este derecho durante todo ese año. Se ve que la separación entre el «médico del alma y el médico del cuerpo», que se acentúa á medida que los pueblos salvajes se hacen civilizados, se completa gradualmente á través de la Europa cristiana.

8. Esta continuidad en las creencias y los usos se revela incluso en las explicaciones que se dan de ciertas enfermedades la Iglesia y sus adeptos, explicaciones que han sobrevivido hasta ese día, quizá observadas hoy en ciertos tratamientos medicinales y en ciertas convicciones populares muy marcadas.

En el espíritu de muchísima gente se descubre todavía la idea de que las epidemias son resultado de la cólera divina, y el dicho «muerto por castigo de Dios», así como la vaga idea de que la cura ó la salvación fatal de una enfermedad dependen, en parte, de una intervención sobrenatural, patentizan lo sentado; las antiguas creencias no murieron todavía. Además, hay cierto *parti pris* en conservarlas. Cuando hace añosse propuso dividir á los enfermos de un hospital en dos grupos, para rezar el uno, mientras que se abandonaba el otro á otros efectos, se acogió con indignación el tal propósito. Estaba muy arraigada la creencia en el resultado curativo de la plegaria, fuera ó no

justificada por los hechos, y por eso se presintió que podía perder, que valía más no ponerla frente á frente de otros remedios.

En nuestros días, todavía mucha gente considera la epilepsia como el resultado de la posesión por el demonio; y los católicos romanos tienen una fórmula de exorcismo de que debe hacer uso el sacerdote para curar las enfermedades que tienen causas sobrenaturales. La creencia en el origen demoníaco de ciertas enfermedades tiene que ser, en efecto, aceptada por los miembros de la Iglesia cristiana que son lógicos; porque es una creencia que les enseña el Nuevo Testamento y que además sobrevivió en lo que llamamos su más elevada cultura. Cuando vemos, por ejemplo, á un antiguo primer ministro, profundamente imbuido del espíritu universitario, prohibir públicamente el relato de los demonios expulsados que se refugian en un rebaño de cerdos, encontramos claramente demostrado que la teoría del origen diabólico de ciertos desórdenes, es enteramente compatible con las creencias corrientes. Y nos demuestra también que tiene todavía su papel la acción del sacerdote en el tratamiento médico.

Voy á permitirme añadir una forma más saliente de la persistencia actual de la primitiva teoría. La idea de que era necesario expulsar el demonio, causa de la enfermedad, continuó hasta tiempos recientes influyendo en el carácter particular de la práctica médica. El curandero primitivo, en las ideas de que era menester hacer del cuerpo humano un lugar inhabilitable por el demonio, hacía sufrir al enfermo tal ó cual tratamiento espantoso, doloroso ó repugnante. Hacía delante de él un ruido ensordecedor, gestos horribles, ó le exponía á un calor casi insopor-

table, ó al influjo insistente de olores insufribles, haciéndole engullir á veces las más abominables sustancias que podía imaginar. Como vimos en casos citados en otro lugar de los *Principios*, sacado alguno del *Eclesiastés*, las ideas de este género fueron conservadas algún tiempo hasta en el pueblo medio civilizado de los hebreos. Poseemos, por otra parte, numerosísimos hechos que demuestran cómo no solamente en la Edad Media, sino en tiempos mucho más recientes, la eficacia de los medicamentos se consideraba en proporción de su mal gusto: cuanto peor es el gusto, mejor y más saludable efecto. De ahí viene lo ridículo en que después de Montaigne quedaron las monstruosas composiciones que empleaban los médicos de su tiempo: «Basura de elefante, pies izquierdos de tortuga, hígado de topo, excremento de ratón en polvo, etc.» Copiamos una receta apuntada en la obra de anatomía de Vicary, *The Englishman's Treasure* (1641): «Cinco cucharadas de orina de un niño varón inocente.» De ahí también la creencia de que se puede curar la epilepsia «bebiendo agua en el cráneo de un suicida ó gustando la sangre de un asesino»; que el musgo echado en un cráneo humano, seco y reducido á polvo, y tomado en seguida, cura los males de la cabeza; y que la cuerda y pedazos de patíbulo en que hayan sido ejecutados y expuestos malhechores, tienen propiedades medicinales. Una noción semejante prevalece aún en nuestros días en la juventud y en las personas desprovistas de cultura. Revelan una asociación mental inveterada entre el carácter nauseabundo del medicamento y su eficacia: hasta tal punto, que cuando es agradable de tomar, cuesta trabajo hacer creer que sea realmente medicina.

9. Lo mismo que en la evolución en general, que

en la evolución orgánica, en la evolución social y á través de sus muchas divisiones, acompañan á la diferenciación primaria diferenciaciones secundarias. Mientras que la organización médica se separa de la organización eclesiástica, se operan divisiones en la organización médica en sí misma.

La división más notable es la que separa al médico del cirujano. Su origen se confunde en muchos aspectos, y actualmente parece más oscuro todavía; en vez de acentuarse alguna distinción nueva entre estas dos especialidades, se confundieron en los últimos tiempos. Las dos tienen por función común tratar los ordinarios desórdenes fisiológicos, y hacer uso de medicamentos; y el médico general se ocupa en los dos ramos. En efecto, es muy frecuente en nuestros días que se adquieran simultáneamente los grados en medicina y en cirugía, y que se unan de igual modo en la práctica estas dos profesiones, de veras íntimas. Antes, el médico y el cirujano estaban separados entre sí más que de los que fabricaban sus recetas. Hasta una época reciente, no sólo tenía el cirujano la costumbre de componer por sí mismo sus medicamentos, sino que el médico tenía también un botiquín, y á veces un empleado que hacía los menjurjes, algo de lo que sucede ahora muchas veces en los campamentos. En nuestros días, sin embargo, los médicos de las grandes ciudades, los cirujanos y practicantes, delegan en los farmacéuticos esta parte de su oficio.

Mas este desacuerdo aparente con el proceso evolutivo, desaparece cuando nos remontamos á las fases más antiguas. La distinción entre el médico y el cirujano no se ha producido por diferenciación; se afirmó desde el principio. Porque aunque los dos tenían por misión el curar los males corpóreos; el uno cuidaba de

las enfermedades que se suponían tener un origen sobrenatural, y el otro de las enfermedades de origen natural; uno, de las afecciones imputadas á la posesión demoníaca, y otro á heridas causadas por seres humanos, por animales ó por cuerpos inanimados. En las civilizaciones primitivas encontramos ejemplos de distinciones más ó menos claras de los dos oficios.

«El brahmán era el médico, pero la parte manual importante de la profesión, no podía ser ejercida por el brahmán puro; para subvenir á esta dificultad se formó, en uno de los pasados periodos, otra casta, nacida de la unión del vástago de un brahmán con la hija de un Vaishya.»

Los hechos demuestran con claridad que la diferencia existió en Egipto antes de la era cristiana, y está probado que los árabes dividían sistemáticamente la medicina, la cirugía y la farmacia en tres profesiones distintas. Entre los griegos, sin embargo, no existía esta separación de funciones. «El médico griego era cirujano al mismo tiempo.» Componía también sus propios medicamentos. Teniendo en cuenta estas diversas indicaciones que nos han suministrado las sociedades antiguas, es menester aceptar con reservas las afirmaciones concernientes á la distinción entre las dos funciones en la Edad Media y á través de toda Europa. Cuando recordamos que en estos periodos de la historia los conventos y las órdenes religiosas eran los únicos centros de cultura y de la ciencia de la época, podemos afirmar que los sacerdotes y los monjes ejercían las dos funciones, y que entonces, es decir, en los comienzos del siglo v, la cirugía «no era todavía una rama distinta», en la práctica, de la medicina. Se sabe que, sin embargo, los clérigos no practicaban generalmente la cirugía y vigilaban sim-

plemente las operaciones serias hechas por sus ayudantes: la razón era quizá, según se dijo, que estaba prohibido á los clérigos verter sangre, y que no podían, por esta razón, manejar el instrumento operatorio. Y tal es quizá el origen de los practicantes seculares que, educados en las escuelas monásticas, estaban sostenidos por las ciudades de cierta importancia para el servicio público en calidad de cirujanos barberos. Es probable que haya sido favorecida esta diferenciación por los edictos del Papa, prohibiendo á los eclesiásticos practicar la medicina en general; porque, como se demostró, pudo verificarse un compromiso, según el cual pudiese el clérigo *prescribir* medicamentos, aunque abandonase el *ejercicio* de la cirugía á manos laicas.

Frente á esta diferenciación general hubo en cada grupo (al principio confusas) diferenciaciones de menor importancia. Algunas surgieron y acentuaron en épocas pasadas. En la antigua India, «una rama especial de la cirugía estaba consagrada á la *rhinoplastia*, es decir, el arte de restaurar las orejas ó las narices deformes».

Una prueba de la existencia de la especialización á que nos referimos y ofrecemos ejemplos, la encontramos también en la descripción de 127 instrumentos por lo menos de cirugía, en las obras de los cirujanos antiguos, y en otro hecho, durante el periodo sánserito:

«El número de las obras de medicina y de sus autores es muy considerable. Contienen, ó bien sistemas que abrazan el dominio entero de la ciencia, ó monografías muy especiales sobre materias particulares.»

Sucedía lo mismo en el antiguo Egipto. Dice Herodoto:

«La medicina se practicaba entre los egipcios según el sistema de la especialización; cada médico trataba una enfermedad particular y no trataba ninguna otra: también los practicantes pululaban por el país; algunos se ocupan en curar las enfermedades de los ojos; otros las de la cabeza, otros las de los dientes y de los intestinos ó las que no están localizadas.»

Aunque durante mucho tiempo no aparezca entre los griegos diferenciación alguna entre el médico y el cirujano, más tarde, sin embargo, «el arte de curar se dividió en ramas distintas; hubo oculistas, dentistas, etc.»

Sólo poseemos, en suma, pruebas aisladas que se refieran á épocas distintas; pero la actualidad suministra pruebas innegables de los progresos de la especialización del trabajo entre los médicos. Vemos que se consagran unos, si no exclusivamente, al menos principalmente, á las enfermedades del pulmón, otros á las enfermedades del corazón, otros á los desarreglos del sistema nervioso, á las perturbaciones de la digestión, á las enfermedades de la piel, y que se crean hospitales para tal ó cual enfermedad particular. Pasa lo mismo con los cirujanos. Además de los especialistas, tales como los oculistas y los auristas, etc., existen practicantes conocidos por su saber especial, relativo á la vejiga, el recto, los ovarios, etc.; otros por sus aptitudes especiales en el tratamiento de las fracturas y de las luxaciones; sin hablar de los charlatanes conocidos con el nombre de «sacamuelas», cuyo éxito, según propia confesión de un médico, es á menudo más considerable que el de sus colegas autorizados por la ley.

9. Respondiendo la integración al orden normal de la evolución, acompañó todas estas diferenciaciones.

Desde los comienzos se observó una tendencia hacia la unión de todos los que se ocupaban en el arte de curar. Salieron á luz instituciones que les daban á todos cierta educación común; se fundaron entre los que tienen un campo similar de acción, y en tiempos más recientes, ciertas asociaciones generales, aunque menos cerradas, con las personas que se ocupan en medicina.

En Alejandría:

«El templo de Serapis servía de hospital, acudían los enfermos y las personas que estudiaban la medicina en demanda unos de salud, y para que se familiarizasen los otros con las enfermedades; ni más ni menos que lo que hoy se hace.»

En Roma, cuando se importó el culto á Esculapio, se comunicaba el saber en los lugares destinados á su culto. En los primeros tiempos de la Edad Media, los monasterios que servían de centro de instrucción dieron cierta importancia como cuerpo á la profesión médica, algo de lo que hacen nuestras Facultades de hoy. En Italia nacieron más tarde instituciones únicamente destinadas á formar médicos, como, por ejemplo, la Escuela de Medicina de Salerno, en el siglo IX. En Francia, antes de fines del siglo XIII, los cirujanos formaban una corporación distinta, al ejemplo de la Facultad de Medicina, y cerrándose así en un cuerpo distinto, excluyeron de su profesión á los barberos, se les prohibió practicar operaciones y se les permitió curar únicamente las heridas, etc. En Inglaterra se operaron consolidaciones sucesivas, de análoga manera.

Los cirujanos-barberos fueron en un principio, al nacer, reducidos á corporación con Eduardo IV, y en 1518 se fundó el Colegio de los Médicos, con facul-

tades para conceder licencias para el ejercicio de la medicina, facultades que antes pertenecían exclusivamente á los obispos. Constituyó un progreso desde el punto de vista de la claridad en la integración, la defensa hecha en tiempo de Carlos I para practicar la cirugía en Londres y en sus alrededores (en un radio de siete millas) sin previos exámenes; la hizo la compañía de los barberos y cirujanos, y para su beneficio; fué otro, la formación (acta XVIII de Jorge II) del Colegio Real de los cirujanos, con exclusión de los barberos. Al mismo tiempo se formaron numerosas escuelas de medicina en diversas localidades, que preparaban á los estudiantes para los exámenes que debían sufrir ante las citadas corporaciones médicas: nueva prueba de nuevas integraciones. Los hospitales dispersos en todo el reino, llegaron á ser centros de instrucción clínica; algunos, adscriptos á las facultades, otros no.

Otro género de integración fué el provocado por los periódicos médicos, que ponen en comunicación los centros de educación, los cuerpos constituidos y toda la profesión entera.

Hay que señalar todavía hechos adicionales para cerrar este capítulo. Uno es la diferenciación reciente; algunos profesores de anatomía y de fisiología se hicieron profesores de biología; el estudio de la vida humana les llevó al estudio de la vida en general; es interesante ver cómo esta especialización, que parece independiente de la práctica médica, se liga á ella muy estrechamente, puesto que el conocimiento de la vida animal amplía actualmente el conocimiento de la vida humana y aumenta así la habilidad del médico. El otro hecho es la lucha que la incorporación de los médicos autorizados mantiene con los que no lo

están. Como el sacerdocio religioso, el sacerdocio de la medicina persigue á los heréticos y á los desprovistos de títulos. Hubo antes y subsisten todavía innumerables denuncias y protestas contra los practicantes no autorizados, así como contra la práctica ilegal de los farmacéuticos. Todo demuestra que vive una tendencia constante á una separación más clara de la corporación profesional.

CAPITULO III

EL BAILARÍN Y EL MÚSICO

10. En un ensayo sobre el *Origen y las funciones de la música*, publicado primero en 1857, insistía sobre esta ley psico-física: los movimientos musculares en general son producidos por los sentimientos. Digo en general, porque los sentimientos sean ligeros ó violentos, sean producidos por el cuerpo entero ó por ciertas partes suyas, siempre nacen de los sentimientos, ya sean agradables ó dolorosos, sensitivos ó emocionales, si exceptuamos los sentimientos reflejos é involuntarios. Hice notar entonces, que la consecuencia de esta ley psico-física era que los movimientos musculares violentos de los miembros, que son la causa de los saltos y de las gesticulaciones, así como las fuertes contracciones de los músculos pectorales y vocales que producen los gritos y la risa, son el lenguaje natural del placer muy vivo.

En los hechos y gestos de niños llenos de vida, cuando al ver venir á distancia algún pariente bondadoso corren á su encuentro, se congratulan con gritos de placer é interrumpen con saltos su carrera, se advierten los orígenes de estas manifestaciones simultáneas de dicha, perceptibles al oído y á la vista, y que alcanzan su punto culminante en el canto y en la danza. Es inútil un gran esfuerzo de imaginación para repre-

sentarse la escena en otros términos. Imaginad que en vez de un padre indulgente y de unos niños gozosos, se trata de un jefe conquistador ó de un rey encontrado por varios grupos de su pueblo: se producirán manifestaciones (saltos, voces) delatoras de un vivo sentimiento de dicha que guarda signos de respeto y majestad, traducción visible de un sentimiento que consagrado á potencias superiores acaba en culto.

No hay necesidad de un gran esfuerzo de imaginación para ver que estas manifestaciones naturales de dicha, hechas primero espontáneamente ante una persona que se aproxima en triunfo como bienhechor y gloria de su pueblo, devienen con el tiempo prácticas constantes, pública nota de fidelidad; al principio, los saltos y las gesticulaciones simultáneos, con exclamaciones y gritos, se producen disgregados sin ritmo alguno, pero se regularizan gradualmente á causa de su repetición, y se transforman en movimientos mesurados más tarde; hoy los conocemos con el nombre de *danzas*, y cuando designan los movimientos, cuando nos referimos á las vocalizaciones organizadas, los llamamos *cantos*. Repitámoslo: no es difícil advertir que en los grupos de individuos llamados á tributar ovaciones ruidosas é irregulares primero, convertidas después en recepciones laudatorias regulares, se diferenciaron algunos individuos que, distinguiéndose por su habilidad, constituyeron lo que se llamó bailarines y cantores, y adquirieron pronto carácter profesional.

Antes de pasar á las pruebas que confirman esta interpretación, haremos bien en notar que entre los salvajes, los que no tienen jefes permanentes ó reyes rudimentarios, ofrecen pruebas negativas; en dichos grupos se perciben con dificultad estas organizaciones profesionales nacies. No carecen, por cierto, de

danzas groseras con acompañamientos ruidosos; pero son representaciones de la guerra y de la caza. Aunque las proezas de guerreros celeberrimos puedan ser representadas á las veces en son de elogio, casi no se producen, sin embargo, en estas fases, esas escenas de alabanza, traducidas en gestos gozosos y cantos triunfales ante un conquistador. Más tarde, las ceremonias teatrales de este género primitivo se desenvuelven, llegan á ser ejercicios organizados, ejecutados por una masa de guerreros. Entre los cafres, las danzas guerreras constituyen la parte más importante de sus relaciones, y los hombres se ejercitan mucho en su práctica frecuente. Se dice que los movimientos en las grandes danzas de los zulús, semejan evoluciones militares. Thomsen recuerda asimismo, que la danza guerrera de los habitantes de Nueva Zelanda parece, por su precisión, á los movimientos de un regimiento de soldados modernos. Es claro que no fué en estos ejercicios donde la danza profesional ha tenido origen.

11. Un pasaje muy conocido de la Biblia, parece suponer que la danza, el canto y la música instrumental profesional, tienen origen en hechos que hemos indicado más arriba. Se nos dice que cuando David, como general de los israelitas, «volvió de aniquilar á los filisteos».

«Las mujeres de todas las ciudades de Israel fueron cantando y danzando al encuentro del rey Saúl con atambores, en medio de general gozo y con instrumentos de música; y las mujeres cantaban, respondían unas á otras bailando y diciendo: Saúl ha matado mil y David diez mil. (I Sam., XVIII, 6, 7.)»

La recepción primitiva de un jefe conquistador con gritos y saltos, muy en voga en una semi-civilización,

se desenvolvió en una forma parcialmente definida y rítmica de baile y canto á la vez; se tributaba al conquistador que reinaba y al que era su subordinado. Pero en este caso la ceremonia tenía un carácter enteramente profano, mientras que en otras ocasiones y circunstancias tenía un carácter esencialmente sagrado. Cuando, conducidos por Moisés, pasaron los israelitas el mar Rojo, el canto de Miriam seguido por las mujeres «con atambores y danzas»: «Cantad al Señor porque ha triunfado gloriosamente», nos muestra la misma observancia para un jefe (un «guerrero», según se concebía al Dios de los hebreos) que no era visible, pero que se suponía debía guiar á su pueblo con consejos que en ocasiones se oían en la batalla. Lo cual quiere decir que vemos las mismas formas en las danzas, cánticos religiosos y alabanzas, fuera presente ó no el objeto á que se dirigían.

Los usos que encontramos en las sociedades medio civilizadas, justifican la conclusión de que las ovaciones hechas á un conquistador á su regreso de la victoria, que al principio eran expresión espontánea de sentimientos de aprobación y de majestad, se trasforman gradualmente en prácticas ceremoniales, con cierta idea de propiciación, se hacen costumbres políticas para agradar al jefe, los actos de cantar sus triunfos y de bailar el goce de su presencia. Hablando Holut de los marutzos, dice:

«Todos los músicos (músicos reales) tenían obligación de ser, al mismo tiempo, cantores, tenían que cantar alabanzas al rey durante los intervalos que dejaba la música, siguiendo un acompañamiento instrumental muy atenuado.»

Schweinfurth nos cuenta asimismo, que la corte del rey Munza, el jefe de los monbuttos, tenía músicos

profesionales, así como cantores de baladas y danzantes, cuya función principal era glorificar al rey y procurarle placer. Y en el Dahomey, según Burton, «los bardos pertenecen á los dos sexos; las mujeres viven en palacio, una multitud vive con el rey».

Alabanzas oficiales de este género tributan no sólo los que siguen al rey, sino también á los jefes y subalternos.

En las procesiones que tienen lugar en el Ashanti, «todos los nobles se acompañan de aduladores que proclaman en cantos ruidosos, «los títulos elevados» de su dueño»; y en Costa de Oro, todos los jefes tienen un son de trompa y un aire peculiar. Encontramos en Park, que «entre los mandingos hay trovadores que cantan canciones improvisadas en honor de los grandes hombres de su devoción ó de cualquiera dispuesto á mantenerlos bien en cambio de alabanzas hueras»; es un comienzo de diferenciaciones con relación á la función primitiva. Winterbotton nos indica una divergencia semejante:

«Entre los foolas hay una clase de hombres llamados «los cantores» que, semejantes á los antiguos bardos, viajan á través del país cantando alabanzas de los que desean adquirir nombradía.»

Saliendo de Africa, vemos que en Madagascar «el soberano tiene una considerable multitud de cantores que están de servicio en uno de los patios de recreo y acompañan á su monarca cada vez que hace una excursión». Raffles dice también, que hay en Java tres clases de bailarinas para bailar en público: 1.º, las concubinas del soberano y del príncipe heredero, que son las más hábiles; 2.º, las concubinas de los nobles; 3.º, las bailarinas ordinarias del país. Estos ejemplos nos demuestran que cuando el género de glorifica-

ción por la danza y la voz, al comienzo ocasional y espontánea, se hace cosa regular y ceremoniosa, no tienen por actores á la generalidad del pueblo, sino que producen para sí una clase especial, y observamos dos cambios. En lugar de ser á un tiempo cantores y danzantes los mismos individuos, como sucedía al principio, los funcionarios permanentes se dividieron en dos clases: los cantores y los bailarines; y si no á propósito de los primeros, al menos respecto de los otros, se advierte que sus ejercicios dejan de ser una expresión de bienvenida y de gozo en obsequio del jefe; son ahora más bien un despliegamiento de agilidad y de gracia con el fin de producir placeres estéticos. Entre los hebreos se notó este desenvolvimiento en tiempo de Herodes, cuando se prendó de la hija de Herodías por sus encantadoras danzas; hoy se ve un fenómeno semejante en toda la India, donde multitud de bayaderas viven adscritas á las cortes.

12. Las danzas y los cánticos destinados á glorificar el jefe visible, tienen relaciones con prácticas del mismo género, prodigadas á un jefe invisible, por ejemplo, en los hebreos. A éste, y al ejemplo de la profetisa Miriam y de sus compañeras, se puede añadir el de David bailando delante del Arca; otros hechos semejantes encontraremos, sin sorprendernos, en otros pueblos medio civilizados. Markan, describiendo una fiesta de los puharris, dice á propósito de cierto receptáculo, «que se supone que vive en él una deidad», y añade «que en una ocasión, de la *depnia* ó arca, salió la diosa con gran solemnidad, y el pueblo, adornado de flores y espigas de trigo, bailó á su alrededor». En un relato referente á los bhils leemos, á propósito de una clase de hombres llamados *barwás*, que son sacerdotes de los dioses de las colinas, que

«Sus fuerzas están como dormidas al principio, necesitan la excitación de la música, y es la razón de que tengan consigo un grupo de músicos que son muy expertos en el arte de improvisar cánticos variados en honor de las divinidades de las colinas. Cuando la inspiración de los cantares encendió la llama del fuego espiritual se ponen á bailar con gestos frenéticos.»

En Abisinia se hace un uso análogo de la danza. Los deberes de los sacerdotes consisten en leer las preces, en cantar, en administrar los sacramentos y bailar; la última función se ejerce durante las procesiones religiosas. El hecho de que en este caso la danza es una importación á esta religión cuasi cristiana, por la adopción de un uso de una religión precedente (adopción semejante es frecuente en los misioneros católicos romanos), es una conclusión apoyada por un ejemplo sacado de una región remota. Describiendo los usos de los pueblos, nos dice Lummis:

«Las *cachinas* ó damas sagradas que existían antes de Cristóbal Colón, sobreviven todavía actualmente; pero están ahora adaptadas á las fiestas de la Iglesia y se supone que agradan tanto al *Tata Dios*, como al *Padre Sol* y á los *Héroes-gemelos* de otro tiempo.»

Pero la manera como el canto y la danza, ante un jefe visible, se diferencian en canto y baile ante un jefe invisible, puede verse mejor en los antiguos relatos concernientes á las razas civilizadas. Se lee en Samuel, I, X, 5, que un «grupo de profetas descenden del puesto elevado con un psalterio, un tamboril, una zampoña y un arpa ante ellos». Y, según ciertos traductores, bailan y cantan. Leemos también en *Crónicas*, I, IX, 33, á propósito de ciertos levitas, «que son los cantores principales entre los padres de los levi-

tas». Y en los *Salmos* (CXLIX) encontramos la exhortación siguiente: «Alabemos Su nombre con el baile; cantemos sus alabanzas con el tamboril y el arpa». culto al cual se juntaban «la venganza sobre los paganos».

Esta asociación del baile y del canto, como forma del culto, y su asociación más especial con el sacerdocio por eso mismo, no es tan aparente en los relatos que atañen al Egipto, probablemente porque faltan los documentos sobre las épocas más antiguas de la civilización egipcia. Según Herodoto, sin embargo, en las procesiones hechas durante las fiestas en honor de Baco, el tocador de zampoña iba delante, seguido por coristas que cantaban himnos en honor de la divinidad. Hablando de cimbales, de flautas y de arpas al servicio de ceremonias religiosas, dice Wilkinson que «los músicos sagrados estaban á las órdenes de los sacerdotes, y designados para este servicio como los levitas entre los judíos». Menciona también los cantos y la imposición de manos, como formando parte del culto. Además, nos ofrecen pruebas semejantes nuestras pinturas murales. El hecho de que se bailaba en los pueblos en honor de los dioses, surge claramente de la representación de diferentes procesiones religiosas. La ciencia de Wilkinson se considera ahora como pasada ya de moda, pero sus asertos concuerdan con los de los escritores más remotos. En todo caso, la asociación entre el templo y el palacio era íntima, y entonces sucedía, según Brugsch, que uno de los intendentes de la casa del rey «estaba encargado del canto y de la música instrumental».

Duncker atestigua que en cada templo había un músico cantor. Tiele dice asimismo, hablando de Mihotep, hijo de Ptah:

«Los textos le designan como siendo el primero de los *Cher-hib*, una clase de sacerdotes que eran al mismo tiempo coristas y médicos.»

Pero Rawlinson piensa que en tiempos del Egipto histórico la música había sido ampliamente secularizada. «La música servía generalmente como divertimento ligero... Las ceremonias religiosas en las cuales entraba la música tenían casi siempre un carácter equívoco.»

En Grecia fué la génesis semejante. Guhl y Koner nos dan una breve indicación del hecho que acredita que todas las danzas estaban «ligadas en el origen del culto religioso».

La unión de la danza y del canto, como partes integrantes de una misma ceremonia, surge de una observación de Moulton: «*Coro* es ejemplo de un gran número de expresiones, que sirven para despertar la idea de asociaciones musicales en nosotros; pero es un término que se empleaba originariamente para designar la danza. El coro era la danza-balada, lírica más perfecta.»

El hábito de asociar el baile y la música era de origen religioso, como se ve en un pasaje de Grote, que escribe:

«El coro, con cantos y danzas combinadas, constituían una parte importante de servicio divino en toda Grecia. Era en su origen una manifestación pública de todos los ciudadanos en general. Pero en el transcurso del tiempo se verificaban los ritos en las grandes fiestas; siguió después una tendencia más complicada y vino á caer en manos de las personas más preparadas especial y profesionalmente al efecto.»

Cosa análoga cuenta Donaldson: En la aparición de tales actividades, «la música y el baile fueron la base

de la organización religiosa, política y militar de los Estados dorios»; hace además la siguiente observación:

«Rudos legisladores, no tenían sólo derecho á alentar el gusto para las bellas artes; tenían también el de mantener la disciplina militar y establecer el principio de subordinación; y aunque no se pueda dudar que los sentimientos religiosos entran por buena parte en sus pensamientos y sus acciones, el dios al cual consagraban su culto era, sin embargo, un dios de guerra, de música y de gobierno civil.»

Me permitiré, sin embargo, advertir que esta afirmación contiene un error muy frecuente en las interpretaciones históricas. Suele emitirse la suposición errónea, de que los bailes han sido introducidos por legisladores, en vez de ser la continuación de prácticas nacidas espontáneamente. Se vió por las tradiciones relativas á las fiestas religiosas, tales como las fiestas Pythias, Olímpicas, etc.; que en Grecia, la secularización de la música comenzó á su tiempo y dió pronto ocasión á competencias de habilidad y de fuerza. Los juegos pythios, que fueron los más antiguos, eran los que se desprendieron menos de su objeto primitivo; porque no fueron sino concursos de música y de poesía. Pero la institución de premios muestra que en el coro primitivo mixto, se destacaban algunas voces en expresión de alabanzas, de mayor alcance y emitiendo sonidos más hermosos que las otras. Al advertir que en la masa de los que acompañaban en los cánticos y danzas sagrados, se distinguieron algunos por su habilidad y que á poco en los grandes juegos griegos se otorgaron premios á los mejores tocadores de flauta, de trompeta ó de lira, tenemos que señalar el nacimiento de una diferencia-

ción entre los instrumentos y la voz que se acentuó muy pronto. Mahaffy dice, á propósito de una representación hacia el año 250 antes de Jesucristo:

«Esta complicada sinfonía instrumental, era simplemente un desenvolvimiento de los antiguos concursos de instrumentos, celebrados en Delfos en tiempos remotos.»

De ahí la completa secularización de la música. Al lado de las representaciones musicales en honor de los dioses, se produjeron en tiempos más recientes representaciones destinadas únicamente á procurar placeres estéticos.

Distinguiendo las cosas sagradas de las profanas, dice Mahaffy que las primeras estaban completamente separadas del canto y del manejo de instrumentos de música, entre los particulares, muy cultivados en Atenas, pero no del todo en Esparta, donde se abandonaba este género de representaciones á los músicos de profesión.

La historia romana nos suministra pruebas análogas.

Leemos en Mommsen:

«En las religiones más antiguas, el uso de la danza y de la música instrumental era mucho más importante que el canto. En la gran procesión con que los romanos abrían sus fiestas de la Victoria, el puesto principal cerca de las imágenes de los dioses y de los campeones estaba reservado á los bailarines serios ó jocosos... Los saltarines (*salii*) formaban quizá la clase más antigua y más sagrada de todas las sacerdotales.»

Escriben asimismo Guhl y Koner:

«Los juegos públicos estaban desde los tiempos más remotos ligados á actos religiosos, costumbre romana

que concordaba en este respecto con la de los griegos. Se hacían ofrecimientos de estos juegos á los dioses para obtener sus favores, y se les ejecutaba en señal de gratitud por su asistencia.»

El cuadro que nos pinta Posnett concuerda con éste, después de haber citado una oración antigua á Marzo, dice:

«El himno primitivo evidentemente suponía la sagrada danza... con el canto de respuestas; su importancia nos indica con cuánta facilidad puede llegar á ser el himno procesional ó cantado en el lugar, un drama pequeño que simbolice las acciones realizadas en hipótesis por la divinidad á que se tributaba culto.»

Vemos aquí una semejanza con la recepción triunfal hecha á David y á Saúl, que nos demuestra que el culto tributado á un dios-héroe (*hero-god*), es la repetición de los aplausos prodigados á un conquistador vivo en el momento de la celebración de sus grandes proezas; los sacerdotes y el pueblo hacían en este último caso lo que los cortesanos y el pueblo hacían en el primero. Además, en Roma como en Grecia, ha nacido la música profana de las representaciones de la música sagrada, la cultura de la música como arte de adorno. Dice á este propósito Juge:

«En tiempo de la República, le daría vergüenza á un romano de confesarse músico hábil... Scipión Emiliano pronunció un discurso lleno de invectivas contra las escuelas de música y de baile, diciendo que en una de ellas, ¡hasta había visto al hijo de un magistrado romano!»

Pero en la época de los Césares, la cultura musical formaba parte de toda educación liberal, y tenemos un ejemplo en el recuerdo familiar de las producciones musicales de Nerón. Por este mismo tiempo «se

empleaban coros de esclavos ejercitados en cantar y bailar, para los convidados después de una comida, ó por el placer del dueño solo».

13. Siguiendo la ulterior evolución de estas dos profesiones, gemelas en su origen, llegamos á la conclusión de que mientras después de su separación fué una, casi completamente secularizada, la otra conservó mucho tiempo sus conexiones con las cosas espirituales, y no se diferenció sino muy tarde en formas profanas. Vamos á ver ahora por qué la danza dejó de formar parte del culto religioso, cuando la música estaba muy sujeta á él todavía. En primer lugar, la danza es inarticulada, y, por lo tanto, incapaz de expresar las ideas y sentimientos diversos que puede expresar la música acompañada á veces de palabras. Tal como en el origen se manifestaba, expresaba la dicha, lo mismo en presencia de un héroe vivo, que en la supuesta presencia de su espíritu. En su naturaleza implica un exceso de energía, que acompaña á los sentimientos expansivos y no sirve para expresar el temor, la sumisión, la penitencia, que forman una gran parte del culto religioso en una edad más avanzada.

Por esta razón, cayó entonces el baile prácticamente en desuso, aunque no desaparece por entero del culto religioso en la Edad Media. Sobrevive una parte de la práctica primitiva: la procesión. Lo mismo en la recepción triunfal de un conquistador á su vuelta de la victoria, que en la celebración gloriosa de las obras de un dios, la acción de bailar era el acompañamiento gozoso del torrente popular de júbilo en movimiento. Pero cesa la acción de bailar y continúa el torrente impetuoso de la alegría popular. Además, sus dos formas primitivas sobrevivieron hasta nuestros días. Tenemos procesiones religiosas en

los pórticos de las catedrales y en las calles; y al lado de otras procesiones seculares más ó menos triunfales, tenemos aquella en que el jefe ó su representante pasea escoltado por la ciudad entre grupos de funcionarios y de populacho; la aglomeración del pueblo para salir en las solemnidades al encuentro de los jueces, que son diputados del rey, nos demuestra que el antiguo uso, menos el baile, no se apagó para siempre.

Otro hecho merece ser notado: cuando la danza ha sido secularizada, ha tomado en parte un carácter profesional. Aunque hasta en los tiempos muy antiguos haya tenido otras formas y otro objeto además de los descritos más arriba (como se ve en las representaciones imitativas de los éxitos cinagéticos y en las danzas de amor primitivas), y aunque la danza secular derive en parte de éstas, no obstante si tenemos en cuenta la transición de la danza en las procesiones triunfales ante el rey á la danza bailada ante él por los bailarines de profesión á título de observancia de la corte y otra nueva transición de la última forma á la danza en el teatro, podemos deducir que hasta la danza profana, tan familiar ahora, tiene trazas del origen que la atribuimos.

14. Cerrando aquí el paréntesis, y pasando de las pruebas que nos ofrecen las antiguas civilizaciones á las que nos aportan los pueblos paganos y medio civilizados de Europa, nos sale al paso lo que dice Strabón á propósito de los galos:

«Hay generalmente tres clases de hombres particularmente venerados: los bardos, los *vates* y los druidas. Los bardos componían y cantaban himnos; los *vates* se ocupaban en los sacrificios y en los estudios de la naturaleza, mientras que los druidas junta-

ban al estudio de la naturaleza el de la filosofía moral.»

Y se dijo que los bardos recitaban las hazañas de sus jefes con acompañamiento de arpas. La supervivencia de prácticas paganas, aun en la época cristiana, hizo nacer probablemente esta clase de hombres que los escandinavos llamaban *skalds* y los anglo-sajones *glee-men*. Leemos al efecto:

«Los *glee-men* añadían mimica..., bailes y saltos y vueltas de presteza extraordinaria. Tuvieron necesidad de formarse en asociaciones.

«Después de la conquista perdieron estos músicos el nombre de *glee-men*, y se llamaron trovadores, en inglés *minstrels*.»

El trovador músico y cantante era á veces, en los antiguos tiempos de Inglaterra, «el servidor de un jefe, como vemos en el poema de Beowulf». Y pues la función del trovador consistía en glorificar tanto á su jefe como á sus antepasados, encontramos que alababan al potentado vivo, como puede hacerlo un cortesano, y que hacía el elogio del poderoso muerto, como un sacerdote alaba á su divinidad.

A medida que se seculariza parte de la música con el debilitamiento del culto tributado á los dioses paganos, comienza otra á desenvolverse en conexión con la nueva religión que consolida. Los anglo-sajones «cultivaron la música con verdadero ardor...; se fundaron, por último, en los monasterios escuelas de música: una de las principales estaba en Canterbury.» Sucedió lo mismo bajo el reinado de los normandos: «Se consagró entonces un cuidado singular á la música de Iglesia, y el clero componía con frecuencia trozos de música para uso de sus coros.»

Llegamos al siglo xv:

«Los jóvenes de las Universidades estudiaban la música religiosa con el objeto de obtener grados como bachilleres y doctores en esta facultad ó ciencia, á la cual, generalmente, se consagraba cierta preferencia.»

Pero la mejor prueba del origen eclesiástico de la profesión musical, en la época cristiana, nos la dan las biografías de los músicos antiguos de toda Europa. Comenzamos por San Ambrosio, que pone en orden «el modo cómo el clero dice y canta el servicio divino»; y llegamos en seguida á San Gregorio que, en 590, coordina las gammas musicales. En el siglo x tenemos á Ubaldo, un monje que introduce una enorme riqueza en las estrofas y los salmos, que todavía en el siglo xi perfeccionó el monje Guido d'Arezzo. La diferenciación entre la música sagrada y la música profana comenzó en el siglo xii por los *minnesingers* (trovadores): «sus melodías se fundaban sobre las gammas de la Iglesia.» Surgieron también los *meistersinger* (maestros cantores) que cantaban por hábito en las Iglesias é «interpretaban generalmente un objeto religioso; su tono era religioso igualmente.» «Uno de los primeros compositores que escribió música en forma religiosa,» fué el canónigo Dufay, de la catedral de Cambray, que murió en 1474. El siglo xvi nos da á Lassus, que escribió 1300 composiciones musicales, pero cuya condición no conocemos; y por entonces vemos también, lo que indica una secularización muy pronunciada, á Felipe de Monte, canónigo de Cambray, que escribe 30 compilaciones de madrigales. Próximamente en este tiempo, Lutero, á su vez, «arregló la misa alemana». En este mismo siglo se reveló el distinguido compositor Palestrina, que aunque de origen laico, fué elevado á las funciones de sacerdote; y en el si-

glo xvii tenemos al sacerdote Allegri, compositor. Más tarde vivieron Carissimi, maestro de capilla y compositor; Scartatti, maestro de capilla también. Francia, produjo entonces á Rameau, organista de iglesia, y Alemania á dos de sus más grandes compositores: primero Händel, primero *capellmeister* en Hannover, y más tarde en Inglaterra, y Bach, que fué primero organista y que, «profundamente religioso, desenvolvió los antiguos usos musicales de la Iglesia» en formas más modernas (1). Entre los demás músicos notables del siglo xviii encontramos al P. Martini y á Zingalleri, maestros los dos de capilla; y en el mismo período vemos brillar al abate Vogler y Cherubini, maestro de capilla también. A todos estos ejemplos faltanos añadir los que Inglaterra ofrece.

Comenzamos el siglo xvi con Tallis, «el padre de la música eclesiástica inglesa». Algunos le llaman miembro de la capilla real (*gentleman chorister*). Encontra-

(1) Algunas indagaciones que emprendí ante la crítica de un amigo mío, sobre la significación de la palabra *capellmeister*, no sólo me han confirmado la significación dada más arriba, sino demostrado incidentalmente cómo se ha operado este proceso de secularización. El profesor Georges Hoffmann, de Kiel, escribe lo que sigue: «Todos los maestros de capilla ejecutaban la música religiosa para servicio de la Iglesia. El desenvolvimiento esencial de la música con la introducción de instrumentos numerosos, en las ejecuciones vocales y los solos así como la dramatización de la música en seguimiento de influencia de ideas griegas del Renacimiento—sobre todo desde León X.—contribuyeron mucho á la secularización de la música. Los maestros de capilla y los cantores de las cortes, componían tan pronto música eclesiástica como profana; y en el siglo xvii los maestros de capilla dirigían lo mismo la misa que la música escénica—la ópera—y los coros de los príncipes, que servían, á menudo, para los dos fines. El nombre, pues, de capilla y de maestro de capilla, se aplicó igualmente, poco á poco, á la música profana»

mos en seguida, en el mismo siglo, á Morley, *chorister*, *epistler* y *gospeller* (chantre, epistolero y evangelista), que con un carácter también semieclesiástico, componía música profana; Byrd, que ejercía funciones semejantes; Ferrand, que tenía asimismo un carácter eclesiástico; y un poco más tarde Gibbons, un organista, pero que compuso mucha música profana. En el siglo siguiente tenemos á Lavres, «epistolero» (*epistler*) de la capilla real, compositor de música sagrada; Chil, corista, organista y compositor de música religiosa, y Blow lo mismo. Vienen entonces las cuatro generaciones de Puxcells, todos en relación con la Iglesia, como chantres y organistas, Hilton, organista, párroco, compositor de música profana y religiosa; y Croff, organista, chantre y compositor de los dos géneros. Lo mismo Boyce, Cook, Webbe, Hopley, que siendo parcialmente funcionarios de la Iglesia, son conocidos sobre todo por sus cánticos, sus *glees* y sus refranes.

No podemos ignorar, no obstante, el hecho de que si la cultura de la música para las necesidades del culto produjo las diferentes especies mencionadas de música, se produjo independientemente también una música popular simple. Desde los tiempos más antiguos, las emociones excitadas por los diversos incidentes de la vida, provocaron expresiones vocales espontáneas.

Pero el reconocimiento de esta verdad es compatible con esta otra verdad más extensa; el desenvolvimiento superior de la música ha surgido del culto religioso más refinado, y ha sido, durante mucho tiempo, producto de la clase sacerdotal; fuera de esta clase ó entre sus miembros secularizados á medias, se diferenciaron después los compositores y profesores de música profana.

Hay una diferenciación ulterior que no apuntamos todavía. El arte de la música desenvuelto por el clero, al influir en la música profana, simple y popular, inició el desprendimiento integral de las formas musicales superiores que hoy conocemos. Que las danzas populares en uso durante los siglos últimos hayan surgido *de novo*, ó nazcan y se modifiquen después de los antiguos cánticos para baile que estaban en voga con el culto pagano, es lo cierto que de ellas surgieron las grandes obras orquestales de los tiempos modernos, y la cosa es digna de notarse. Las composiciones de Bach y de Händel fueron en su origen series de danzas de tiempos diferentes, danzas cuyos movimientos, transformados en la música de sinfonías, todavía en el «*minué*» revelan á las claras las trazas de su origen.

Y por entonces, al mismo tiempo que se operaba esta evolución de la música, se produjo una nueva diferenciación, que maduró en la separación del compositor y del ejecutor.

Aunque hay algunos ejecutores, son compositores al mismo tiempo; los últimos se hicieron poco á poco, sin embargo, artistas independientes, que no toman parte en la ejecución sino para dirigir la orquesta en la ocasión propicia.

15. En este caso, como en otros, la marcha general de la evolución se demuestra por la integración que acompaña á la diferenciación. Hay pruebas aportadas por las civilizaciones antiguas que serán apuntadas en el capítulo siguiente, dond  encajan más estrictamente. Nos contentaremos con indicar aquí los hechos principales que los tiempos modernos nos presentan.

Por cima de este cuerpo inorganizado de ejecuto-

res profesionales, y por cima de las grandes corporaciones de profesores y maestros de música, poco organizada, está la masa de los que habiendo sufrido exámenes y obtenido grados en música, tienen más claramente una organización categórica. Vemos que consolida la integración. Hay también multitud de sociedades musicales, locales, fiestas locales de música con organización adecuada y diferentes establecimientos con estudiantes, profesores y directores que la confirman.

Y además, y como para unir estos grupos diversos, los que hacen del arte musical una profesión y los que la practican como aficionados, tienen una abundante literatura periódica,—diversos periódicos musicales se ocupan de noticias y de críticas de los conciertos, óperas, oratorios, etc.,—literatura que, favoreciendo la cultura musical, defiende asimismo á toda costa los intereses de los profesores y de los ejecutores músicos.

CAPITULO IV

EL ORADOR Y EL POETA, EL ACTOR Y EL AUTOR DRAMÁTICO

16. Las cosas que en la corriente de la evolución se diferencian, haciéndose distintas unas de otras, estaban originariamente mezcladas por la naturaleza: una verdad evidente que la doctrina de la evolución supone. Vimos ya que la recepción triunfal hecha al conquistador, al principio espontánea y sin regla, después, y en grado progresivo con el transcurso del tiempo, ceremoniosa, y atenta á un orden establecido y fijo en formas definidas, entrañaba el germen de diferentes artes y de la enseñanza de éstas. A los orígenes del baile y de la música que acabamos de describir, se pueden anudar los orígenes del arte de la oratoria, de la poesía, de la profesión de actor y de autor dramático, que porque así conviene se tratarán aquí separadamente. Todas estas manifestaciones son producto de una emoción viva; mezcladas y confundidas al principio, en su manera de mostrarse, no se regularizan y no se dividen entre diferentes personas sino después de muchos ensayos.

En medio de los gritos y de los aplausos que aclamaban á David y á Saúl, muchas voces proclamaban sus grandes hechos como había proclamado Mi-

riam la victoria de Jehovah sobre los egipcios. Las proclamas de este género, al principio cortas y sencillas, eran susceptibles de desenvolvimiento en largos discursos de alabanzas; de ahí nace la génesis del orador. De entre los oradores surge uno á lo mejor, cuando menos se piensa, personalidad más influyente y más emocionante que los otros, cuyos discursos, bien repletos de frases pintorescas y de imágenes oratorias, adquieren poco á poco cierta forma rítmica; entonces tenemos al poeta. Las alabanzas relativamente sencillas en presencia del jefe vivo, y más recargadas y pulidas después ante la supuesta presencia del jefe muerto de quien se hace la apoteosis, van á veces acompañadas, en este último caso, de la representación mímica de sus hazañas. Entre los niños que en todos los sitios son muy inclinados á dramatizar las acciones de los adultos, podemos ver á uno ú otro destacarse de un grupo, y revestirse con el carácter de un personaje de quien oyó hablar, ó cuya vida ha leído, imitar sus acciones, sobre todo, cuando tienen un carácter guerrero y destructor; es natural, pues, que en épocas en que los sentimientos no se comprendían tan bien como actualmente, los adultos tomasen asimismo el hábito de dar una forma á las acciones del héroe, cuyas hazañas celebraban. El orador ó el poeta unían su discurso ó su canto á gestos apropiados, ó bien eran simultáneamente representados por algún otro. Sucede entonces, que cuando el desenvolvimiento ulterior conduce á representaciones con incidentes más complejos, en los cuales se patentizaban las victorias del héroe y de sus acompañantes sobre sus enemigos, el actor principal, al dirigirse á sus subordinados, se convierte en autor dramático.

De esta indagación acerca del origen del teatro,

basada en hechos ciertos en parte, en parte hipotéticos, vamos á pasar á las pruebas justificativas que nos han suministrado las razas no civilizadas ó las civilizaciones antiguas.

17. Si examinamos en primer término los usos de pueblos en que el sentido musical está poco desarrollado, encontramos al funcionario panegirista en su forma más sencilla: al orador. Erskine dice, á propósito de los habitantes de las islas Fidji, que tiene cada tribu su «orador» encargado de hacer discursos con ocasión de las ceremonias ó de asistir al sacerdote y jefe en sus esfuerzos para excitar al pueblo al valor, antes de ir á la batalla: tales alientos consistían, en gran parte, en elogios á los grandes hechos pasados del jefe, y confiados en promesas de futuras proezas. Tal sucede también entre los habitantes de Nueva Caledonia.

«En Tauna cada aldea tiene sus oradores. En sus arengas públicas cantan estos hombres sus discursos, y se pasean, al modo peripatético, de la circunferencia al centro del *marum* (*forum*), y perorando sus discursos blanden una maza (acompañamiento dramático).»

Según Ellis, los tahitianos nos ofrecen hechos análogos. Dice hablando de sus «oradores de batalla»:

«El principal objeto de los rotis era animar á las tropas contándolas las grandes hazañas de sus antepasados, y la reputación de su tribu ó de su isla.»

Las razas negras están generalmente muy bien dotadas para la música. Como vimos, los discursos de alabanza tienen en ellos cierta forma musical, y por eso se hacen rítmicos necesariamente. Porque aunque las vocalizaciones habladas pueden ser y son, habitualmente, irregulares, las vocalizaciones que siendo irregulares adecuan con cierto elemento de tiempo,

se regularizan por eso, hasta cierto punto. Al leer que entre los marutsos, los que «gritan alabanzas del rey» lo hacen con «un acompañamiento sordo de sus instrumentos», tenemos que deducir que los sonidos de los instrumentos deben ofrecer algún orden rítmico, y que, por consiguiente, sus palabras deben tener un orden semejante. En cierto modo parecido los cantores de baladas entre los monbuttos, cuya función consiste en glorificar al rey, se ven arrastrados por circunstancias análogas á dar una expresión versificada á sus elogios.

El «grupo de laureados ó bardos» que existe en la corte dahomema no puede articular sus alabanzas en coro sin haberlas dispuesto previamente en forma rítmica. Las alabanzas declamadas (entre los aschantis y los mandingos, ante sus principales personajes), tuvieron asimismo la forma de cantos, y debieron influir en los discursos en pro de un género más mesurado que de costumbre. Otros pueblos no civilizados nos revelan al orador oficial y al poeta cantando sus elogios en forma musical, que debió, por consiguiente, ser rítmica. Dice Atkinson:

«El sultán ordenó á su poeta cantar para nosotros. El hombre obedece y articula cantos que describían proezas y expediciones de pillaje, coronadas de buen éxito, y realizadas por mi huésped y sus antepasados; provocaron los relatos aplausos atronadores por parte de la tribu.»

Entre los pueblos africanos, sin embargo, y entre la población nómada de Asia, de que acabamos de hablar, los elogios al jefe vivo, con ó sin palabras rítmicas y vocalizaciones musicales, no son sino raramente, ó, mejor dicho, son acompañados de elogios en honor del jefe muerto, porque hay una forma análoga

de cantos en que los sacerdotes se ponen en el lugar de los cortesanos. ¿Cuál es su por qué? Dos razones parecen explicarlo: una primaria y secundaria otra.

Vimos en otra parte de los *Principios*, que, en general, en los pueblos de negros, las ideas relativas á la vida después de la muerte, donde existen, son rudimentarias. La noción general es que el doble del hombre muerto no conserva largo tiempo su existencia; cuando se deja de soñar con él, se supone que ha perecido definitivamente. Por consiguiente, la propiación de su espíritu no se traduce en culto, como sucede en los casos en que se alimenta la idea de su inmortalidad. Y de otra parte, quizá por esta misma razón, los reinos africanos no son más que temporales. Se ha notado que, en el tiempo en que menos se piensa, surge algún gran jefe, que hace la conquista de varias tribus vecinas, las une y forma así un reino; pero después de una generación ó dos, las tribus se disuelven de nuevo casi siempre. Vimos que ayuda poderosamente, desde el punto de vista de la consolidación y de la permanencia de estos reinos, la forma de la naturaleza del poder sobrenatural del jefe muerto, y parece entonces bastante probable que la ausencia de la creencia en un dios inmortal, y, por consiguiente, la carencia de culto establecido en su honor, es la causa principal de la naturaleza efímera de las monarquías africanas.

18. Esta suposición está en armonía con los hechos que presentan las antiguas sociedades civilizadas, donde al mismo tiempo que las alabanzas al jefe vivo, se dirigían al jefe muerto y deificado, alabanzas mucho más ceremoniosas. Egipto procura ejemplos de alabanzas poéticas á dos órdenes de jefes. Se encuentra al frente de un elogio de Sets I:

«Los sacerdotes, los grandes y los hombres más distinguidos del Sur y del Norte de Egipto llegaron para hacer elogios al divino bienhechor, á su vuelta del país de Ruthem.» «Sigue después un canto, *loando al rey y glorificando su nombradía.*»

Ramsés II es glorificado también en «el poema heroico del sacerdote Pentacer». Bajo la dinastía decima-octava vemos las dos funciones reunidas:

«Un poeta desconocido que formaba parte de los padres santos, se sintió inspirado á cantar en palabras rítmicas la gloria del rey Thoutmés III, y el poder y la grandeza del dios Amón.»

Encontramos también los actos enteramente sacerdotales del «noble que tenía la dignidad de *profeta de la pirámide de Faraón*. El deber de este oficial consistía en hacer el elogio de la memoria del rey muerto, y en asegurar á la imagen divinizada del soberano un recuerdo imperecedero.»

Mejores pruebas, y más abundantes todavía, nos ofrece la historia de los antiguos griegos. El poeta que hacía como paneginerista del dios, tiene carácter sacerdotal y constituía en sus albores un sacerdote oficial. En lo que concierne á los griegos de los tiempos no civilizados, escribe Mure: «también en sus tradiciones el carácter de poeta combina generalmente los de músico, sacerdote, profeta y sabio.»

Y añade que:

«El poeta mítico Oleu adquiere su rango de ser el antiguo y el más ilustre de los sacerdotes y poetas del Apolo de Delfos... Boeo, una sacerdotisa célebre de este santuario (Delfos), le proclama... no solamente como el más antiguo de los profetas de Apolo, sino como el más antiguo de todos los poetas.»

Mahaffy nos dice que «los poemas atribuidos á estos

hombres (poetas pre-homéricos) eran todos estrictamente religiosos».

«El verso exámetro fué atribuido, y no sin razón, á los sacerdotes de Delfos, que pasan por haberlo inventado y haberse servido de él en los oráculos. En otros términos, fué empleado primero en la poesía religiosa... Es cierto que los sacerdotes compusieron obras parecidas (poemas largos) con intenciones de hacer conocer los atributos y las aventuras de los dioses... Así, la poesía épica fué (al principio) puramente religiosa... Homero y Hesiodo representan... *el fin de una larga época.*»

Y el hecho de que su poesía había nacido de la diferenciación de la poesía sagrada, está denotado por la ulterior nota en que se ve que en los tiempos de Homero «las guerras y las aventuras, así como las pasiones de los hombres, habían llegado á ser el objeto principal del interés de los poetas». Esta poesía, parcialmente secularizada, *devino* más tarde, más secularizada todavía, diferenciándose por completo de la música. El himno del sacerdote, poeta primitivo, se acompañaba de sonos de lira de cuatro cuerdas y se pronunciaba con una voz más sonora que un discurso ordinario. No era un canto tal como nosotros lo entendemos, sino un recitado; y, como opina Mouro, un vago recitado, un recitado semejante á las salmodias de nuestros sacerdotes cuando leen la liturgia con una especie de entonación apagada, que se adquiere naturalmente bajo el imperio de la exaltación religiosa (1). Pero con el transcurso del tiempo se

(1) En su excelente libro *The Modes of Ancient Greek Music*, escribe: «Varias indicaciones que concuerdan, hacen sea probable que el cantar y el hablar no estuvieran tan distantes en griego, uno de otro, como en las lenguas modernas que

abandonó el recitado cuasimusical de los exámetros, por cierta clase secular formada por diferenciación: la de los rapsodas. Estos que recitaban en la corte «los libros (de Homero) por separado, cada uno el suyo, en fiestas ó solemnidades de las ciudades griegas» y á las veces con prólogos ó epílogos, dedicatorias en honor de las divinidades que ellos mismos componían en las fiestas en que tenían lugar estas representaciones públicas, en alguna suerte se hacían poetas y se distinguían de los poetas primitivos por sus discursos, que no eran musicales.

«Mientras el último cantaba solamente, ó al menos principalmente, sus propias composiciones con acompañamiento de su lira, el rapsoda, que llevaba una rama de laurel, ó la varilla como insignia de su cargo, recitaba sin acompañamiento de música, los poemas de otros (á veces, como hemos dicho más arriba, juntos con sus propios poemas).»

Así aparecieron simultáneamente una clase de poetas profanos, una divergencia entre la poesía y el canto.

Génesis parecida á ésta se observa en los romanos.

nos son más familiares p. 113)... Cantar y hablar, se tocaban más de cerca que nunca, según nuestra experiencia (p. 119).» Confirmación curiosa de este hecho nos la proporciona el relato de miss Alice Fletcher, de la música de los omahas, entre quienes ha vivido mucho tiempo. Dice: «La carencia de un diapasón normal y la manera cómo los indios manejan su voz, que es igual cantando que hablando, hacen que la música india parezca falsa á nuestros oídos.»

Aparece así claramente que el sacerdote-poeta primitivo, entre los griegos, era simplemente un orador excitado por la emoción, cuyos discursos se distinguían de los discursos ordinarios, por su acento más rimado y la manera de recitarlos.

Aunque la continuidad fué interrumpida, el principio fué idéntico. Dice Grimm:

«La poesía toca tan de cerca á la adivinación, que el *vates* romano semeja al cantor y al adivino, y la predicción era ciertamente una función sacerdotal.»

Lo que sigue está de acuerdo con lo que precede:

«La religión romana era un ceremonial para los sacerdotes y no para el pueblo, y su poesía no era nunca más que un conjunto de fórmulas en verso, y no se elevaba por cima de las oraciones jaculatorias medio bárbaras de los sacerdotes sabios ó de la cofradía de los arbales.»

De los países conquistados parece que se importaron formas más perfectas de ceremonias religiosas, juegos sagrados de Etruria y otras prácticas de Grecia.

Desde entonces los romanos eran los conquistadores, y parece resultar que las artes, y entre ellas la poesía, que los cautivos aportaban consigo, estuvieron, durante un largo periodo, en mediana estima entre los vencedores. No habían recibido misión alguna de los dioses, los maestros de la poesía, y les trataban con desprecio; su función se secularizó por completo.

Y sucedió, escribe Mommsen, que

«El poeta, ó como se le llamaba en aquel tiempo, el escritor, el actor ó el compositor, no solamente no pertenecían á la clase de los trabajadores de arrendamiento, poco estimada como tal, sino que aún era, como antes también, relegada de manera señalada al desprecio de la opinión pública y expuesta á los malos tratamientos de la policía.»

El mismo autor añade algo parecido en el capítulo siguiente:

«Entre los que durante este periodo se presentaron

ante el público como poetas, ninguno, como hemos dicho, pudo ser considerado como personaje de calidad, y hasta ninguno era originario del Lacio propiamente dicho.»

Apenas se pueden pedir pruebas más concordantes respecto de la diferenciación que hizo hacer al poeta del sacerdote en un pueblo donde, en vez de la evolución continua de una misma sociedad, tenemos un aglomerado de sociedades que cedían, y no sin resistencia, ideas y costumbres, que, ávida de dominio, se asimiló desde un principio la masa conquistadora.

19. Cuando desde la Europa meridional de los primeros tiempos, vamos hacia la Europa septentrional, nos encontramos en Escandinavia la prueba de una conexión entre el poeta primitivo y el curandero. Hablando de los adivinos, hombres y mujeres que se honraban con el nombre de profetas, y que se creían susceptibles de obligar á los espíritus de los «muertos á descorrerles el velo del porvenir», dice Mallet que la poesía se empleaba muchas veces en servicio de tamaño absurdo. «Los mismos *skaldes* ó bardos estaban reputados, en concepto de las gentes, como grandes agoreros, gracias al poder de ciertos cantos que sabían componer. Al mismo tiempo que estos poetas y músicos de las antiguas naciones del Norte invocaban en verso los espíritus de los difuntos, contándoles quizá elogios y alabanzas, eran, ó por lo menos así se les miraba, necesarios comparsas de la realeza; hasta los jefes de menor importancia tenían sus poetas. Los celtas tenían funcionarios análogos, cuyo oficio era de seguro el mismo que el de los sacerdotes poetas entre los griegos. Dice Pelloutier, apoyándose en testimonios de Strabón, Lucano y otros:

«Los bardos que hacían himnos, eran poetas y mú-

sicos; componían las endechas y el tono en que se cantaban.»

El uso de la palabra *himno* significaba, cuando apareció, cánticos que tenían en algún modo un carácter sagrado. La prueba está en que la conexión entre el poeta y el sacerdote sobrevivía, ó resurgió cuando el paganismo fué reemplazado por el cristianismo. Según expresiones de Mills,

«Cada página de la historia primitiva de Europa atestigua que el trovador vivía considerado como teniendo un carácter sagrado»; su vestido particular, «semejaba á las vestiduras sacerdotales».

Y afirma Fauriel, que «casi todos los trovadores, los más célebres, vivían en monasterios y con hábito de monjes».

Pero parece que la consecuencia probable de la conquista del cristianismo sobre el paganismo, fué que el sacerdote-poeta de los paganos que originariamente alababa tan pronto al jefe vivo como al jefe divinizado, cesase poco á poco de desempeñar la función última y llegase á ser en lo sucesivo cantor de los gobiernos. Leemos que

«Un *jaculator* ó bardo era un oficial perteneciente á la corte de Guillermo el Conquistador.

«Parece que se añadió un poeta, con cierto carácter permanente, al seguimiento del rey cuando iba á la guerra.»

Y hasta en Inglaterra duró mucho el cargo oficial de poeta laureado, que apenas acaba de extinguirse.

Por entonces, cuando el panegirista del jefe visible se hizo un funcionario de la corte, los panegiristas del jefe invisible—que era una divinidad no ya indígena, sino de origen extranjero—*devinieron* sacerdotes, y con este carácter le alababan unas veces en

forma poética, otras en forma oratoria. En toda la cristiandad, y ya desde los tiempos más remotos hasta nuestros días, los servicios religiosos han acentuado, en diversos grados, los atributos diferentes de la divinidad, haciendo resaltar ora y en primera línea su cólera y su venganza, ora preferentemente su bondad, su amor y su misericordia; pero estaban de acuerdo para exaltar perpetuamente su poder; y todas esas variedades de admiración oral, invocaciones y devociones, se formulaban en prosa unas veces, otras en verso. Siempre el servicio eclesiástico tuvo como objetivo tal ó cual parte de la Historia Sagrada, y siempre cuajaron sus ideas y sentimientos en una liturgia semi-ritánica, en himnos y en discursos que llamamos sermones; y en todas esas formas diferentes tenía el servicio carácter de alabanza, y en sustancia siempre estaba el sacerdote cristiano en la misma posición respecto del Ser á quien tributaba el culto, en que vivía el sacerdote pagano; se servía de los mismos medios de expresión.

Al mismo tiempo que el sacerdote cristiano era el oficialmente encargado de repetir alabanzas que encontraba ya hechas y prescritas, fué asimismo en alto grado el creador de sinnúmero de oraciones y de poesías. Ateniéndonos á Inglaterra, y dejando á un lado los antiguos bardos de autenticidad dudosa algunos, y cuyos versos hacían honor á héroes paganos vivos ó muertos, vengamos á los poetas de la nueva religión; vemos que el primero de ellos, Caedmon, un hermano converso, que fué pensionado de un monasterio, puso en forma métrica la historia de la creación y varios otros relatos sagrados, con lo cual hizo de la divinidad un elogio en forma variada y completa. El poeta que viene después es Aldhelm, un monje,

también el clérigo Bede, conocido, sobre todo, por su talento en otras direcciones, fué un poeta; lo mismo el abad Cynewulf. Todavía muchos años después, los personajes mencionados como versificadores, fueron eclesiásticos como Enrique de Huutingdon, un arcediano; Giraldo Cambrensis, un obispo electo; Layarmon, sacerdote, y Nicolás de Guildford. Sólo bajo el reinado de Eduardo III podemos mencionar un compositor de cantos profanos, Minot; y llegamos ya á nuestro primer gran poeta, Chaucer, que haya sido ó no «clérigo de Cambridge», llegó á ser poeta de la corte y se ocupó principalmente en poesía profana. Más tarde, la diferenciación entre el versificador y el profano, y el que componía poesía sagrada, se hizo más marcada, como vemos en el caso de Gower; sin embargo, aunque ya era profano el asunto de los poemas como en Langland y en Barbour, su parentesco eclesiástico seguía dominante. Lydgate era sacerdote, orador y poeta; Occleve, poeta y empleado del servicio civil; Henryson, maestro de escuela y poeta; Skelton, sacerdote y poeta laureado; Dunbar, monje y poeta de la corte; Douglas, obispo y poeta profano; Barelly, sacerdote y poeta, y así otros. Hace falta añadir, que una de las funciones del eclesiástico era escribir himnos de alabanza, himnos que hoy componen lo mismo eclesiásticos ordenados que ministros disidentes. Tales hechos, al lado de los tiempos recientes, muestran claramente que á semejanza de lo que pasaba en las sociedades paganas, el sacerdote-poeta instituido como panegirista de la divinidad de su culto, fué en la sociedad cristiana el primer poeta, y que los poetas que ahora llamamos profanos, derivan gradualmente de ellos por diferenciación.

Al mismo tiempo que se producía la divergencia

entre poetas profanos y poetas sagrados, se producía otra entre los mismos poetas profanos. Nació el poeta épico como, por ejemplo, Milton; el didáctico como Pope; el satírico como Butler; el descriptivo como Wordsworth; el cómico como Hood.

20. De estos aduladores oficiales del héroe ó dios, cuyas alabanzas tienen forma de discursos rítmicos ó no rítmicos, pasamos á aquellos cuyas alabanzas tienen forma de acciones mímicas para expresar el triunfo del jefe divinizado por imitación de sus acciones. Unidos los dos tipos al nacer, divergen y se desenvuelven ahora de por sí, en direcciones respectivas.

Ciertos salvajes actuales nos procuran ejemplo de la primitiva unión de las alabanzas vocales y las mímicas. Leemos á propósito de algunos esquimales:

«Las fiestas más importantes son al parecer como de un carácter semirreligioso, y participan mucho de la naturaleza de las representaciones dramáticas... Todas las fiestas requieren la compañía de cánticos, de tambores y de danzas.»

Pruebas más detalladas nos ofrece un relato oficial concerniente á los indios navajo. He aquí sus principales pasajes:

«Hasjelti Dailjis, en su lengua, significa la danza de Hasjelti, que es el jefe, ó más bien, el más importante ó el más eminente de los dioses. La palabra *danza* no da una idea exacta de estas ceremonias porque tienen más de pantomima que de baile... La acción de representar á los diferentes dioses y sucesores, y el drama representado de sus aventuras fabulosas y del poder que ejercieron, proporcionan enseñanzas de interés particular... Sin embargo, se puede deducir, por lo que se conoce de trozos aislados y de fragmentos de de estos mitos dramatizados, que cada una de tales

acciones, estrictamente reglamentadas y prescritas, tiene ó tuvo una significación especial, y es evidente que están todas conservadas con un escrúpulo religioso absoluto.

»Y se añade que todas las prácticas demuestran claramente la oferta de un regalo, ó formula los términos de un mercado propuesto á las divinidades.»

Tomando nota ahora de las pruebas que proporciona la India antigua, tenemos que deducir que en ese país, como en otras partes, la recepción triunfal de un conquistador era una observancia continua que produjo el arte dramático en consonancia con las artes en que nos hemos ocupado. Escribe Weber:

«Enseguida, después de la poesía épica, como segunda fase en el desenvolvimiento de la poesía sánscrita, viene el drama. Su nombre es *Nataka*, y se designa al autor con el nombre de *Nata*, literalmente *danzante*. La etimología nos demuestra, de esta suerte, que el drama tuvo origen en la danza, probablemente acompañada al comienzo sólo de música y de canto; pero en el trascurso del tiempo se la agregaron también las pantomimas, las procesiones y el diálogo.»

Y aunque él mismo ofrece otra interpretación, cita á Lassen con objeto de probar que

«El drama indio, después de haber probado brillantemente sus armas en los más variados terrenos, especialmente como drama de la vida civil, volvió fácilmente en sus últimas fases al género de asuntos por donde había comenzado, á la representación de la historia de los dioses.»

La historia griega refiere hechos numerosos de la misma naturaleza. En Esparta:

«El coro cantando, bailaba dando vueltas («alrede-

dor del sacrificio... que ardía sobre el altar») en círculo habitual; en tanto que otros personajes representaban el asunto del santo por la mímica.»

El hecho de que el drama nuevo tuvo un origen religioso, está demostrado por el carácter religioso que conservó siempre. Dice Moulton: «La representación de los dramas se consideraba por los antiguos como un culto tributado á Dionysos.» Asero que resulta también de lo que dice Mahaffy de «los antiguos griegos que iban al teatro por honrar y servir á su dios». El elemento dramático de las ceremonias religiosas estuvo al principio mezclado con otros elementos, como supone Grote al hablar de la importancia de que todos juntos representaban un papel en la celebración del culto, es decir,

«En el mundo antiguo, y más especialmente en los primeros periodos de su carrera, los bardos y los rapsodas para el género épico, los cantores para el género lírico y los actores y cantores unidos á los danzantes para el coro y el drama. Los poetas líricos y dramáticos enseñaban por sí mismos el modo de recitar sus composiciones.»

El proceso de diferenciación por donde nació el drama, está muy señalado en los extractos siguientes de Moulton:

«Sólo una de esas danzas baladas estuvo destinada á producir el drama. Era el ditirambo, la danza en voga cuando las fiestas del dios Dionysos.»

«Los misterios de la religión antigua eran dramas místicos en que se refería la historia de los dioses.»

«El coro partía del altar al centro de la orquesta, y en sus evoluciones se inclinaba á la derecha. El conjunto del movimiento constituía una estrofa; al acabarla (según va implícito en la palabra «estrofa») to-

dos se volvían, y en la antiestrofa retrocedían para volver al altar.

»En la tragedia lírica el coro aparecía en forma de sátiros en honor de Dionysos, á cuya gloria rinde homenaje la leyenda; mantiene hasta el final la combinación del cántico, de la música y del baile.

»La obra de Thespiis consistía en introducir un «actor» completamente separado del coro.»

Al mismo tiempo que se diferenciaba el drama, se produjo una diferenciación entre el autor dramático, el actor y las demás personas; fácil parece deducirlo, por difícil que nos sea el señalar la marcha de su proceso. Ya mostramos, con la cita de Grote, que un autor procuraba cierta dirección oral á los actores subordinados, y en esta función adquiría en alguna suerte el tipo de autor dramático. Antes de aparecer la literatura escrita, no era posible ulterior diferenciación; pero cuando nació la literatura escrita pudo existir el autor dramático propiamente dicho. Sin embargo, hay que advertir que en las producciones de los grandes escritores dramáticos de Grecia, se continúan observando las relaciones primitivas. Moulton hace notar que

«La tragedia no cesa nunca de ser una fiesta solemne, religiosa y nacional, celebrada en un edificio que estaba considerado como el templo de Dionysos, cuyo altar era el objeto más prominente de la orquesta.»

El asunto fué siempre en los primitivos tiempos, y después, el relato de las hazañas y proezas de los dioses. Un ejemplo nos ofrece Mahaffy, que dice:

«Encontramos que en tiempo de los Ptolomeos, doscientos cincuenta años antes de Jesucristo, se ejecutó una verdadera sinfonía en una fiesta de Delfos, en la cual se representó la disputa entre Apolo y el Pitón,

en cinco variantes, con la ayuda de flautas ó más bien de clarinetes (*αλλοι*), de arpas y de pífanos, sin cántico ni palabras.»

Demuestra este hecho, sobre todo, el desenvolvimiento de la música instrumental; hace ver asimismo el género de tema escogido. Pero cuando llegamos á las comedias de Aristófanes, estamos frente á una secularización mucho más avanzada.

Lo cual implica, según hemos hecho notar más arriba, al hablar de la génesis del poeta, que una gran parte de la civilización romana no era indígena, sino extranjera; en parte, la vida romana, esencialmente militar, conducía al desprecio de todas las ocupaciones no militares (lo mismo sucede en todas partes por entonces). La génesis del autor dramático en Roma, fué, pues, mal definida. Encontramos, no obstante, indicaciones que están de acuerdo con las precedentes. Duruy, de acuerdo con Guhl y Koner, escribe que

«En el año 364 antes de Jesucristo, durante la peste, los romanos, desesperados, volvían los ojos á los etruscos, que respondían de que los dioses aplacarían su encono si se les honraba con juegos escénicos; y para que los romanos celebrasen dichos juegos, les enviaban actores, que también al mismo tiempo bailaban danzas religiosas al son de la flauta... La peste concluyó.»

Y continúa diciendo que «los jóvenes romanos aprendieron las danzas introducidas de Etruria, y marcaban su ritmo con cánticos, improvisados muchas veces, que acabaron por acompañarse de la acción. Se había inventado la comedia romana.»

En Roma, al igual de Grecia, vivió mucho tiempo como informando el drama, una idea de santidad. «Varron, dice San Agustín, clasifica las cosas teatra-

les entre las cosas divinas.» Esta concepción de la santidad, sin embargo, estaba de acuerdo con su concepción de los dioses; por supuesto, era enormemente diferente de la santidad, tal como la entendemos nosotros.

Los asuntos de las pantomimas se tomaban de los mitos relativos á los dioses y á los héroes, teniendo el autor que representar muchas veces papeles de hombres, otras el de mujeres, mientras que un coro, acompañado de tocadores de flauta, cantaba la canción correspondiente.

«A veces, las escenas mitológicas se representaban en la palestra con cruel exactitud. Constreñíase á criminales condenados, á arrojarse á la hoguera como Hércules, á poner la mano sobre ascuas, como Mucius Scaevola, ó á dejarse sacrificar como el bandido Laureolo; otros fueron hechos trizas por los osos, á imitación de Orfeo.»

Generalmente era el actor un extranjero sin olor de santidad; derivado de su tradicional función religiosa, «estaba clasificado entre los esclavos y los bárbaros... Era un esclavo ó un liberto, procedente de un país en que su profesión se estimara en más valor, las colonias griegas y el Oriente en general», por ejemplo.

21. A poco que nos fijemos, encontramos que la génesis pagana del drama tuvo su homóloga en la organización cristiana de la Europa de la Edad Media. Comenzó, como en la India, en Grecia y en Roma, por representaciones de asuntos sagrados, por actores y sacerdotes. Los episodios de la Historia Sagrada repitiéronse, en forma dramática, en edificios consagrados al culto divino.

«El hecho de que el ritmo se recitase en latín, fué causa de que se le completara, particularmente en

circunstancias especiales, con escenas ó lecciones de Historia Sagrada, representadas ante la masa ignara.» De este modo, la razón de ser de los misterios y milagros, fué la necesidad de representar historias sacadas de la Biblia ó de las vidas de los santos, ó de personificar doctrinas fundamentales, tales como la encarnación, para bien de un populacho incapaz de leer por sí mismo.»

Pero hay pruebas confusas y opiniones contradictorias á propósito de las representaciones de la antigua época cristiana.

El origen profano y el origen sagrado parecen confundidos. Leemos que «á veces, cuando no podía procurarse un número suficiente de actores sacerdotales, los guardadores de la iglesia... hacían representar las piezas por actores profanos»; y nos dicen también «que se entabló una queja (á Ricardo II) contra los actores profanos, porque representaban piezas compuestas, según la Historia Sagrada, con gran perjuicio del clero». Pero en otro pasaje, «refiere el autor Strutt, que estos misterios, representados, diferían mucho de las piezas profanas é intermedios, representados por compañías ambulantes, compuestas de trovadores, juglares, saltarines, bailarinas y bufones... Estos divertimientos son de origen más antiguo que las representaciones eclesiásticas». No deja de ser probable que grupos parecidos hubiesen sobrevivido á los tiempos paganos, durante los que sus representaciones formaban parte del culto pagano, perdiendo después su significación primera, como sucede á los cantos de los trovadores. Es una opinión que parece coincidir con la que sustenta que el drama profano no descendía directamente de los misterios; influenciado el drama, se desprende por los escritores familiariza-

dos lo mismo con los misterios que con las exhibiciones populares; cuajó en forma definitiva, bajo la presión principalmente del drama clásico. Por lo demás, es una suposición apoyada por el hecho de que, en numerosas piezas del tiempo de Babel, el autor hizo figurar un coro. Sea lo que quiera, sin embargo, la consecuencia general es la misma. Surgió en el cristianismo, como en Grecia, un drama sagrado, representado por sacerdotes, y copiando incidentes de la vida de Cristo y de los santos; y si nuestro drama profano no desciende directamente de este drama religioso cristiano, desciende indirectamente del entonces primitivo drama religioso del paganismo.

Al mismo tiempo que nace el drama profano, surgen diferenciaciones de menor importancia. La separación entre el actor y el autor dramático, aunque todavía incompleta, llegó á ser más marcada: la mayor parte de los autores dramáticos no son ya actores. Se distinguieron después los autores dramáticos en categorías diversas: autores de tragedias, de comedias, melodramáticos, de sainetes ó piezas burlescas.

22. No encontramos aquí ninguna excepción á la ley general que pide que la separación y la consolidación sean partes del proceso evolutivo. Comenzando por Grecia, observamos esta tendencia hasta entre los poetas. Curcio nota que la poesía, como las demás artes, se cultivó primero en círculos cerrados, especie de corporaciones. Y el carácter religioso de estas corporaciones está demostrado por otro aserto. «Formáronse escuelas de poetas, que estaban... en conexión íntima con el santuario.» Claro, se realizó con facilidad el proceso para los que cooperaban á representaciones combinadas, porque necesariamente formaron compañías y muy presto se hicieron uniones definidas

entre ellas. Dice Mahaffy, hablando de los griegos, que

«Las inscripciones nos revelan la existencia de corporaciones de actores de profesión que iban de aquí para allá á las fiestas locales de Grecia, y daban representaciones pagadas á precios elevados.»

Y cuenta más allá:

«En la corporación de los actores, formaban un sacerdote (de Dionysos) que estaba á la cabeza, y era actor también; un tesorero de los poetas dramáticos, autores de nuevas tragedias, comedias y odas; actores principales, tanto trágicos como cómicos, y además, músicos y cantores de diferentes especies.»

Por una serie de razones ya indicadas, encontramos pocas noticias referentes á Roma. Apuntamos algunas, sin embargo.

«Las autoridades, por consideraciones al griego Andrónikos, concedieron á la corporación de los poetas y autores, para su culto ordinario, un lugar en el templo de Minerva, en el Aventino.»

Los tiempos modernos no dejan de prestarnos á su vez raros ejemplos también de esta tendencia á la integración. Puede hallarse un caso de organización en la caja de beneficencia de los actores. Los autores dramáticos tienen una agencia encargada de cobrar los derechos que se les deben por la representación de sus piezas, y viven asociados para ese efecto. Hay además un periódico especial, *The Era*, que es un medio de comunicación, por la vía de los anuncios, de todos los actores de todos los géneros y categorías, y de los que desean seguirles; este periódico sirve también de órgano á los intereses del teatro y del café cantante semi-dramático.

Después de haber escrito el capítulo que precede,

me llamó la atención un pasaje de la obra del profesor Morley: *A first Sketch of English literature*, pág. 209, que en pocas líneas prueba varias de las principales tesis que mantiene, así como las contenidas en el capítulo precedente:

«Las baladas inglesas son parecidas á las que entre los escandinavos fueron objeto, por evolución, de un divertimento familiar y social. Eran recitadas por una persona de la sociedad con animación y con expresiones variadas, mientras que acompañaban las otras reunidas á las veces en círculos, sus manos unidas, avanzando y retirándose, en medio de acompasado balanceo; á veces permanecen quietas y siguen con diversos movimientos y gestos las diversas emociones del recitado. No fué sólo en España donde el pueblo acompañaba con la danza el compás de la balada, porque en nuestros días todavía podemos ver que en las islas Feroe, en el Norte, se amenizan las tardes de invierno con el recitado de baladas, durante el cual, conforme á la antigua costumbre septentrional, los gestos y los movimientos de los que oyen expresan las emociones del recitado, como danzaba el pueblo escuchando las antiguas baladas de los antiguos cantos.»

Aquí, pues, como en la recepción triunfal del héroe vivo, por los hebreos, y en el culto tributado por los griegos al héroe muerto y divinizado, vemos la unión de la música y de la danza, y al mismo tiempo la asociación de un discurso rítmico con una representación de los incidentes y de las emociones motivadas por esta descripción. Advertimos en todos los sitios la tendencia á manifestarse los hombres á impulsos de la exaltación emocional, que es donde beben su origen, las diversas artes.

Todavía se impone á nuestra atención otro hecho. Vemos que en todos los casos en que algún individuo se destaca de un grupo y llega á ser cantor ó declamador, el resto de este grupo toma el nombre de coro. Esta separación, que caracterizaba el culto religioso de los griegos, y que asimismo caracterizaba sus representaciones dramáticas, no se traduce sólo más tarde en el coro de las catedrales, que se reparte el servicio de cantar con los solistas, y en el coro de ópera, que hace otro tanto en la escena; se manifiesta lo mismo en todo coro que acompaña al que canta delante, descrito más arriba, y sobrevive todavía entre nosotros en el coro que termina casi siempre todas las estrofas de nuestras canciones de *public-house*.

El hecho esencial que falta, sin embargo, en la descripción citada más arriba, según el profesor Morley, y que tampoco va implícito en las observaciones apuntadas, cuando se las considera en sí mismas, es el de que estos recitados de baladas estaban ya en los albores de las alabanzas religiosas, y el que las recitaba era, primitivamente, un sacerdote-poeta. La comparación del pasaje citado más arriba con los recitados apuntados, á propósito de ceremonias religiosas que subsisten entre los indios de la América del Norte, y con motivo de las que se verificaban en Grecia, muestra claramente que ha desaparecido la significación religiosa, y que el prototipo de la balada recitada era un himno cantado por un sacerdote en honor de algún héroe deificado; la pérdida del carácter religioso quizá sea el resultado de la derrota del paganismo por el cristianismo.

CAPITULO V

EL BIÓGRAFO, EL HISTORIADOR Y EL LITERATO

23. Vimos en los dos últimos capítulos, cómo en sus formas rudimentarias las diferentes artes que expresan sentimientos y pensamientos por acciones, sonidos y palabras, tienen un origen común, como también los que enseñan estas artes.

Continuando este análisis, necesitamos ahora observar cómo han surgido simultáneamente, del mismo germen no diferenciado, los rudimentos de ciertas otras artes y de los profesionales correspondientes. El orador, el poeta y el músico primitivos, eran al mismo tiempo el biógrafo, el historiador y el hombre de letras primitivos. Las acciones del héroe constituían el tema común; y revistiendo tal ó cual forma, la celebración de sus hazañas se traducía ya en un discurso, ora en un canto, ora en un poema recitado, ya en una historia personal, lo que constituye una biografía, ya en otra historia más extensa que asocia las acciones de una sola persona á la de varias, ora ese comentario, tan vario en sus direcciones, de hechos y proezas de los hombres, y del curso de las cosas que constituye la literatura.

Antes de señalar los hechos que sirven de ejemplo á esta génesis simultánea, notemos que en la naturale-

za de las cosas no podía existir otra suerte de génesis, y que la raíz común de donde nacen estas artes, arranca muy en lo hondo de la naturaleza humana. Si consideramos un grupo de salvajes sentados alrededor de una hoguera en el campo, y nos preguntamos cuáles serán necesariamente los asuntos ordinarios de su conversación, tendríamos que respondernos que no sabrán hablar apenas más que de sus propias acciones y de las de los demás durante la guerra y la caza. Aunque les rodee una naturaleza abrupta y se hagan muy sensibles sus cambios, á veces imponentes, excelente objeto de descripción y comentario, sólo les interesan, sin embargo, casi siempre en cuanto afectan á los hombres y ejercen una influencia decisiva en su existencia. Las acciones humanas son las cosas perpetuamente interesantes, y, evidentemente, entre las acciones humanas, las más discutidas son las que se distinguen más de lo ordinario, las victorias de hombres valerosos, las acciones de los fuertes y las maniobras de hombres hábiles. Así, en las primeras fases de las sociedades rudimentarias, la falta de asuntos que exciten más, después de los relatos de éxitos individuales, durante la caza ó el combate diario, se vuelve siempre al relato interesante de las hazañas del gran jefe, de sus acciones ordinarias, de sus discursos importantes. Poco á poco, la descripción y las alabanzas de sus hazañas adquiere el carácter de una narración más ó menos coherente de los incidentes de su vida; así empieza la biografía.

Otra razón que indica que la biografía rudimentaria sea el comienzo de la historia, producto del espíritu primitivo, es su sencillez, incomparable con ninguna otra forma; es la más fácil, tanto para el que habla como para el que escucha. El discurso que se apoya

en los grandes hechos, con sus peligros y sus medios, es el que exige poder intelectual más escaso; y las cosas habladas son, en todo, ó en parte, inteligibles á las inteligencias menos desenvueltas. Los niños nos procuran la necesaria prueba: piden, sin descanso, que se les refieran historias, demuestran así su preferencia innata por los relatos de aventuras; revelan cuán débil es el esfuerzo que pone el espíritu en la asimilación intelectual de las aventuras. Y basta notar cómo «la vieja» de aldea, «por débil que sea de espíritu, vive atiborrada de historias sobre el señor y su familia», para ver que la biografía puramente narrativa (no hablo de la biografía analítica), no exige ningún esfuerzo apreciable de pensamiento, segunda razón de que nació en seguida.

Claro, ya lo dijimos más arriba: la biografía verdadera y coherente, elaborada en los pueblos donde se han instituido poco á poco jefes permanentes y reyes, se desenvuelve gradualmente fuera de los relatos y de estos incidentes particulares de su vida, que celebran los sacerdotes-poetas. Apuntemos algunos hechos en su apoyo.

24. Los primeros periodos de este desenvolvimiento transcurrieron antes de la existencia de los relatos escritos, y no pueden recordarse de una manera definitiva; hay que restablecerlos según pruebas fragmentarias, suministradas por las razas no civilizadas, que hicieron ya algunos progresos. Las tribus salvajes de las montañas indias, nos ofrecen algunos ejemplos. Dice Malcolni: «El *bhat* es, al mismo tiempo, bardo y cronista de los *bhills*.» Atestigua, asimismo, que según los historiadores indigenas, los rajpootos conquistaron ciertas tierras, y que

«Casi todos los *bhats*, ó trovadores de la tribu, resi-

den todavía en la Rajpootana, donde hacen visitas anuales, ó bisanuales, y algunos sólo trisanuales á las tribus del Sur, para notar los acontecimientos notables en las familias, y particularmente los relativos á los matrimonios, y para cantar, en presencia de los *bhills* encantados, la historia de su origen y la nombradía de sus antepasados.»

También leemos en Hislop, á propósito de otra tribu:

«El *Padal*, llamado al mismo tiempo *Patuadi*, *Parduan* y *Desai*, forma una clase numerosa que se encuentra en las mismas localidades que los *Raf Gouds*, á los cuales sirven sus miembros de consejeros religiosos (*Pradaná*). Son, en efecto, los *bhats* de las clases superiores, que recitan sus genealogías y las hazañas de sus antepasados.»

Aquí, pues, el sacerdote es un narrador, y su narración tiene un carácter gráfico-histórico. Consiste en la narración de los hechos principales de la existencia de ciertas personas, y unidas á los relatos de las hazañas de las tribus, forman una historia rudimentaria.

En Africa, donde por razones que hemos mencionado precedentemente, la majestad del jefe vivo no da lugar habitualmente al culto para el jefe muerto, sólo encontramos el primer periodo en este desenvolvimiento.

«El rey de los zulús tiene hombres que cumplen la misión de los heraldos en las danzas, y que, cuando ocurre una ocasión propicia, se presentan y refieren las diferentes acciones y las hazañas de su augusto monarca en una serie de frases no interrumpidas.»

En el Dahomey, lo mismo, se dan unidos el cortesano y el historiador. En este reino, donde las mujeres representan un papel tan importante, hay, como hemos visto, bandos femeninos, y «esta especie de tro-

vadoras son las que guardan los archivos del reino del Dahomey; su plaza es hereditaria, y lucrativa.»

Abisinia nos da un ejemplo de la manera cómo los gérmenes mixtos de la biografía y de la historia hacen su aparición en los entierros de los hombres distinguidos.

«Asisten muchas veces á los entierros de los grandes, cantadoras de profesión...; cada uno de los asistentes improvisa á su vez, lamentándose, algunos versos de alabanzas en honor del difunto... Las cantadoras profesionales dan detalles minuciosos sobre la historia de sus antepasados, sus hazañas, su carácter y hasta sus riquezas.»

Cuando la persona muerta es un monarca conquistador, el elogio funeral por profesionales—primer paso hacia la deificación—forma el núcleo de un culto en que se reúnen el relato de su vida, que constituye una biografía, y sus hazañas, núcleo también de la historia primitiva.

Hechos análogos procuran descripciones americanas de antiguas civilizaciones. He aquí un pasaje de Bancroft, concerniente á los aztecas:

«La preparación y la guardia de los archivos de las clases superiores, tales como los anales históricos y los misterios eclesiásticos, estaban bajo la intervención de los más altos dignatarios del sacerdocio.»

Leemos en otra parte todavía:

«En esa asamblea se preparaba el libro de Dios». En sus páginas se inscribía los anales de Nalma desde el tiempo del diluvio...: los ritos religiosos, el sistema de gobierno, las leyes y las costumbres sociales; sus conocimientos en agricultura y en todas las artes y ciencias.»

Instruye mucho el observar cómo en este libro sa-

grado, como en otros libros sagrados, se mezclaban la religión, la historia y la biografía con las costumbres y los conocimientos profanos.

25. Algunas sociedades antiguas nos legaron pruebas semejantes. Es evidente la naturaleza biográfico-histórica de la Escritura de los hebreos, cómo en otros casos, los incidentes de la divinidad nacional forman la materia primitiva: la creación de todas las cosas por Dios en días sucesivos, y el descanso del día séptimo. Relatos de sus acciones personales caracterizan los libros siguientes, y están combinados con los relatos de hechos y proezas de Adán y de los patriarcas (notas biográficas). En lo que nos refiere Abraham de Isaac y de Jacob, vemos la biografía que domina; la historia, casi falta. Pero con la transición de la vida nómada á la vida sedentaria, y el desenvolvimiento de la nación, el elemento histórico adquiere rango principal. Sin duda durante mucho tiempo, las genealogías y los acontecimientos principales vivieron fiados al conocimiento tradicional ordinario, aunque podemos admitir con justicia que la clase de los sacerdotes, la clase culta, era la encargada muy particularmente de conservar tales conocimientos. Los tiempos más recientes nos suministran algunas pruebas de este orden, como, por ejemplo, estos pasajes de Kuenen y Neubaner:

«En el siglo XVIII antes de Jesucristo, el profeta Jahveh llegó á ser un escriba.»

«Después de vuelto Esdras (llamado el escritor hábil de Babilonia, tuvo discípulos que se les llamó *sopherim*, «escribas», y cuyo oficio consistía en multiplicar las copias del Pentateuco y en interpretarlas. «Escriba» y «letrado» eran sinónimos por estos tiempos.»

Nos procuran hechos semejantes algunos libros an-

tiguos de la India. Hablando Weber de su contenido, dice:

«La historia» no puede, propiamente hablando, ser considerada á no ser como una rama de la poesía... no sólo á causa de su forma... sino también acerca de su objeto.»

«Kalhana, que escribió una historia de Cachemira en el siglo XII después de Jesucristo, «era más poeta que historiador.

»En algunas casas de príncipes, no dejaban de guardar archivos de familias conservados por los sacerdotes domésticos.»

Las antiguas inscripciones egipcias nos procuran, en estos respectos, numerosas pruebas. El elemento biográfico-histórico de la literatura, deriva, naturalmente, del culto primitivo; es evidente; lo vemos en este hecho,—que se puede juntar al que hemos citado más arriba, concerniente á los abisinios—de que en la antecámara de una tumba egipcia se encontraba la noticia de la vida del difunto, y, naturalmente, lo que se hacía en pequeño para un hombre vulgar, se hacía en grande para el hombre de elevada posición.

Leemos en Brugsch, que

«Los dioses reales de los egipcios designados como reyes, tienen su historia individual, que los escribas sagrados escribían en los libros de los templos.»

He aquí pasajes análogos de Bunsen y Duncker:

«Diodoro (I, 44) dice que «los sacerdotes tenían en sus libros sagrados, transmitidos de tiempos antiguos, y que á su vez trasmitían también á sus sucesores con el mismo encargo, descripciones escritas de todos sus reyes... Hacían un relato de cada rey, de sus fuerzas físicas y de sus disposiciones, y de las hazañas de cada uno, según el orden cronológico.

«Un sacerdote» leía diariamente al rey los apotegmas y las proezas de los hombres eminentes... en sus libros sagrados. Sabemos que existían poemas de una longitud considerable sobre objetos históricos.»

Es, pues, evidente que los sacerdotes eran en Egipto, á la vez, biógrafos é historiadores.

Los capítulos precedentes nos han mostrado indirectamente la conexión primitiva entre la religión, la biografía y la historia de los griegos. Las alabanzas en honor de las acciones del dios, ya líricas, ya épicas, articuladas de un modo rítmico por sus sacerdotes, ponían en relación el elemento sagrado con esos dos elementos profanos. Pero podemos citar algunos hechos típicos todavía.

«La historia de la familia y de los estados griegos fué representada sistemáticamente de un modo edificante, conforme al sentido de la religión de Apolo, y dictada por intereses teocráticos.

»En los santuarios y sus alrededores, se conservaban las tradiciones más antiguas.

»Se conservaba una lista de los sacerdotes en Argos, y la hubo también, respecto á su dignidad de sacerdotes, de los reyes de Esparta... Así nacieron los archivos históricos.»

Y por entonces, después de la secularización de los discursos ó cantos rimados, enunciados primero en honor de los dioses, el carácter biográfico-histórico de su contenido se conservó y adquirió superior desarrollo. En sus exámetros, empleados, en primer término, por los sacerdotes de Delfos, Homero hace un relato en la *Iliada*, que, aunque es histórico, sobre todo, es biográfico en parte; la cólera de Aquiles es su motivo principal. Después tenemos en la *Odisea* un relato que es casi biográfico por completo. Pero aunque muy se-

cularizadas estas epopeyas, no han perdido por entero su carácter sagrado primitivo; puesto que los dioses están representados en ellas como desempeñando un papel activo.

Como dijimos con anterioridad, la sociedad romana, tan heterogénea en su composición, tuvo su evolución normal modificada por influencias exteriores. Podemos encontrar todavía, sin embargo, cierta conexión entre el sacerdote y el historiador. Según Duruy y otros,

«Los pontífices se ocupaban en conservar el recuerdo de los acontecimientos, todo lo exactamente posible. Los romanos tenían los Anales de los Pontífices ó *Annales Maximi*, los *Fasti Magistratum*, los *Fasti Triumphales*, las listas de los censores, etc.

«Cada año, el jefe de los pontífices escribía sobre una tablilla blanca, á cuya cabeza se encontraban los nombres de los cónsules y de los demás magistrados, un resumen cotidiano de todos los elementos memorables sucedidos en el interior y en el extranjero. Estos comentarios ó registros fueron reunidos enseguida en ochenta volúmenes, á los que llamaron *Annales Maximi* sus autores.»

Además, por sus asociaciones, el cuerpo de los *feciales* tenía, sin duda, un cierto carácter sacerdotal.

«Al lado de estas dos más antiguas é ilustres corporaciones de hombres versados en las ciencias espirituales (*augures* y *pontífices*), se puede colocar, hasta cierto punto, el colegio de los veinte heraldos del Estado (*feciales*, de origen incierto), destinados á ser los depositarios vivos del recuerdo tradicional de los tratados pactados con las comunidades vecinas.»

Si, como se pretende, fué Rómulo considerado por los romanos como uno de sus principales dioses, con

un templo y un sacerdote para los sacrificios en su honor, parece que se podría deducir, que la historia de sus hazafias, que tenía muy principalmente un carácter místico, tenía algún fondo de verdad, que se repetía de tiempo en tiempo, en los elogios de los sacerdotes; y que el discurso ó el himno enunciados por éstos en las fiestas, tenía como los himnos de naturaleza análoga de los sacerdotes griegos, un carácter biográfico-histórico.

Aun no refiriéndose, sino indirectamente, á la cuestión inmediata, vale la pena de añadir que Eunio, el historiador romano más antiguo, era asimismo poeta épico, «el Homero del Lacio», como se llamaba á sí mismo. La versificación de la historia antigua, de que encontramos un ejemplo en sus escritos, está naturalmente de acuerdo con la idea de la unión, más antigua todavía, que hemos encontrado en las narraciones que alababan al sacerdote-poeta primitivo.

26. En efecto, en pruebas suministradas por el Norte de Europa, encontramos desde luego las que existen de la época que ha precedido al cristianismo. Aunque las historias del poema épico teutónico, los *Nibelungen*, hayan sido reunidas en el cristianismo, pertenecían, sin embargo, á la época pagana; y podemos admitir sin temor, que eran recitadas originariamente, como en otros pueblos europeos, por los servidores de los grandes cortesanos durante su vida, por los sacerdotes-poetas después de su muerte. Pero todavía mucho tiempo después de la victoria del cristianismo sólo la narración cristiana, en la cual se reunían como en otras narraciones primitivas la biografía y la historia, procuraba los asuntos de la literatura; los sacerdotes eran los agentes de transmisión.

«Del siglo IV al VIII no existe ya literatura profana;

no hay más que la literatura sagrada; los sacerdotes son los únicos que estudian ó que escriben; siempre, salvo raras excepciones, sobre asuntos religiosos.»

De los cincuenta y siete autores citados por Guizot como pertenecientes á los siglos IX y X, sólo cuatro eran laicos y se ocupaban sin duda en idénticos estudios.

Sin embargo, mientras que la materia biográfico-histórica ordinaria, á que se consagraron los sacerdotes, era la que les ofrecía ó sugería su fe, parece que después del siglo VIII hay algunos casos en que los asuntos fueron bebidos en distintas tradiciones, distintas de las cristianas; de ahí la *Chanson de Roland*, la *Chanson de Alexandre*, escritas en el siglo XII por los sacerdotes Konrad y Lamprecht.

Por lo demás, bastan algunos ejemplos, sacados de Inglaterra. Las crónicas y las historias eran casi siempre compiladas en los monasterios. Señalemos ejemplos, por orden cronológico: tenemos desde luego á Bede, que era monje é historiador; Cynewolf, abad y escritor de historias; Gildas, monje y cronista; Asser, obispo y biógrafo. La crónica anglo-sajona era un anuario de los acontecimientos anotados por monjes del siglo IX al XII. Después de la conquista, los autores principales todavía eran eclesiásticos y sus obras eran generalmente crónicas ó vidas de santos. Entre ellos estaban Mariano Scoto, Florencio de Worcester, Eadmer, Orderico, Vital, Guillermo de Malmsbury, Wace, Enrique de Huntington, Fitzstephen, Tomás d'Ely, innumerables más durante los diferentes reinados en que la parentela continúa manifestándose; pero donde se manifiesta asimismo es en la esfera literaria de los competidores profanos.

Incluso sin hechos de este género, podemos asegu-

rar cómodamente, que durante la Edad Media no había apenas cultura alguna á no ser entre los eclesiásticos, y que la composición de las biografías y de la historia, debía ser forzosamente obra de los sacerdotes solos.

27. El hecho de que la ficción nació de la biografía es tan evidente, que apenas hay necesidad de demostrarlo. A menos que un biógrafo sea exacto, lo cual es raro en los biógrafos modernos, y los antiguos no lo eran ciertamente, sucede sin poder evitarlo, que se mezcla más ó menos fantasía en los hechos. Las mismas tendencias que en los tiempos antiguos transformaban las anécdotas concernientes á los jefes, en relatos mitológicos, que hacían de ellos dioses, se manifestaron universalmente, y produjeron necesariamente, en la narración de la vida de los hombres, exageraciones que la desnaturalizaban considerablemente; si recordamos las disputa que se encendía entre los griegos, á propósito del lugar de nacimiento de los poetas y filósofos, veremos en qué medida eran inciertos los relatos de esos hombres, y hasta qué punto se alteraba con la imaginación la realidad de los hechos. Y lo mismo en el período cristiano; no tenemos que citar siquiera los milagros referidos en las vidas de los santos, para encontrar pruebas abundantes de alteraciones parecidas. Al igual que en nuestros días el que repite una anécdota, ó hace circular un escándalo, se ve tentado casi siempre del prurito de hacer su historia más interesante, exagerando los puntos principales, en los tiempos antiguos, en que se hacía menos caso de la verdad que ahora, los recatos se falseaban cada vez más, á medida que pasaban de boca en boca.

Claro, el narrador que daba la versión más pintores-

ca de una aventura ó de una empresa, era el que más gustaba á los oyentes, y, naturalmente, tentado á aumentar siempre las adiciones debidas á su imaginación, se hacía un cuentista casi sin sentirlo. Pero los niños, deseosos primero de saber si las historias que se les cuenta son verdaderas, llegan, poco á poco, á aceptar como tales relatos imaginarios, y después no faltan algunos, instruidos por tales ejemplos, que inventan cuentos maravillosos para despertar el interés de sus compañeros. En las poblaciones civilizadas ó semicivilizadas, se produce entre los adultos la misma génesis. De ahí la clase establecida de cuentistas (*storyteller*), en Oriente, autores de ficciones orales, y se ve cómo gradualmente con este procedimiento la ficción se diferencia de la biografía; al principio, esas historias, que, como exageraciones de incidentes verdaderos creen, en parte, los mismos narradores, son creídas por completo por los oyentes. En su libro *Two Years Residence in a Levantine Family*, Mr. Bayle Saint-John nos dice, que cuando leía *Las Mil y una noches* en alta voz, y advertía á los que oían que no debían considerar aquellos relatos como verídicos, persistían en creerlos, diciendo: ¿cómo un hombre iba á ponerse á escribir mentiras? De suerte, que cuando la ficción se consolida, continúa clasificada como biografía, sólo se distingue, y, con trabajo, en las naciones civilizadas.

La historia antigua de las naciones civilizadas demuestra que tiene gran parte el sacerdocio en la génesis de esa biografía imaginaria. En tiempo de Stephen, Wace, el sacerdote lectoral (*seading clerk*) era, al mismo tiempo, un novelista. Tenemos también el arcediano Walter Map que componía relatos profanos y religiosos, y después suelen citarse historias que probablemente tenían por autores á eclesiásticos, pero

no se comprobó. Mas los hechos parecen demostrar, después de esta época, que el hecho de contar relatos imaginarios llegó á ser asunto de profanos en Inglaterra.

Por este tiempo se revelaron formas derivadas de la literatura que contenían, sin embargo, la mayor parte del tiempo un principio biográfico. Después de la conquista, Saewulf, que después de hacerse monje escribió el relato de sus viajes, es un ejemplo de la tendencia hacia la literatura autobiográfica, así como de la geográfica también. En seguida tenemos, durante el reinado de Ricardo I, á Nigel Wireker, un monje que escribió una sátira contra los monjes, y lo mismo hizo el arcediano Walter Map, además de su volumen de anécdotas. En tiempo de Ricardo I vivía Geoffrey de Vinsauf, un eclesiástico que era también un crítico de poesía, y en el del rey Juan, Giraldo Cambrensis, que escribió sobre la topografía. Durante el reinado de Enrique III vivió el monje Mathieu Paris, que al no hablar muy bien del papa y del rey, convirtió la biografía en sátira. Durante los reinados siguientes, Wichf, Juan Trevisa y otros, añadían la función de traductor á sus funciones literarias, y algunos, como Bromyard y Lydgate se ocuparon en asuntos diversos: derecho moral, teología y retórica. Es inútil acumular aquí detalles. Nos basta reconocer el camino por donde en lo antiguo el sacerdote se puso á la cabeza como hombre de letras.

Siguiendo el curso de las cosas, al mismo tiempo que se secularizaba la biografía, la historia y la literatura en general, los hombres de letras se dividían en mayor número de clases. La historia, en la que dominaba primero el carácter biográfico, en otras ramas se diferenció. Por de pronto, hay el género no filosó-

fico (*unphilosophical*), como el que cultivaba Carlyle, que pensaba que las hazañas de los grandes hombres eran los únicos asuntos de que valía la pena de tratar. Y viene después el género filosófico de historia, que extendió, poco á poco, el dominio de la historia y la hace un relato del desenvolvimiento nacional. La *Short History*, de Green es uno de esos ejemplos. A poco, la biografía, además de su división en biografía escrita por el hombre biografiado, y biografía escrita por otro, toma caracteres muy distintos; hay biografía puramente narrativa, y otra que emplea en una amplia medida el elemento analítico y reflexivo. Y al lado de diferentes especies de escritores entregados á la ficción, que trasportan la escena de las acciones que describen á medios diferentes, y las tratan de diversas maneras—ya en el género descriptivo, ya sentimental, ya satírico,—tenemos una variedad de ensayistas didácticos, cómicos, críticos, etc.

28. Poco hay que añadir en cuanto á las uniones especiales que acompañaron estas divisiones generales. Los hombres de letras, tomados en conjunto, no tuvieron la tendencia á reunirse en corporación sino en una época reciente. Es difícil descubrir las razones de este hecho.

Como la redacción de los libros, en los tiempos antiguos, se verificaba en los monasterios principalmente ó por eclesiásticos provistos de rentas, no se hizo de la tarea una ocupación con miras lucrativas. Hasta después de la invención de la imprenta no hubo en mucho tiempo un público bastante numeroso para hacer de la literatura un medio de ganar la vida; y cuando después se escribieron libros para ganar dinero, los escritores no pudieron procurarse sino una existencia miserable. Los beneficios posibles casi eran

únicamente obtenidos mediante el patronato de la gente rica. Es curioso ver, en efecto, cómo el hombre de letras moderno, continuó mucho tiempo encontrándose en la misma posición dependiente que el trovador de los antiguos tiempos. Era el hombre complaciente del rey, ó de un noble poderoso, y estaba obligado á componer, si no en verso, al menos en prosa, adulaciones en honor de su patrono. Desapareció esa costumbre en una época muy reciente; y sólo la extensión del público que compra libros, hizo posible un número considerable de escritores. Por eso, hasta en estos últimos tiempos, no fueron los hombres de letras los suficientemente numerosos para hacer posible una unión profesional.

Recordando que en Francia vivió la Academia durante mucho tiempo como corporación literaria, podemos notar que en Inglaterra puede atestiguar nuestra generación cierto movimiento hacia la integración. Hace más de cuarenta años se hicieron esfuerzos colosales para establecer una corporación de literatura y arte, y, sin embargo, no tuvieron buen éxito. Pero hay ahora en Inglaterra una Sociedad de Autores y un órgano periódico especial, que se ocupan en los intereses de los autores, y además varios periódicos literarios que sirven de órganos á la crítica y sirven también para poner á los autores en relación con el público.

CAPITULO VI

EL HOMBRE DE CIENCIA Y EL FILÓSOFO

29. Por clara que sea la conexión entre el sacerdocio y las diferentes profesiones en que nos hemos ocupado hasta aquí, la conexión entre éstas y las profesiones que tienen por objetivo el progreso de las luces de la inteligencia, es más claro todavía. Sea cualquiera el antagonismo que existe actualmente entre la progenie y el progenitor, aquélla fué en su origen alimentada por éste.

Vimos que el médico (*medicine-man*), al luchar por mantener siempre y aumentar su influencia respecto á los que le rodean, se ve más adelantado que los otros para buscar tales conocimientos de los fenómenos naturales, que puedan ayudarle en sus esfuerzos.

Además, cuando intenta hacerse propicio á los seres sobrenaturales, en que cree, está en camino de reflexionar sobre su carácter y sus hechos y proezas. Medita sobre las causas de las cosas que le sorprenden en el cielo y en la tierra; y, mire como personales ó impersonales á todas esas causas, el objetivo de su meditación es el que más tarde se distingue como formando el conjunto de los asuntos filosóficos, es decir, las relaciones entre lo que percibimos y lo que se encuentra más allá de nuestra percepción.

Como se dijo ya al comienzo, hay otra razón que le distingue de los que le rodean, que no se refiere ya á sus conocimientos más vastos ni á lo profundo de sus investigaciones: comparado con los demás, es hombre bien acomodado. Vive de sus ofrendas, y, por esa causa, puede consagrarse mejor que ellos á ese género de observaciones y de investigaciones que producen la ciencia.

30. Salvo ciertos conocimientos de plantas medicinales y de productos de animales especiales y quizá algunas nociones relativas á minerales, unidas muchas veces á observaciones del tiempo (lo que le permite prever los cambios próximos, y anunciar lo que indica la lluvia ó el buen tiempo), es escasa la ciencia rudimentaria entre los hombres de medicina ó los cuasi-sacerdotes (*quasi priests*) de los salvajes. Sólo cuando cuaja la vida sedentaria, que concede ciertas facilidades á la investigación y á la transmisión del saber adquiridos, es cuando podemos esperar de los sacerdotes manifestaciones que presentan algún carácter científico. Pasemos, pues, directamente á las civilizaciones antiguas.

Ocupémonos primero en las pruebas de los libros de la India antigua. Demuestran que la ciencia era, en su origen, una parte de la religión. La astronomía, como la medicina, dice Weber, «recibieron los primeros impulsos de las exigencias del culto religioso». Más claro y más amplio es el aserto del doctor Thibaut:

«La ausencia de una norma que permita fijar el momento propicio á los sacrificios da el primer impulso á las observaciones astronómicas; impelidos los sacerdotes por esa necesidad, velan noches y noches observando las fases de la luna..., y día sobre día la

marcha alternativa del sol hacia el Norte ó el Sur. Indagan acerca de las leyes fonéticas; porque la cólera de los dioses era consecuencia de la mala pronunciación de una sola letra en las fórmulas que acompañan á los sacrificios; la gramática y la etimología servían para asegurar la justa comprensión de todos los textos sagrados.»

Además, según Dutt, la geometría provino en la India de las reglas seguidas en la construcción de los altares.» Un pasaje del mismo autor, implica que se produjo en seguida una diferenciación entre la clase de los sabios y la clase ceremonial.

«La Astronomía llegó entonces á ser considerada como una ciencia distinta y los astrónomos de profesión se llamaron Nakhatra Darsa y Ganaka...; los ritos de los sacrificios se reglamentaron según la posición de la luna con relación á los asterismos lunares.»

La filosofía, que en los orígenes formaba parte del conjunto de los conocimientos fundados por el sacerdocio, se desarrolló, según pruebas que tenemos á la vista, en una forma independiente. Hunter escribió á propósito de ello:

«Los brahmanes trataban la filosofía como una rama de la religión... La filosofía brahmana agotó las soluciones posibles... de la mayor parte de los grandes problemas que tuvieron perplejos á los sabios de Grecia y de Roma, á los de la Edad Media y á los modernos hombres de ciencia.»

Y en esos como en otros casos, esa actividad crítica y especulativa llevó muy pronto al racionalismo. Hubo tiempo «en que los filósofos, lo mismo que los laicos, se dejaron influir de acuerdo, por opiniones agnósticas y heterodoxas.»

En lo que concierne á las relaciones de la ciencia con la teología, entre los babilonios y los asirios, las nociones corrientes casi bastan á los fines del argumento. Merecen citarse, sin embargo, algunos ejemplos. Todo el saber astronómico de los babilonios tenía por objeto la reglamentación del culto religioso, la preparación de los encantamientos y la predicción de los acontecimientos. He aquí extractos de Rawlinson, de Layard y de Maury, que demuestran hasta qué punto estaban mezcladas la religión y la ciencia:

«Estamos quizá autorizados á deducir, por el cuidado que presidía la elección del emplazamiento de los templos de Uruk, que la ciencia de la astronomía se cultivó ya bajo el reinado de éstos y se consideró como en cierta conexión con la religión.

»Ya desde un período muy antiguo los sacerdotes asirios eran capaces de señalar la fecha de los acontecimientos por fenómenos celestes y de referir á ellos los anales públicos.»

El conocido hecho de que los eclipses lunares fueron descubiertos por los sacerdotes caldeos, demuestra hasta dónde eran exactas y extensas sus observaciones.

«La filología comparada parece haber sido ampliamente estudiada, y las obras que á ella se refieren testimonian de nuevos y asiduos cuidados. La cronología era sin duda muy atendida y se conservaban anales exactos, en los cuales se ve medido el tiempo con la misma precisión que en nuestros días. La geografía y la historia ocupan cada una un lugar importante en la erudición asiria, y la astronomía y la mitología excitan la atención de las gentes en el mismo grado.

»Los caldeos formaban una casta sacerdotal é ins-

truida, que se consagró á las observaciones del cielo con el fin de penetrar más en el pensamiento de los dioses... De tal suerte, que los templos llegaron á ser verdaderos observatorios: tal fué la torre de Babilonia, monumento consagrado á los siete planetas.»

Respecto á los testimonios referentes á la ciencia de Egipto, conviene comenzar por el de Maspéro, que opone las ideas egipcias á las ideas asirias.

«En Egipto, la mayoría de los libros que hacen relación á la ciencia son obras sagradas, compuestas y reveladas por los mismos dioses. Los asirios no atribuían un origen tan elevado á las obras en que aprendían la marcha de las estrellas, y explicaban sus influencias; las consideraban como habiendo sido escritas por hombres sabios que vivieron en diferentes épocas y que adquirieron su ciencia por observación directa de los cielos.»

Apoyándose sobre los hechos enunciados por diferentes autores antiguos, sir G. O. Lewis dice, hablando de los sacerdotes egipcios:

«Que estaban dispensados de la labor manual, y que tenían el vagar necesario para ocuparse en estudios científicos y meditaciones, y que se ocuparon ya, desde una época muy remota, en la observación de las estrellas; que anotaban sus observaciones y cultivaban la astronomía científica y la geometría. Se cuenta también, que los sacerdotes egipcios tenían registros, en los cuales consignaban notas concernientes á los fenómenos naturales más notables. (Strabon, XVII, 1, § 5.)»

Las descripciones que nos hace Diodoro de los astros y de las obras de los sacerdotes egipcios, son muy parecidas.

«Son observadores cuidadosos de la marcha y de los

movimientos de las estrellas, y conservan observaciones hechas á propósito de cada una, durante un número increíble de años; estaban acostumbradísimos á este estudio, é intentaban sobresalir unos de otros desde los tiempos más antiguos. Tenían grandes recursos para gastos y cuidados, en la observación de los planetas, de sus movimientos periódicos, de sus apariciones sucesivas.»

Lo que prueba lo íntima que era la conexión entre su ciencia y su religión, es el hecho de que «en cada uno de sus templos había un astrónomo que debía observar los cielos»; y el hecho de que su ciencia se derivaba de su religión, se demuestra con una nota de Dunker, según la cual sus escritos, que contenían desde luego invocaciones tradicionales á los dioses y reglamentos ceremoniales, «llegaron á ser un canon litúrgico y un código de leyes religiosas y morales, acompañado de una colección completa de todos los conocimientos que poseían los sacerdotes». Pero, como hace observar Bunsen, «los egipcios no se elevaron nunca á una filosofía sistemática y dirigida según reglas de la dialéctica», hecho muy significativo; porque puedo consignar de pasada, que entre los pueblos orientales, en general, y en otros pueblos habituados á una intervención despótica durante mucho tiempo, el pensamiento y la enseñanza son completamente dogmáticos; una autoridad absoluta caracteriza á la vez el gobierno exterior y el gobierno interior. Es necesario llegar á sociedades parcialmente libres, para encontrar invocaciones al juicio individual cierta, tendencia á procurar razonamientos para las creencias.

Probablemente porque Grecia era una aglomeración de Estados, que á menudo variaban entre sí, y porque esos Estados tenían sus cultos religiosos res-

pectivos parecidos, mas no idénticos, no se produjo nunca en su país una jerarquía de sacerdotes; y quizá la falta de semejante institución fué lo que se opuso á ciertos desenvolvimientos profesionales. En parte quizá, por esta razón, pero sobre todo porque el profesor científico de Egipto y de Asiria precedió á la civilización griega, que recibió por importación la ciencia en un estado ya desenvuelto. Sir G. C. Lewis refiere los testimonios de varios autores antiguos con objeto de probar que los sacerdotes egipcios

«Miraban su ciencia astronómica como una doctrina exotérica y misteriosa, y no la mostraban á los extranjeros curiosos sino con mucha repugnancia. (Strabón, XVI, 1, § 29)... Hechos similares se cuentan de la astronomía asiria. (Plat., *Epinom.*, § 7, p. 987). Esta derivación no descansa sólo sobre declaraciones generales, sino que está reforzada por relatos detallados de visitas de filósofos griegos en Egipto, en Asiria y en otras comarcas de Oriente, visitas hechas con objeto de aprovechar lecciones de los sacerdotes y de los sabios de este país». Así, Tales, Pherecyde de Siros, Pitágoras, Demócrito, Enópidas de Chios, Eudasio, Solón, Anaxágoras y Platon, pasan por haber visitado el Egipto y haber recibido la enseñanza de sus sacerdotes.»

Podemos añadir todavía el pasaje siguiente: «Aristóteles dice que la ciencia matemática nace en Egipto, á causa del tiempo de que disponían los sacerdotes para consagrarse á la contemplación». Respecto de este enunciado, se puede notar que sea que el nombre de *geometría* haya sido una traducción de la palabra egipcia equivalente, sea que haya tenido un origen independiente, vemos en primer lugar que esta mitad concreta de las matemáticas nació con las necesida-

des prácticas de la medida de la superficie terrestre, y vemos, en segundo lugar, que puesto que los templos (que servían asimismo de palacio á los reyes) eran en los tiempos antiguos los únicos edificios permanentes y acabados (los demás eran de madera ó de arcilla seca al sol), se puede deducir que gran división de la ciencia empleada al principio para la orientación y la disposición de estos edificios, dió sus primeros pasos al servicio de la religión.

Volviendo después de este paréntesis á la ciencia griega, nos encontramos con que su desenvolvimiento no puede ser atribuido al sacerdocio sino en escasa medida. Sabemos por Curcio «que las localidades donde se encontraban oráculos, se convertían en centros que acumulaban conocimientos de todas clases, tales como no se podrían encontrar en otra parte», y que «el calendario griego se encontraba bajo la vigilancia de Delfos», y también, que «el arte de la construcción de calles y puentes... provenía de los santuarios nacionales, particularmente de los de Apolo», lo que implicaba cierto grado de cultura. Pero en la práctica, los progresos científicos de los griegos tenían un origen no sagrado, sino secular. Era el mismo que el de su filosofía. Aunque Mahaffy piensa «que no tenemos razón para dudar del hecho de que los filósofos fuesen llamados profesionalmente á prestar su ministerio en caso de dolor moral», y aunque haciéndolo estos filósofos ejerciesen una función característica de los sacerdotes, no podemos admitir, sin embargo, que obrasen también á título religioso. Es evidente, en general, que sus especulaciones tomaban su punto de partida, no en dogmas teológicos, sino en hechos que había establecido la observación científica por otra parte. Antes que llegase el tiempo necesario para un

desenvolvimiento indígena de la ciencia y de la filosofía, fuera de la cultura eclesiástica, Grecia fué invadida por la cultura que los sacerdotes habían desenvuelto, sin embargo, en calidad de ciencia y de filosofía.

Habiendo sido interrumpido el curso normal de la evolución en Roma, más que Grecia todavía, por elementos venidos de fuera, se descubre con mayor dificultad en Roma una genealogía interrumpida, de la ciencia y de la filosofía. Pero el carácter natural de la conexión entre la cultura eclesiástica y los conocimientos científicos parece que condujo á una nueva génesis de éstos. Después de haber sentado que originariamente no había más que dos «colegios de ciencia sagrada», los augures y los pontífices, dice Mommser:

«Los seis constructores de puentes (*pontífices*) adquirieron su nombre de su función á la vez y en igual medida sagrada y política é importante, que consistía en dirigir la construcción y la demolición de puentes sobre el Tiber. Eran los ingenieros romanos que comprendían el misterio de las medidas y de los números, á quienes les incumbía asimismo el deber de formar el calendario del Estado, de señalar al pueblo la época de la luna nueva y plena, y los días de fiesta, y de velar por que todo acto religioso ó jurídico se verificase en el día señalado... También adquirieron la vigilancia general del culto romano y de todo lo que á él se refería; ¿y qué es lo que no se refería al culto más ó menos? En efecto; los rudimentos de la jurisprudencia espiritual y temporal, así como el registro de los hechos históricos, procedían de este colegio.»

Hay ahí un sugestivo y curioso paralelo.

Como en Grecia el arte de la construcción de puentes nació en conexión con los santuarios nacionales, y

como en Roma la construcción de puentes era función de un colegio de sacerdotes, parece ser el resultado que, puesto que en esta época la construcción de un puente era una de las empresas más difíciles, caía, naturalmente, en manos de los que estaban reputados de poseer más conocimientos y mayor habilidad: los sacerdotes. Y probablemente la relación entre el sacerdocio y esta parte de la ciencia aplicada, se hizo más íntima por el carácter en apariencia sobrenatural de la arcada, pieza de arquitectura que debía de parecer incomprensible al pueblo. Pero en ciencia como en filosofía, los romanos fueron los discípulos de los griegos; y de ahí vino quizá el paralelismo entre cierta función del filósofo en Grecia y la que ejercía en Roma.

«Se encontraba generalmente al filósofo en vastas estancias, produciéndose casi como un capellán privado, instruyendo en ética á los que deseaban aprenderla, y acostándose en el lecho de muerte de los miembros de la familia (?).»

Probablemente su ética y los consuelos que procuraba, tenían cierto tinte más ó menos acentuado de ideas derivadas de la teología; pero aunque no fuese así, la función en cuestión conservaba cierta apariencia semieclesiástica.

31. Durante los días sombríos que siguieron á la caída del imperio romano, no existía nada que pudiese llamarse ciencia. Pero cuando al mismo tiempo que se hizo la reorganización gradual, comenzó la nueva génesis de la ciencia; se produjo, como en épocas anteriores, en medio de los hombres cultos: los sacerdotes. No fué, hablando con propiedad, una génesis *de novo*, sino más bien una génesis que tomaba su punto de partida de los conocimientos, las ideas y los méto-

des legados por las civilizaciones más antiguas, enterradas hacia tanto tiempo. La resurrección se verificó casi en los monasterios. En su obra *Science et littérature dans la moyen age*, escribe Lacroix:

«A la muerte de Carlo Magno, las ciencias exactas que habían florecido en su corte durante escaso tiempo, parecieron retirarse á lo escondido de los conventos... La Orden de San Benito hizo, por decirlo así, monopolio de las ciencias exactas, tenidas en gran estima en las abadías de Monte Casino, en Italia; de San Martín de Tours, en Francia; de San Arnolfo, en Mezt; de San Galo, en Suiza; de Prum, en Baviera; de Canterbury, en Inglaterra, etc.»

Hay que observar aquí un paralelismo significativo. Vimos que en la India y en Egipto los primeros pasos en la ciencias se dieron para subvenir á las necesidades religiosas; su objeto primitivo fué reglamentar el momento en que debían realizarse los sacrificios religiosos, á fin de no ofender á los dioses. Ahora, cosa extraña, los relatos de la Edad Media nos muestran que en los pueblos cristianos el primer empleo que se hizo de la ciencia consistió en fijar la fecha de la Pascua. Apenas hay necesidad de procurar ejemplos del monopolio ejercido por el sacerdocio antiguo de la Europa continental en la ciencia y en la filosofía. Los dogmas filosóficos admitidos durante estos períodos de tinieblas, fueron un suplemento de los dogmas teológicos corrientes que eran sus subordinados. Cuando en el tiempo de Carlo Magno despuntó algo de vida intelectual, nació con el establecimiento de escuelas adosadas á las abadías dispersas de un extremo á otro de su imperio. Sometidas las escuelas á las reglas de los sacerdotes, se hicieron con el tiempo centros de filosofía y de ciencia. La filosofía de entonces, es decir, la

escolástica, era lo que podía ser una filosofía que debía concertarse con la teología autorizada; y la ciencia (geometría, aritmética, astronomía y música) era, naturalmente, lo que podía ser sin entrar en conflicto con la teología ó conformándose con ella. Todo lo cual quiere decir que, siendo semejantes en su naturaleza y en su actividad la filosofía y la ciencia del tiempo, se apartaban relativamente poco de la teología; la diferenciación comenzaba sola. Y es fácil ver que el filósofo y el sabio, coincidían en los nombres más familiares de los principales escolásticos, Guillermo de Champeaux, Abelardo, Alberto el Grande, Tomás de Aquino, etc. A lo cual se puede añadir el hecho notable de que la independencia, con relación al dogma teológico que se consideraba como implícita en la doctrina de los nominalistas, estaba condenada lo mismo por el Papa que por las autoridades secundarias; la diferenciación se operaba lentamente y no sin resistencia.

En Inglaterra no era menos evidente la identidad entre el sacerdote, el filósofo y el hombre de ciencia. Hablando del clero sajón, escribe Kemble:

«Se distinguían y honraban por el conocimiento de artes y saber que no se podía encontrar en ninguna otra clase... Inglaterra les debe los cálculos más exactos, que hicieron posible la reglamentación conveniente de las divisiones del tiempo y de las estaciones.»

La primera prueba la ofrece Bede, un monje que escribió entre otras obras un libro sobre *La Naturaleza de las cosas*, en el cual estaban reunidos los conocimientos científicos de su tiempo. Después de él se puede citar á Dicuil, un monje irlandés que escribía obras de geografía. Viene en seguida el arzobispo Dunstan:

«Era muy experto en la mayor parte de las artes

liberales y en todas las cosas; refinaba y forjaba los metales, y como estaban sus aptitudes muy por cima del genio de su tiempo, pasó primero por un mago y después por un santo.»

Aunque poco tiempo después de la conquista hubiese dos discípulos de la ciencia que parecen no haber formado parte del clero, Gerlau y Athlard de Bath, diremos, sin embargo, respecto del primero, que su ciencia era de asunto religioso, porque quería hacer un cómputo ó cálculo de la fecha de las pascuas, y se notará á propósito del segundo, que sus conocimientos científicos fueron adquiridos durante sus viajes á Oriente, y no pueden ser considerados como afectando un desenvolvimiento indígena. En el tiempo de Ricardo I vivían el abad Neckham, que escribió un tratado científico en verso latino, y el obispo electo Giraldo Cambrensis, que fué topógrafo. Bajo el reinado de Juan, tenemos al obispo Grosseteste, que se ocupó en las ciencias físicas; y durante el reinado siguiente, apareció el monje franciscano Rogers Bacón, cuya reputación científica es bien notoria. El siglo xv nos da entre los hombres de Iglesia que se ocupan en la ciencia, á Juan Lydgate, conocido como poeta principalmente. Cuando volvemos atrás para ver cuáles fueron los que se ocuparon primero en la ciencia de las ciencias—la filosofía—advertimos la misma conexión. Durante el antiguo periodo inglés, vivió Scot Erigena, un eclesiástico filósofo, cuya filosofía tenía cierta levadura teológica. Después de un largo intervalo, encontramos en este grupo al prior Huntingdon, que en cuanto moralista, invocó otros móviles distintos de los ordenamientos científicos, como á propósito para reglamentar la conducta. Después de él, viene el obispo Juan de Salisbury, moralista, que también

escribió sobre la filosofía antigua. Grosseteste añadió á su filosofía física la filosofía mental, y Rogers Bacón hizo lo mismo.

Atentos al hecho de que en la Edad Media apenas hubo laicos entre los que se consagraron á los estudios de este género, bastan los hechos mencionados para mostrar que en la Europa cristiana, como en el Oriente pagano, el hombre de ciencia y el filósofo tuvieron origen eclesiástico. No parece que sea necesaria una prueba inductiva, cuando recordamos que antes y durante la feudalidad, la guerra y la caza fueron consideradas por las clases dominantes, como las únicas ocupaciones honrosas. Incapaces por sí mismas de leer y de escribir, pensaban que el saber debía ser abandonado á los hijos de la gente baja. Y puesto que la instrucción era inaccesible á las masas, la consecuencia necesaria fué que el estado eclesiástico fuese el único que suponía cierta cultura intelectual, bien científica, bien filosófica.

32. No hay necesidad de marcar aquí los grados por qué se efectuó gradualmente la diferenciación entre la clase científica y filosófica, y la clase eclesiástica. Bastará notar los principales caracteres de este cambio y la condición que ha alcanzado ahora.

El primer hecho importante que meditar, es que el gran cuerpo de doctrina, que se distingue como basado en la razón, en vez de estarlo en la autoridad, se dividió en una parte concreta y en una parte abstracta; de ahí dos clases diferentes de adeptos, el hombre de ciencia y el filósofo. En el Oriente, en los tiempos antiguos, la distinción era vaga entre los dos. Entre los griegos, á partir de Tales, era el pensador el que estudiaba los fenómenos, los hechos físicos y sacaba sus conclusiones generales.

Pero cuando llegamos á Aristóteles, advertimos en el mismo hombre la unión de la investigación científica y de la especulación filosófica. Y lo mismo á través del desenvolvimiento del saber en Europa, hasta el tiempo de Newton, en que el uso del término «filosofía natural» aplicado á la ciencia física, implica una distinción indefinida entre las dos. Pero actualmente la distinción ha llegado á ser suficientemente definida, completamente definida, en Alemania y en gran medida en Inglaterra. El filósofo no entra en el detalle de las investigaciones científicas, y suele saber poca cosa en cuanto á verdades científicas; y recíprocamente, el hombre de ciencias, sea cualquiera la clase á que pertenezca, se ocupa poco en la especulación filosófica, y no está generalmente al corriente de las conclusiones filosóficas adoptadas por tal ó cual escuela. Se ve, por el desprecio que entre sí se tienen, con bastante frecuencia, qué distintas se hicieron una de otra.

Simultáneamente se ha acentuado una separación en el conjunto de los hombres de ciencia, entre los que se ocupan en lo inorgánico y los que se ocupan en lo orgánico. En nuestros días, los hombres que se ocupan en investigaciones matemáticas, físicas ó químicas, son generalmente ignorantes en biología, mientras los que agotan la existencia estudiando los fenómenos de la vida bajo uno ú otro de sus aspectos, no tienen con frecuencia ningún interés por las verdades que constituyen las ciencias exactas. Hay en las cosas inanimadas un señalado contraste y se produjo una manifiesta distinción entre los que se dedican al estudio de esos dos grupos de objetos.

Además, se practicó todavía otra transformación de la misma naturaleza. En cada uno de esos grupos

se verificaron diferenciaciones y sub-diferenciaciones. Los biólogos se han dividido desde luego, para estudiar unos la vida de las plantas, mientras que los otros estudian la vida animal: los filólogos (llamados de ordinario botánicos) y los zoólogos.

En cada una de estas vastas divisiones, nacieron grandes subdivisiones: en una, están colocados los que se consagran á la clasificación de las especies, los que tratan de la morfología de las plantas y los que tratan de la fisiología de las plantas; y en otra, los clasificadores, los que hacen anatomía comparada y los que hacen fisiología animal. Se formaron especializaciones más restringidas todavía. Entre los botanistas los hay que estudian exclusivamente tal ó cual clase; entre los fisiólogos algunos escogen tal ó cual clase de funciones, y entre los zoólogos hay varias categorías: los entomólogos, los ornitólogos, los ictiólogos, etc.; y hay todavía grupos más restringidos en el seno de estos grupos: entre los entomólogos, hay los coleopterólogos, los hymenopterólogos, los lepidopterólogos, etc.

Respecto de esas grandes ó pequeñas diferenciaciones no hay más que advertir, que aunque la prosecución de la ciencia en su conjunto no se llame una profesión (por ser el todo demasiado extenso y heterogéneo), sin embargo, la prosecución de tal ó cual parte de ella acabó por recibir este nombre. Tenemos «profesores» de diferentes divisiones y subdivisiones de la ciencia; lo cual implica que la prosecución de éstas, con objeto de ganar el sustento sin tener relación con las ramas particulares, debe ser considerada como una profesión.

33. Las combinaciones de unidades semejantes que acompañaron la separación de unidades desemejan-

tes son igualmente aparentes. Los que se ocupan en la ciencia en su conjunto, como los que se ocupan en ciertas divisiones particulares, tendieron siempre y en todas partes á separarse unos de otros y á consolidarse de por sí.

En el continente cada nación tiene una Academia de Ciencias ó una institución equivalente, y á veces varias. En Inglaterra tenemos algo semejante: una Sociedad general y permanente de hombres de ciencia, la *Royal Society*, á la cual viene á juntarse una Sociedad general de un género nómada que se llama la *Brithish Association*.

Y además de estas corporaciones que son las más importantes y que reúnen á toda clase de hombres de ciencia, tenemos diferentes corporaciones más restringidas, compuestas cada una de los que se consagran á una rama ó subdivisión particular de la ciencia, Sociedad de Matemáticos, Sociedad de Astronomía, Sociedad de Física, Sociedad de Química, Sociedad de Geología, Sociedad de Fisiología y otras que se ocupan en subdivisiones de la Biología, de la Botánica, de la Zoología, de la Antropología y de la Entomología; condicionadas todas por la *Sociedad Real*, á la cual sirven de ayuda en cierto modo. No hay que olvidar tampoco que al lado de estas sociedades metropolitanas, se encuentran desparramadas por todo el reino Sociedades locales que se consagran á la ciencia en general ó á tal ó cual de sus divisiones.

Y no es eso todo. La tendencia á la integración general ó especial se desenvuelve más cada día en el mundo científico, y la cooperación de todas sus partes se ve facilitada por publicaciones periódicas: periódicos semanales, mensuales y trimestrales que tienen miras generales, mientras que otros periódicos se ocu-

pan en partes especiales de la ciencia. Así, los agregados de menor importancia, en conexión material como partes de un conjunto considerable, encuentran su actividad favorecida por la intercomunicación literaria; y, por supuesto (v. *Ensayos*, vol. I, *La Génesis de la Ciencia*), el vasto organismo así constituido adquirió un poder de digerir y asimilar las diferentes clases de fenómenos que ninguna parte aislada podría por sí sola manejar de manera eficaz.

CAPITULO VII

EL JUEZ Y EL ABOGADO

34. En una parte anterior de esta obra, y particularmente en el tomo III de los *Principles of Sociology*, se ha mostrado que en las sociedades antiguas la reglamentación de la conducta, tal como se efectúa por el uso y en seguida por la forma consolidada del uso que se llama ley, nace en la voluntad implícita ó explícita de los antepasados; primero de la de los muertos comunes (the undistinguished dead) y en segundo lugar de la de los muertos de distinción (distinguished dead). Los respetos para con la voluntad de nuestros padres difuntos tienen mucha influencia en nuestras acciones, y esta influencia es mucho mayor todavía en los pueblos salvajes ó simicivilizados, porque piensan estos pueblos que los espíritus de los muertos están constantemente presentes, ó pueden volver en cualquiera ocasión, y en uno y otro caso, castigarían á los supervivientes con la enfermedad ó la desgracia, si éstos les irritan. Cuando en el curso del desenvolvimiento social surgen jefes disponiendo de un poder inusitado, ó reyes conquistadores, la creencia de que sus espíritus provocarán una venganza terrible para los que desprecian sus mandatos, es un agente de intervención más poderoso; de modo que la reglamentación de la conducta por hábitos heredados de los ante-

pasados en general, y reforzada de ordinario por el jefe vivo, viene á añadirse á la reglamentación ordenada y proveniente del jefe muerto.

De ahí la antigua concepción de la ley, que continúa mucho tiempo con modificaciones que poco á poco van acentuándose, y que sobrevive en nuestros días todavía entre los que tienen por seguro que el derecho significa lo que está mandado (that which is ordered); primero, por la revelación de Dios, y en segundo término, por los reyes designados ó reconocidos por Dios. Porque el punto de vista teológico implica que existen los gobiernos en general, gracias al permiso divino, y que tienen, por consiguiente, una sanción divina sus disposiciones. Cuando la carencia de una justificación utilitaria que sólo por grados va tomando cuerpo en el espíritu de los hombres que reflexionan, no existe, naturalmente, ninguna otra justificación de la ley distinta de la que resulta del hecho de atribuirle un origen sobrenatural, directo al principio, y más tarde indirecto.

Se sigue por esta razón, que la ley primitiva formada de mandatos que vienen en parte de los antepasados, en general, y en parte de un antepasado eminente ó de un jefe muerto, se proclama, generalmente, por los que estaban en contacto con el dueño, los que, antes que todos los demás, andaban en su seguimiento comunicaban sus mandatos á sus súbditos y más tarde, tributando culto á su espíritu deificado, se hicieron en parte, al menos, sus sacerdotes. Naturalmente, estos últimos continúan rindiéndole culto durante generaciones sucesivas, se hacen intérpretes de su voluntad, á la vez que depositarios de sus primitivos mandatos: son especie de pregoneros (*mouth pieces*), que publican las órdenes de su espíritu. Claro; los sacerdotes primi-

CAPITULO VII

EL JUEZ Y EL ABOGADO

34. En una parte anterior de esta obra, y particularmente en el tomo III de los *Principles of Sociology*, se ha mostrado que en las sociedades antiguas la reglamentación de la conducta, tal como se efectúa por el uso y en seguida por la forma consolidada del uso que se llama ley, nace en la voluntad implícita ó explícita de los antepasados; primero de la de los muertos comunes (the undistinguished dead) y en segundo lugar de la de los muertos de distinción (distinguished dead). Los respetos para con la voluntad de nuestros padres difuntos tienen mucha influencia en nuestras acciones, y esta influencia es mucho mayor todavía en los pueblos salvajes ó simicivilizados, porque piensan estos pueblos que los espíritus de los muertos están constantemente presentes, ó pueden volver en cualquiera ocasión, y en uno y otro caso, castigarían á los supervivientes con la enfermedad ó la desgracia, si éstos les irritan. Cuando en el curso del desenvolvimiento social surgen jefes disponiendo de un poder inusitado, ó reyes conquistadores, la creencia de que sus espíritus provocarán una venganza terrible para los que desprecian sus mandatos, es un agente de intervención más poderoso; de modo que la reglamentación de la conducta por hábitos heredados de los ante-

pasados en general, y reforzada de ordinario por el jefe vivo, viene á añadirse á la reglamentación ordenada y proveniente del jefe muerto.

De ahí la antigua concepción de la ley, que continúa mucho tiempo con modificaciones que poco á poco van acentuándose, y que sobrevive en nuestros días todavía entre los que tienen por seguro que el derecho significa lo que está mandado (that which is ordered); primero, por la revelación de Dios, y en segundo término, por los reyes designados ó reconocidos por Dios. Porque el punto de vista teológico implica que existen los gobiernos en general, gracias al permiso divino, y que tienen, por consiguiente, una sanción divina sus disposiciones. Cuando la carencia de una justificación utilitaria que sólo por grados va tomando cuerpo en el espíritu de los hombres que reflexionan, no existe, naturalmente, ninguna otra justificación de la ley distinta de la que resulta del hecho de atribuirle un origen sobrenatural, directo al principio, y más tarde indirecto.

Se sigue por esta razón, que la ley primitiva formada de mandatos que vienen en parte de los antepasados, en general, y en parte de un antepasado eminente ó de un jefe muerto, se proclama, generalmente, por los que estaban en contacto con el dueño, los que, antes que todos los demás, andaban en su seguimiento comunicaban sus mandatos á sus súbditos y más tarde, tributando culto á su espíritu deificado, se hicieron en parte, al menos, sus sacerdotes. Naturalmente, estos últimos continúan rindiéndole culto durante generaciones sucesivas, se hacen intérpretes de su voluntad, á la vez que depositarios de sus primitivos mandatos: son especie de pregoneros (*mouth pieces*), que publican las órdenes de su espíritu. Claro; los sacerdotes primi-

tivos son los que se distinguen entonces como siendo los que mejor conocen lo que es la ley, y como á quienes se somete, por consiguiente, todas las cuestiones relativas á las infracciones de la misma, resultan jueces.

35. No surgió ningún sistema judicial en las sociedades pequeñas poco desenvueltas, y apenas encontraremos señales de su iniciación por vía de pruebas. Leemos, sin embargo, que entre los indios de la Guayana los pe-is son á la vez sacerdotes, magos, médicos y jueces. Por lo que se dice, los kaimoucks, están más adelantados; dice Pallas, que su más elevado tribunal de justicia consistía en parte en sacerdotes y que uno de los grandes sacerdotes de la comunidad era juez supremo.

Aunque entre las razas negras á medio civilizar del Africa, el desenvolvimiento teológico sea demasiado débil generalmente para que establecieran el culto á un gran dios ó á varios, se descubre, sin embargo, en ellas, la creencia de que la conducta debe estar reglamentada por la voluntad de seres sobrenaturales, que son generalmente los espíritus de los muertos distinguidos; y como consecuencia de esta creencia, los ministros de esos espíritus llegan á adquirir carácter de oráculos. Por eso nos dice Lauder, que «en Badagry, los sacerdotes fetiches (*fetish-priests*) son los únicos jueces del pueblo». Cameron describe una sesión de un mganga, curandero y jefe en Kowedi. Cuando hubo hecho regalos la mujer del jefe y recibido respuesta á sus preguntas, preguntan otras.

«Planteó el público cuestiones, y unas se resolvían enseguida, mientras otras afectaban sin duda puntos difíciles, y de ahí muchos gestos y discursos ante las enormes dificultades. Cuando los waganga (plural,

sin duda, de mganga) pretendían que no podían encontrar respuesta, se consultaba á los ídolos, y uno de los hombres fetiches, que era un ventrílocuo hábil, daba la apetecida respuesta; los pobres crédulos se figuraban que la pronunciaba el ídolo.»

36. En cuanto á ejemplos históricos antiguos, recordará el lector en seguida los que ofrecen los hebreos.

La Biblia prueba de una manera absoluta que las ideas de ley y de voluntad divina eran equivalentes. Su equivalencia está demostrada por la tradición, según la cual, las tablas de la ley se dieron en el monte Sinai, y por el código complicado de las reglas de vida, contenido en el Levítico, donde se apuntan reglas referentes á la alimentación y á la agricultura, y á las transacciones comerciales, como siendo prescritas por Dios. Ejemplos más típicos todavía, que elucidan lo mismo la teoría general de la ley, que las funciones de la clase de los sacerdotes, los suministran los siguientes pasajes del Deuteronomio:

«Cuando te parezca un asunto demasiado difícil para juzgar entre sangre y sangre, entre alegato y alegato, entre rasgo y rasgo, que sean materias de controversia dentro de tus límites; te elevarás, subirás al lugar que el Eterno tu Dios habrá escogido; irás á los que sacrifican, que son de la raza de Leví, y al juez que entonces esté allí, le interrogarás y te declarará á quién corresponde el derecho. Y tú harás punto por punto lo que te hayan declarado, en el lugar que haya escogido el Eterno, y cuidarás de hacer lo que te hayan enseñado (XVII, 8-10).»

Además, junto al mandato repetido con tanta frecuencia, de «preguntar al Señor», tenemos el ejemplo que proporcionan la autoridad y las acciones de Sa-

muel, que, consagrado desde su infancia, era un «profeta del Eterno»; como sacerdote elevó un altar, y como vemos en el caso de Agar, era el intermediario por quien Dios enviaba sus órdenes, y desempeñaba la misión de juez al mismo tiempo que la de ejecutor.

No dejará Egipto de proporcionarnos con su larga historia buenas pruebas, y algunas encontramos en efecto. Apuntamos unos cuantos hechos que se refieren á nuestro objeto, según tres escritores autorizados: Bunsen, Brugsch y Erman:

«El hecho de que las leyes más antiguas eran atribuidas á Hermes, no implica, sin embargo, sino el testimonio de que el primer germen de la ley civil deriva de los libros sagrados, y que estaba basada en parte sobre los principios religiosos contenidos en éstos.

«Mentu-hotep, un sacerdote funcionario de la duodécima dinastía, se alaba en su tumba de haber sido un *hombre conocedor de la ley y un legislador.*»

«El juez supremo era siempre de elevado rango; si no era uno de los propios hijos del rey, era sacerdote principal de uno de los grandes dioses, un príncipe heredero.

«Todos los jueces de un rango elevado servían á Ma'at, la diosa de la Verdad, como sacerdotes, y el juez supremo llevaba una figurita de la diosa, como insignia, colgada del cuello.

«Un tribunal de justicia que la administraba en el año 46 del reinado de Ramsés II, constaba de nueve sacerdotes (profetas y sacerdotes) y un miembro laico, el escribano. Pero en otro caso (bajo Ramsés IX), el elemento laico era preponderante.»

Este último hecho implica un progreso hacia la diferenciación de la forma sagrada hacia la forma profana, en el dominio de la administración de la ley.

El hecho de que el sacerdocio griego no se ha hecho nunca una jerarquía, ha sido atribuido ya á la circunstancia de que los Estados griegos no estuvieran nunca completamente unidos. Thirlwall dice: «Los sacerdotes no han formado nunca un cuerpo organizado... ni siquiera estaban incorporados en un mismo estado.» De ahí viene que el desenvolvimiento normal de varias profesiones no pueda seguirse de una manera clara y distinta.

Sin embargo, las relaciones entre las funciones eclesiásticas y las funciones judiciales son visibles, á lo menos en una forma rudimentaria. Entre los griegos como entre los hebreos había la costumbre, en los casos dudosos, de «pedir el parecer de Dios»; y la proclamación del oráculo, dando cuerpo á la voluntad de Dios, se manifestaba por medio del sacerdote ó de la sacerdotisa. Además, el hecho de que las leyes griegas se llamaran *themistas*, ó palabras de la diosa Themis, como pregonera de Zeus, demuestra que entre los antiguos griegos, como entre otros pueblos, toda ley, y la voluntad divina, era una única y misma cosa. El código de Licurgo nos prueba asimismo que los sistemas de ley estaban considerados como si tuviesen un origen sobrenatural. Según Hase, el origen del código era religioso. «Una declaración del dios de Delfos contiene los principios fundamentales de las medidas para la conciliación de pretensiones rivales de los espartanos.» La falta de desenvolvimiento de una clase de legistas, fuera de la clase de los sacerdotes, que resultaba de la falta de desenvolvimiento de la clase misma sacerdotal, parece implícita en alguna suerte, en el pasaje siguiente de Thirlwall:

«La función del sacerdote en sí misma no arrastraba exención alguna ni inhabilidad civil, y no estaba con-

siderada como un impedimento para llenar los deberes de senador, de juez ni de guerrero... Pero los cuidados del templo exigían á menudo la residencia y la presencia continua de sus ecónomos (ministers).»

Es posible que la génesis de los sacerdotes legistas (priest-lawyers), retardada por la fijeza en la residencia y por la falta de organización cooperativa entre los sacerdotes, lo haya sido también, por la diferencia del carácter griego, que desemejante en eso del carácter de los orientales, se acomodaba á una extensión de la intervención sacerdotal en los asuntos civiles.

He aquí extractos de Duruy, que nos indican cómo las funciones legales estaban mezcladas con las funciones eclesiásticas entre los romanos:

«Los patricios monopolizaban el sacerdocio y los auspicios; eran sacerdotes, augures y jueces, y ocultaban cuidadosamente á los ojos del pueblo las fórmulas misteriosas del culto público y de la jurisprudencia.

«La adhesión servil á los formas legales, que caracterizaba á los antiguos romanos, tenía origen en el carácter religioso de la ley y de la creencia impuesta por la doctrina de los augures, que la menor inadvertencia en el cumplimiento de los ritos bastaba para enajenarse la buena voluntad de los dioses.»

Parece probable, en efecto, que el procedimiento legal consistiese, en parte, en ceremonias que originariamente tenían un carácter de devoción, con el fin de que el dios Numa se hiciese propicio, y que los antiguos símbolos complejos en uso, eran de origen más reciente. Porque se dice que jueces que no administraban justicia, á no ser en ciertos días fijos por el calendario secreto de los Pontífices, «no admitían las partes

á exponer sencillamente los asuntos del litigio: se necesitaban fórmulas misteriosas y acciones». Una prueba ulterior del carácter eclesiástico de la administración judicial, la encontramos en el pasaje siguiente del profesor W.-A. Hunter:

«Pomponio, en su rápido resumen de la historia del derecho romano, nos enseña que la guardia de las XII Tablas, el conocimiento excesivo de las fórmulas del procedimiento (*legis actiones*) y el derecho de interpretar la ley pertenecían al colegio de los Pontífices.»

Y Mommsen nos dice lo mismo en otros términos.

Mas mientras vemos aquí, como vemos en el caso de otros pueblos antiguos, que el sacerdote, por conocer intimamente los mandatos del dios, y capaz de recibir ulteriores intimidades de su voluntad, *devino*, por consiguiente, el manantial de la ley (*The fountain of law*), y por esta razón juez respecto de las infracciones de la ley, no encontramos prueba en la antigua Roma, á semejanza de Grecia, Egipto ó Palestina, de que el abogado tenga un origen eclesiástico. Encontramos, por el contrario, en los pueblos civilizados antiguos, así como en ciertos pueblos que en nuestros días se hicieron bastantes civilizados para tener un procedimiento legal, pruebas de que el abogado es de origen laico. Masdeu dice que en Sumatra

«El demandante y el demandado abogan, generalmente, por su propia causa, pero si las circunstancias les hacen inhábiles para hacerlo se les permite *pim-jam mulut*, adquirir representación que hable por ellos. Su abogado puede ser un *proathu* ó cualquiera otra persona indiferente; no tiene fijada remuneración esta asistencia, aunque sea generalmente uso dar una gratificación si se gana la causa».

Aprendemos, asimismo, por Parkyns que los abisi-

nios tienen una especie de abogado, «un hombre como los demás, pero dotado de un don excepcional de la palabra. Tales personajes son empleados á menudo por los demandantes en casos serios, pero no invariablemente».

Debió de suceder, en efecto, en todas partes, cuando en épocas antiguas, las partes en litigio examinaban sus casos respectivos, que á veces unos ú otros suplicaban á un amigo expusiera su caso por ellas, y si un orador adquiría notoriedad por su habilidad en los negocios, podía ser empleado en este efecto por otras personas, y llegó á ser una remuneración fija el regalo que se le hacía. Eso pasó entre los romanos. Cuando se extendió el conocimiento de la ley de las Doce Tablas, y se hicieron públicos los secretos del procedimiento penal por un secretario de Apio Claudio, se formó una clase de hombres llamados *jurisconsulti*, expertos en la ley, que daban su opinión en casos de derecho; y asimismo surgieron más tarde abogados distinguidos por sus dotes oratorias, que, como entre nosotros, recibían materiales y consejos de los legistas de un grado inferior.

37. La superstición de las civilizaciones y de las religiones en toda la Europa septentrional después de la época romana, complicó las relaciones entre la religión y la ley y entre los que las administraban. Sin embargo, su desenvolvimiento por todas partes es una prueba en el sentido de la conclusión á que también llegamos nosotros.

Comenzando por la época pagana, exponremos desde luego los hechos que Jorge Daseut nos comunica, á propósito de los antiguos norses. He aquí lo que escribe:

«El sacerdote era la única autoridad civil y la úni-

ca autoridad religiosa, sacerdote y magistrado en una sola persona.

»En los procesos, incumbía al sacerdote el cuidado de nombrar á los jueces y de velar por el procedimiento.»

Pero parece que hasta en estos tiempos groseros existían abogados laicos.

«Había hombres de ley (*lawmen*) ó abogados (*lögmen*), una clase que encontraremos todavía en estado próspero en la época de que habla nuestra toga. Eran personas privadas sin ningún carácter oficial.

»Parece que fueron simplemente hombres expertos en la ley, «consejeros» de que se servían las personas que tenían necesidad de un parecer.»

De acuerdo con estos testimonios está el que concierne á las antiguas instituciones inglesas que nos suministra una autoridad en la materia. M. Gomme, dice:

«Aprendemos por los historiadores de Sajonia que el *Frey Feldgericht*, de Corbey, estaba en la época pagana bajo la supremacía de los sacerdotes de *Eresburgh*.

»Apenas es dudoso que la iglesia, ó el templo de la sociedad primitiva, estuviese exactamente en el mismo lugar en que se celebraba la reunión del pueblo y donde estuvo el tribunal de justicia.»

De acuerdo con esta última conclusión, se puede hacer notar que en los tiempos antiguos las reuniones proporcionaban de una parte, ocasiones de comunicación y de convenios sobre cuestiones legales en litigio, y de otra, el uso de estos fines del edificio sagrado (como entre los babilonios), se concertaba con la concepción corriente en los tiempos antiguos de que las acciones legales invocaban tácita ó abiertamente la intervención divina, tácitamente en la prestación del

juramento y abiertamente por la prueba del duelo judicial.

La conquista del paganismo del Norte por el cristianismo, condujo al vencimiento gradual del sistema legal pagano, por el que imponía la Iglesia; pues de un lado pertenecía en propiedad la ley canónica, y de otro, había heredado de la civilización romana la ley civil. Las reglas de conducta que, transmitidas por el sacerdocio pagano, habían llegado á ser la ley usual, fueron en una amplia medida aniquiladas por las reglas de conducta que los sacerdotes cristianos decretaban ó adoptaban. En los antiguos tiempos de Inglaterra, los magnates eclesiásticos y laicos cooperaban en los tribunales locales; leyes provenientes de la antigua religión, y leyes derivadas de la nueva, se pusieron en vigor juntamente.

«El clero particularmente, que por entonces acaparaba casi todas las ramas del saber (como sus predecesores los druidas británicos), se distinguía por su conocimiento profundo de la ley... Por esa razón se elegía habitualmente á los jueces de entre el orden sagrado, como sucedía entre los normandos; y todos los puestos inferiores estaban ocupados por el bajo clero, lo que hizo que se llamara á sus sucesores clérigos (clerks) hasta nuestros días.»

Pero con el crecimiento del poder papal comenzó una era de cambio; así lo escribe el autor Stephen, que acabamos de citar:

«Pronto se estableció la máxima en el sistema político papal de que todas las personas que tuviesen un carácter eclesiástico y todas las causas eclesiásticas, debían estar sometidas exclusivamente y por entero á la jurisdicción eclesiástica.»

Después de la conquista, cuando una multitud de

eclesiásticos extranjeros atravesó el Estrecho, y cuando éstos y el clero monástico que existía con anterioridad en los países fueron—seducidos por los beneficios—impelidos á sostener al conquistador, la política papal prevaleció hasta el punto de separar el tribunal eclesiástico del tribunal civil; después «las leyes sajonas fueron pronto eliminadas por los jueces normandos». En los reinados siguientes, según Hallam,

«La clerecía combina sus estudios (es decir, el derecho romano) con el de sus propios cánones; era máxima el que todo canonista debía ser experto en la ley civil, y que nadie podía ser experto en código civil á no ser siendo experto en derecho canónico.»

Al mismo tiempo que se aceptaba la doctrina de que el gran sacerdote cristiano, el Papa, era un oráculo por cuya boca hablaba Dios, se establecía en la cristiandad una teoría legal análoga á la que tenían los pueblos antiguos: las leyes eran *dicta* divinos, y los sacerdotes sus intérpretes, autorizados por la divinidad. En estas circunstancias los tribunales eclesiásticos extendieron su jurisdicción á causas profanas, hasta el momento en que los tribunales seculares fueron desprovistos gradualmente y casi por completo de poder: la sustracción de clérigos criminales á la jurisdicción secular, y la penalidad de la excomunión para los que de una manera seria se opusieran al poder eclesiástico, eran desde luego armas eficaces. La condición de las cosas, tal como se sucedían entonces, está bien descrita en el siguiente pasaje de Maitland:

«Si consideramos el reinado de Ricardo I, podemos ver que el más alto tribunal temporal del reino es un tribunal compuesto en su mayor parte de eclesiásticos, presididos por un arzobispo que es asimismo el

jefe de la justicia (*chief justiciar*); tiene á sus lados dos ó tres obispos, dos ó tres arcedianos y sólo dos ó tres laicos. Los jueces más distinguidos hasta tiempos de Enrique III, son eclesiásticos, aunque ya se hizo escandaloso para un obispo ocuparse demasiado en justicia secular.

Los sacerdotes no eran sólo jueces é intérpretes de la ley; cumplían también funciones legales subordinadas. En Alemania, según Stölzel, la profesión de notario estuvo durante mucho tiempo en manos de eclesiásticos. Francia, durante el siglo XIII, procura ejemplos análogos. Clérigos eran los procuradores y apoderados, como dice Fournier:

«Los eclesiásticos no podían, en principio, aceptar estas funciones sino para representar á los pobres y las iglesias ó en causas espirituales.»

Sucedía lo mismo con la función de abogado. Sainte-Pelaye, escribe:

«Loisel... nota que en tiempo de Felipe el Hermoso y después, los mejores abogados eran eclesiásticos, instruidos en el derecho canónico y en el derecho civil, que aprendían la práctica principalmente en las *Decretales*.»

Esas funciones, según Fournier, estaban limitadas, sin embargo, á ciertos casos:

«El sacerdote no puede ejercer las funciones de abogado si no es en provecho de su iglesia y de los pobres, y sin recibir salario.»

Pero en Inglaterra, cuando prohibió el Papa á los eclesiásticos el comparecer ante los tribunales seculares, parece que sabían sustraerse, disfrazándose, á esta prohibición.

«Sir H. Spelman supone (*Glossar.*, 335) que se adoptaron solideos para ocultar la tonsura entre los clérigos

renegados que, á despecho de la prohibición del derecho canónico, se veían tentados á volver en calidad todavía de abogados ó de jueces á los tribunales seculares.»

Según eso, «parece que los clérigos renegados» llegaron á ser legistas que recibían personalmente el salario de su oficio de abogado.

38. No tiene aquí importancia para nosotros el conocer por qué medios se efectuó en Inglaterra la secularización completa de la clase legal. Nos basta hacer observar á qué punto llegaron las cosas en nuestros días.

Transcurrió tanto tiempo desde que los jueces dejaron de adornarse con atributos eclesiásticos, que actualmente parecerá sorprendente á la mayor parte de los ciudadanos, que hayan sido antes los jueces sacerdotes. Si queda alguna huella del estado de cosas original, apenas es más que en algunos hechos aislados; por ejemplo, en el hecho de que el arzobispo de Canterbury retenga la facultad de conferir el título de doctor en derecho civil, grado que, sin embargo, sólo concede en una esfera muy restringida en la práctica. Pero aunque salvo quizá para la observancia de ciertas ceremonias y épocas, la separación de los funcionarios judiciales y de los funcionarios eclesiásticos fué completa, la separación entre ciertos dominios de la jurisdicción se produjo muy recientemente. Hasta hace muy cerca de treinta y cinco años, los tribunales eclesiásticos en Inglaterra conservaban la jurisdicción sobre ciertas materias profanas, los asuntos testamentarios y matrimoniales; pero se les ha despojado de esa jurisdicción y no se les dejó más que los asuntos concernientes á la iglesia en sí misma.

En conformidad con la marcha habitual de las co-

sas, mientras que la profesión legal se diferenciaba de la profesión religiosa, se produjeron diferenciaciones en el seno mismo de la profesión legal. En su origen no existían, fuera del juez y de los dos litigantes, más que el abogado; en ocasiones, un funcionario que, una vez consolidada su función, ofrecía sus servicios lo mismo para defender que para mantener demandas. Estas funciones subordinadas, fueron complicándose por grados; y actualmente existen numerosas clases y subclases de personas que colaboran en el procedimiento legal.

El cuerpo primitivo se escinde primeramente en dos grandes divisiones: los que se ocupan directamente en las causas ante los tribunales y los que se ocupan en ellas indirectamente, que preparan estas causas, juntando las pruebas, llamando á los testigos, etc. En la primera de estas clases ha surgido una distinción parcial entre aquéllos cuyos asuntos se tratan generalmente en los tribunales y los que sobre todo se tratan en las Cámaras; existen otras separaciones determinadas por los tribunales ante los cuales se litiga. Hay que añadir todavía una división nueva en esta clase: los Consejos de la Reina (*Queen's Counsel*) ó *leaders* y los curiales ordinarios ó «*juniors*». Y después en la clase accesoria (los abogados, como se les designa generalmente), tenemos propiamente los abogados, apoderados (*attorneys*) y los procuradores (*solicitors*), en otro tiempo muy separados, pero confundidos ahora, provienen de las divisiones separadas de la jurisprudencia en que se ocupan. Tenemos diversas subdivisiones establecidas parcialmente, que comprenden á los que se ocupan generalmente en materias litigiosas y á los que se ocupan con preferencia en materias no litigiosas; los que tratan directamente los asuntos ó

los que los tratan por mediación de otros, los que son agentes parlamentarios y así de los demás.

39. Los hechos que ahora vamos á exponer ya son previstos; de seguro el lector, si no en sus detalles, á lo menos en su carácter general, después de lo dicho, esperará ejemplos de la tendencia á la integración, y no se engaña.

En seguida que se separaron la clase legal de la clase eclesiástica, comenzó y consolidó cierta unión entre los miembros de la clase legal. Leemos sobre lo que acaeció en Francia:

«En 1274, el concilio de Lyon, en algunas disposiciones relativas acerca de los procuradores, les pone casi en el mismo nivel que á los abogados. Desde entonces forman los procuradores una corporación que se gobierna bajo la autoridad de los jueces de Iglesia.»

Parece que también en Inglaterra comenzaron los dos procesos casi simultáneamente. Cuando los diputados del rey, en cuanto jueces delegados por él, cesaron de ser por entero nómadas y se establecieron tribunales fijos de justicia en Westminster, los abogados dispersos, antes de eso, por todo el reino, comenzaron á reunirse en Londres, donde, como dice Stephen «llegaron á formar naturalmente una especie de orden colegial. De ahí resultaron los *jus of court*, en los cuales se enseñaba y se obtenían eventualmente grados en los estudios: bastó inscribirse durante mucho tiempo; el examen se impuso como necesario recientemente para poder presentarse en estrados. En esta reunión que constituye el cuerpo colegial, encontramos divisiones más pequeñas: juriseconsultos del primer rango que son los gobernadores (*governors*), abogados demandantes y estudiantes. Esta suerte de «incorporación», comenzó antes del reinado de Eduardo I; y

mientras ciertos colegios de los consagrados á esta especie de derecho, que no se observan ya actualmente, desaparecieron, los demás forman todavía centros de integración para los miembros de orden superior, de la profesión legal.

Llegamos entonces á los miembros de orden inferior que fueron incorporados en una época ya remota.

«Se ordenó por el estatuto 4 de Enrique IV, cap. 18, que todos los procuradores fuesen examinados por los jueces y que, según su discernimiento, fuesen inscritos sus nombres en una lista; debían ser *buenos y virtuosos* y tener una buena reputación.»

Tenemos que citar todavía otros grupos más modernos y menos coherentes; el Colegio de Abogados (*Bar Committee*), que sirve de órgano á los abogados que litigan; y también las reuniones de abogados, relativamente vagas, que se mueven en el mismo círculo. Para los procuradores existe en Londres una Sociedad Central de Jurisprudencia (*central Law Society*) y se pueden citar asimismo Sociedades de Jurisprudencia en los distritos provinciales; hay también en los sitios más importantes numerosas asociaciones de beneficencia.

No debemos olvidarnos de advertir que en este caso como en todos los demás, el proceso de integración ha ido acompañado de un progreso de demarcación. Ya desde una época remota en la historia, el cuerpo de los abogados se separó por sus reglamentos de la comunidad comerciante (*trading community*); y más recientemente aumentó la claridad de la demarcación excluyendo á los que no eran suficientemente instruidos. Sucedió lo mismo con el cuerpo de los procuradores. Este vive protegido por reglamentos de admisión, de conducta y de práctica, con límites precisos para

el cuerpo, borrando de las listas á todos los que no se conforman con el reglamento.

En fin, para servir á la reunión de estas aglomeraciones grandes y pequeñas definitivamente consolidadas, poseemos numerosos periódicos, varios semanales y una publicación trimestral,

CAPÍTULO VIII

EL PROFESOR

40. La enseñanza implica el conocimiento de las cosas que se han de enseñar; y como por diferentes razones resulta el sacerdote distinguido por su saber, del sacerdote se obtiene la enseñanza especialmente. Además, como tiene sobrado ocio por su posición, tiene más tiempo que nadie para consagrarse á la instrucción y para imponer la disciplina.

Se encuentra una razón más seria todavía de la identidad primitiva del sacerdote y el profesor. Aunque durante los primeros años de la vida recogen todos los niños, y en diversas formas, muchas cosas que se pueden llamar muy bien conocimientos, y que pueden servirle de guía en la vida diaria, hay, sin embargo, un género de conocimientos, ó de supuestos conocimientos, que no le vienen por el canal irregular de la experiencia cotidiana.

Lo mismo entre las tribus salvajes que entre los pueblos antiguos civilizados, se creía que espíritus y dioses se encontraban en todas partes é influían en la existencia de los hombres en bien ó en mal; y de ahí resulta la importancia capital que llevan consigo las lecciones que conciernen á la manera de reglamentar su conducta, para obtener sus favores y evitar su venganza. Sin duda el hombre que conocía mejor estos seres sobrenaturales, el sacerdote, es el que puede

obtener el saber en el más alto grado. Y de ahí que la concepción primitiva del maestro ó profesor sea la de un hombre que enseña asuntos sagrados.

Naturalmente, los conocimientos son comunicados de esta suerte, primero por los sacerdotes más viejos á los más jóvenes, ó más bien por los sacerdotes en función á los aspirantes al sacerdocio. En muchos casos, y durante mucho tiempo, es esa la única manera de enseñar. En el curso de la evolución, al mismo tiempo que se forma una clase laica, surge el profesor tal como le concebimos ahora.

41. Por intrínseca exigencia, en todas las fases de los agregados en formación las líneas de la organización están indefinidas. En los grupos no civilizados no podemos ver la función del educador, señalada de una manera distinta. Sin embargo, pronto descubrimos que la acción de inculcar secretos y cosas sagradas constituye, como hemos indicado más arriba, la forma más antigua de la enseñanza; «los hombres misteriosos» (*mystery-men*) eran los instructores. Dice Bernan á propósito de los arawahs:

«El hijo de un hechicero, en seguida que cumple los veinte años, quizá antes, es iniciado por su padre en las artes del encantamiento y le ordena el mayor secreto sobre tal iniciación.»

Y que el neófito sea ó no un descendiente, este mandato de guardar silencio es siempre el mismo respecto de la información comunicada, que invariablemente tiene relación con seres sobrenaturales; vemos, pues, desde el comienzo, el nacimiento de un culto esotérico, tal como los sacerdocios de los pueblos históricos antiguos nos lo muestran.

Pero en ciertos grupos de salvajes, encontramos la huella de una participación en esta enseñanza sagra-

da, ó al menos en una parte de ella de todos los jóvenes que llegaron á una edad conveniente. Los australianos, por ejemplo, tienen en todas partes una ceremonia de iniciación, durante la cual, la juventud en cierto modo circuncidada, en otros casos privada de un diente, quedaba por eso consagrada á un ser sobrenatural, supuesto presente como en los casos de Daramulum, que es indudablemente el héroe de la tribu; estas consagraciones estaban sin duda concebidas en el mismo espíritu que las de los pueblos más civilizados. En todas las circunstancias, los médicos son los operadores y los maestros.

Las poblaciones que entre las no civilizadas están más adelantadas, y entre quienes los hombres de medicina adquirieron en cierta medida el carácter de sacerdotes, nos suministran mejores ejemplos. Tenemos el caso de los habitantes de Nueva Zelanda, entre los cuales, según Thomson, consiste uno de los deberes de los sacerdotes en instruir á sus hijos, á quienes enseñan «los cánticos y las tradiciones del pueblo», y la ciencia sagrada de su tribu. En Africa también, donde la organización social está más desenvuelta, encontramos una forma más definida de la enseñanza de los sacerdotes. Bastián nos cuenta que los sacerdotes idólatras en el Congo, reúnen á los muchachos que llegaron á la edad de la pubertad, y los conducen al bosque, donde permanecen durante seis meses formando una especie de colonia bajo la intervención de los sacerdotes. Durante este tiempo sufren la circuncisión. Encontramos en seguida en Abisinia y en Madagascar, que la función pedagógica del sacerdote está compartida por una clase independiente de sacerdotes; he ahí un paso hacia la diferenciación.

42. Pueblos pasados y presentes en diversas partes

del mundo, que alcanzaron grados superiores de la civilización, procuran pruebas fragmentarias que reúnen con el mayor orden posible. Hablando de los mejicanos, dice Torquemada que toda su educación estaba en conexión con los templos. Se enviaba á ellos un número considerable de muchachos para su educación, desde que tenían cuatro años hasta su matrimonio. Clavijero dice lo mismo. Leemos en Landa, á propósito de los sacerdotes del Yucatán:

«Instruían á los hijos de otros sacerdotes, y también á los hijos más jóvenes de los señores que les estaban confiados desde su infancia, cuando parecían dispuestos á llenar este oficio. Las ciencias que enseñaban eran el cómputo de los años, de los meses y de los días, las fiestas y ceremonias, la administración de los sacramentos, etc., etc.»

Entre los pueblos existentes pueden citarse en primer lugar á los japoneses, como procurándonos un hecho importante.

«No se puede hacer ascender la profesión de instructor laico más allá de los días de la fundación de la dinastía Tokugawa... Los bonzos (sacerdotes) del Japón pueden pasar por haber sido generalmente los instrumentos de expansión de los rudimentos de la educación á través de todo el imperio.»

Escribe Symes en su *Embassy to Ava*:

«Todos los kionus ó monasterios... son seminarios... en los que los muchachos de cierta edad se instruyen en el conocimiento de las letras, y donde se les enseñan sus deberes morales y religiosos.»

Asimismo aprendemos por una obra titulada *The Burman*, de Suway Teo:

«Cuando un muchacho alcanza ya la edad de ocho ó nueve años, va naturalmente al Pohnygee Kyoung

(escuela monástica). Está abierta á todos, lo mismo al hijo del pobre pescador, que al niño de sangre de príncipes.»

Y el misionero católico Sangermano aporta un testimonio semejante; confirmando asimismo que esta educación dada por sacerdotes, es nominalmente una preparación para el sacerdocio, puesto que los estudiantes visten todos «el hábito de Talapoin» durante su periodo de educandos.

43. Podemos agrupar ahora algunos hechos que sirvan de ejemplos, sacados de relatos referentes á civilizaciones extinguidas y muertas del mundo antiguo; algunos no dan sino señales de la cosa, otros son suficientemente detallados.

En lo que toca á la India antigua, hace constar Dutt, que consistía la educación en enseñar los Vedas, y que tanto en la época antigua como en otra más reciente, estaba dada esta educación por los sacerdotes. Dice también:

«Había Parishads ó establecimientos brahamánicos para la enseñanza... y gentes que acudían á estos Parishads para adquirir su saber.»

Hace falta añadir á eso, que durante el periodo épico en los años 1400 á 1000 antes de Jesucristo aproximadamente.

«Al lado de los Parishads establecieron profesores aislados, lo que en Europa llamaríamos escuelas particulares, y reunían á su alrededor estudiantes de diversas partes del país... Los brahamanes, sabios que vivían retirados en medio de los bosques, reunían muchas veces á su alrededor, cuando viejos, á estudiantes jóvenes, y muchas especulaciones de las más atrevidas del periodo épico nacieron en estos retiros silvestres de la santidad y del saber.»

Por estos relatos diversos vemos cómo estaba la enseñanza consagrada, al principio, exclusivamente á las doctrinas y á los ritos religiosos, y cómo al fin surgió una enseñanza que, en alguna suerte desprendida de las instituciones religiosas, trata al mismo tiempo de otras cosas que de objetos sagrados.

Un sistema semejante, aunque menos perfecto, existía en la antigua Persia:

«Resalta de un modo bastante claro que la preparación especial de los muchachos, en vista de futuras profesiones, se hacía al mismo tiempo que su profesión religiosa, y que la primera se reglamentaba, sobre todo, según la profesión del padre... Era uso bastante general el confiar á los hijos al cuidado de los sacerdotes para la educación y la instrucción, según costumbre también de los brahamanes indios.»

Respecto de Babilonia y de Asiria, dice el profesor Sayce á propósito de la vida social de estos países:

«Las bibliotecas estaban establecidas en los templos, y las escuelas en que se educaba estaban unidas á ellos.

«La «casa de los varones» (*house of the males*) en que se hacía entrar á los jóvenes, parece haber sido una especie de establecimiento monástico adosado á los grandes templos de Babilonia.»

Varias autoridades como Brugsch, Erman y Dunker, hablan en el mismo sentido del sistema de educación de Egipto:

«Fundáronse escuelas en las principales ciudades del país; se enseñaba en ellas la sabiduría humana y la divina cuando las reuniones de los santos servidores de los dioses.

«El gran sacerdote de Amón Beckenchons, nos enseña que fué «jefe de la real caballería (*royal stable*)

de instrucción» en el período de sus cinco á sus diez y siete años, y que en seguida entró en el templo de Amón como sub-sacerdote.

«Los colegios de estos templos (Thebas, Menfis y Heliópolis) eran los centros más importantes de vida y doctrina eclesiásticas.»

La carencia de jerarquía entre los sacerdotes en Grecia, que, como hicimos notar precedentemente, tuvo su influencia en el desenvolvimiento normal de otras profesiones, ejerció de igual modo su acción sobre el desenvolvimiento normal de la profesión del maestro. Los templos y sus alrededores eran, en efecto, lugares consagrados á una cultura especial de un género ú otro, teniendo muy á menudo cierta relación con observancias religiosas. Pero esta forma de la enseñanza de los sacerdotes no se desenvolvió en un sistema general que englobara también á los miembros laicos de la comunidad. Buscando el contraste, dice Mahaffy, á propósito de la educación de los *gymnasia*:

«Fue moda antigua educar á los muchachos en gran parte como educamos nosotros á las hijas, guardándolos constantemente bajo la dirección de un eria, do especial ó de un profesor..., enseñándoles la religión recibida, y algo de literatura clásica, les inculcaban la obediencia á los dioses y á los padres.»

Como en Persia, durante la fase de su actividad guerrera, la cultura física y la cultura de las facultades mentales, útiles en tiempo de contiendas, adelantaron sobre toda clase de cultura.

«El antiguo sistema de educación superior que ordenaba que los jóvenes de Atenas, de dieciocho á veinte años... debían permanecer bajo la vigilancia del Estado y prestar servicio de patrullas en partes lejanas

y en los fuertes de las fronteras del Atica que disponía que al mismo tiempo practicaran ejercicios militares y de gimnasia, siguiesen al mismo tiempo cursos de enseñanza literaria, este antiguo sistema, decimos, se transformó más tarde y pronto abandonó la mayor parte de la educación, gimnástica y militar.»

Pero á medida que se elevaba la cultura intelectual, cayó, no en manos de los sacerdotes, sino en manos de los maestros laicos: «Los filósofos, que, como los estoicos, no desdeñaban instruir á la juventud, establecieron sus escuelas al lado de los gimnasios.»

La génesis normal del profesor fué más raquítica todavía en Roma, donde estaba el curso de la evolución tan considerablemente modificado por la intrusión de elementos y de influencias extrañas. Siempre que el militarismo es muy predominante, hay tendencia á descuidar la cultura del espíritu por poco honorífica; tal fué el caso, por ejemplo, del Japón, «en que durante varios siglos antes de la época de Jyeyasu, la muy numerosa clase de los guerreros como los caballeros de la Edad Media en Europa, despreciaba el conocimiento de las letras como cayendo por bajo de la dignidad del soldado, y sólo dignas del bardo ó del sacerdote». Tal sucedía en Roma.

«Las costumbres romanas abandonaban la tarea de la enseñanza elemental, incluso la de la lengua madre, como cualquiera otra labor tenida en mediana estima y realizada mediante salarios, principalmente en manos de libertos, ó, en otros términos, en manos sobre todo de griegos ó de semigriegos.»

Se comprenderá esta condición de cosas recordando, primero, que la génesis normal del profesor, fuera del sacerdocio, es debida al hecho de que muy al comienzo de las épocas antiguas los sacerdotes se dis-

tinguían por sus conocimientos superiores; en segundo lugar, que los sacerdotes en Roma no se distinguían de tal suerte, porque los griegos sometidos estaban más instruidos que ellos; y en tercer lugar, que todos los atributos de los vencidos se consideraban generalmente como de menor valor.

44. Yendo hacia el Norte, y considerando los pueblos de la época que precede al cristianismo y los de la primera época del cristianismo, vemos de nuevo la identidad primitiva entre el sacerdote y el profesor y su separación eventual. Los celtas, dice Pelloutier, perseguían su adiestramiento militar, que tendía á producir dureza, agilidad y otras aptitudes corporales, y añade:

«Para mantener á los pueblos en la dependencia, y para que les consultasen siempre como oráculos, los eclesiásticos querían ser los únicos sabios; del otro lado, los celtas, que miraban todo trabajo, tanto del cuerpo como del espíritu (Procop., *Goth.*, l. I, cap. II, 311), como á cosa servil, abandonaban de muy buena gana todas las ciencias á sus druidas; les consideraban no sólo como sabios, sino además como verdaderos magos. Los estudios de las naciones célticas se reducían únicamente á aprender de corazón ciertos himnos que encerraban sus leyes, su religión, su historia, y en general todo lo que se quería que supiese el pueblo.»

Lo que dice César concerniente á los druidas está conforme con lo que precede: «Un gran número de jóvenes se reunían con ellos para recibir instrucción. Discutían mucho á propósito de los atributos y del poder de los dioses inmortales y comunicaban á los jóvenes parte de sus principios.»

Extinguida casi durante los pasados siglos de nuestra era, no podía la cultura que sobrevivió buscarse

fuera de las instituciones eclesiásticas, y en ellas toma nuevo impulso. Como dice Hallan:

«El mérito de haber fundado originariamente escuelas pertenece á algunos obispos y abades del siglo VI. Fueron escuelas que reemplazaron las escuelas imperiales, destruidas por los bárbaros... Las escuelas de las catedrales y de los conventos creadas ó restauradas por Carló Magno permitieron conservar el escaso saber que sobrevivía.»

Mosheim, hablando de la iglesia del siglo VI, nos dice además que en las escuelas-catedrales el profesor eclesiástico «instruía á la juventud en las siete artes liberales, como preparación al estudio de los libros santos»; y que en los monasterios «el abad ó uno de los monjes daba á los niños y á los jóvenes consagrados á la vida monástica una enseñanza literaria.» Estos hechos sirven de verificación al aserto según el cual la instrucción primaria que se daba lo mismo á los jóvenes laicos que á los pertenecientes á la iglesia, tenía por objeto directo ó indirecto la propiciación religiosa: su destino evidente, tal como se expresó en el concilio de Vesou, era hacer de suerte que la juventud «se fijase en los libros santos y que aprendiese á conocer la ley de Dios».

Los siglos siguientes, repletos de guerras y de trastornos sociales, vieron declinar sus casas de educación eclesiástica, á pesar de los esfuerzos que hicieron, de cuando en cuando, obispos y papas para devolverles vigor. Mas, como era de esperar, cuando surgieron maestros laicos, se hizo manifiesta resistencia por parte del clero. Entonces, como siempre, vió con descontento la clase de los sacerdotes, la instrucción de la juventud caer en otras manos. En Francia, por ejemplo, el canciller de Santa Genoveva, que con-

cedía las licencias necesarias para enseñar en la Universidad de París, usó á veces de su poder para excluir á hombres capaces, por adquirir dinero con violencia, y en diversas ocasiones fué necesario contenerle por medio de mandatos del Papa. Sucedió lo mismo en Alemania.

«Todos los puestos de profesores en las Universidades, estuvieron en manos del clero hasta el siglo xv y aun en el xvi.

»En Heidelberg (1482) obtuvo un laico por primera vez, después de encarecida lucha, una cátedra de profesor de medicina.

»La admisión general de profesores laicos, á plazas ocupadas por clérigos, no tuvo lugar antes de 1553.»

45. Inglaterra nos proporciona pruebas idénticas. En tiempos antiguos, «las iglesias parroquiales servían de escuelas», dice Pearson. Y según Sharon Turner,

«El clero era maestro de los que querían aprender... A él estaba confiada la educación moral é intelectual de su tiempo...

»Por eso el monje irlandés Maildulf, que se fijó en Malmesbury..., enseñaba alumnos para ganar la vida.»

De la misma suerte ocurrió durante los tiempos que siguieron. Leemos en los mismos dos autores que después de la conquista,

«Clero numeroso esparcido por toda Inglaterra, tenía un interés directo en favorecer la educación. Aumentaban sus salarios mezquinos en su oficio como profesores ó maestros de escuela.

»Uno de los primeros resultados del renacimiento de la literatura en Inglaterra, fué el establecimiento general de escuelas. A cada catedral, y casi á cada monasterio, iba unida una escuela. Durante el siglo que

siguió á la conquista, hubo pocas personas de cierta notoriedad, entre el clero, que no hubiesen consagrado una parte de su existencia á instruir á las demás.

»Podemos citar, como ejemplos de maestros distinguidos pertenecientes al sacerdocio durante el período anglo-sajón á Bede, Alcuino, Scoto Erigena y Dunstan. Y después de la conquista, claramente manifiestos para merecer una mención especial: á Athelard de Bath, Juan de Salisbury, Alejandro Neckano, Roger de Hoveden, Duns Scot.

Pero aquí, como en otras partes, la secularización de la enseñanza se hizo lentamente y de diferentes maneras. Al comienzo del siglo xv daban los laicos pasos necesarios aquí y acullá para formar escuelas. Warton, escritor de comienzos del siglo xv decía: «El hábito de educar á nuestra juventud en los monasterios había caído en desuso, se fundaron cerca de veinte escuelas de gramática durante este período.» Al mismo tiempo se verificó un cambio lento en el carácter de las Universidades. Habiendo comenzado por ser grupos de estudiantes en teología, reunidos alrededor de profesores eclesiásticos de gran reputación, continuaron mientras crecían siendo, durante mucho tiempo, establecimientos para la educación clerical solamente, y más tarde semejaron ser tales. Hasta casi nuestros días, la aceptación de la creencia establecida fué una condición para admitir á los estudiantes y para la obtención de distinciones, y conservaron todas una enseñanza y una disciplina que tenía un carácter manifestamente eclesiástico. Por eso se sometió la residencia en los colegios á un régimen inspirado en el de los monasterios: á las diarias oraciones, monásticas en su origen, y también al vestido de

cierto corte semi-elesiástico. Pero gradualmente fué modificándose el carácter clerical de la educación, por la introducción cada vez mayor de objetos de enseñanza no religiosos, y por la relajación de las condiciones que un clericalismo dominante había impuesto en otro tiempo.

Ahora, la mayor parte de los que «van al colegio», lo hacen sin ninguna intención de entrar en la Iglesia; la enseñanza de la universidad fue secularizada en una inmensa medida.

Por este tiempo, aunque hayan pasado la mayoría de las numerosas instituciones de grado inferior á manos de los laicos, guardan, sin embargo, en una medida considerable, y especialmente en los grados superiores, su carácter clerical. Las escuelas públicas están dirigidas generalmente por eclesiásticos; y la mayor parte de los profesores, si no son ordenados, se preparan para serlo. Además, las escuelas privadas en todo el reino, donde la clase rica envía á sus hijos, son en una enorme proporción dirigidas por eclesiásticos, algunos de los cuales toman con mucha frecuencia alumnos particulares. La diferenciación, pues, de la clase que enseña con relación á la clase eclesiástica, es incompleta por ahora.

Notemos, además, como hecho significativo, relativo á la evolución del profesor, que se libra actualmente un combate para recuperar esta intervención eclesiástica de la que un sistema secularizado de educación pública estaba en gran parte desembarazado. Cuando se estableció hace un cuarto de siglo esta educación pública, no estaba secularizada por completo puesto que se daba en sus manifestaciones algunas lecciones sobre la Biblia; y ahora se hacen esfuerzos considerables por añadir á estas lecciones bíblicas,

ciertos dogmas de la fe cristiana reconocidos por la ley, haciendo de esta suerte de profesores de las escuelas del Estado, hasta cierto punto, profesores eclesiásticos. Y todavía hay más. Los eclesiásticos trataron y tratan todavía de que les ayude el pueblo para enseñar los dogmas de la Iglesia en escuelas dependientes de la Iglesia. En este momento (Junio de 1895), el arzobispo y el clero en general, celebran un acta del Parlamento, que puso en sus manos los caudales del Tesoro público y sin intervención del Estado. Dicen al Estado con la arrogancia común á todos los sacerdotes de todos los tiempos y de todos los lugares, sea cualquiera su fe: «Nosotros, decidir lo que debe enseñarse; vosotros, pagar para que se enseñe.»

46. Aquí, como en todo, la segregación y la consolidación acompañan á la diferenciación, aunque en parte no haya sido visible el cambio, á causa de lo reciente de la fecha de la separación de la clase que enseña de la clase eclesiástica. La tendencia hacia la integración de la clase de los profesores y hacia su separación de las otras clases, se muestra primero entre los maestros de la teología. En la Universidad de París,

«Personajes medio instruidos que apenas tenían algunos conocimientos de los elementos de la teología, se dedicaban al empleo de profesores públicos. La consecuencia fué, que los profesores de teología que estaban mejor reputados, se unieron y formaron una sociedad regular; y tuvieron influencia suficiente para establecer que nadie estuviese autorizado para enseñar sin su aprobación y permiso. Condujo esto, naturalmente, hacia un examen de los candidatos y á una prueba pública de su capacidad, y á una ceremonia

formal para consagrar su admisión á la dignidad de profesores ó doctores.²

Lo mismo sucedió en las universidades inglesas. Conocimientos, primero, de la doctrina cristiana establecida, después, otras materias cuyo conocimiento fué juzgado necesario en profesores de doctrina cristiana y enseguida exámenes que suministraban la prueba de la adquisición de este saber, sirvieron para crear una reunión de personas de título y para excluir á las que no lo eran; se formó así un conjunto coherente y limitado. Aunque las sectas disidentes hayan insistido menos sobre la obtención de títulos, surgieron, sin embargo, incluso en ellas, instituciones que facilitan la adquisición de la cultura necesaria, y dan las necesarias autorizaciones eclesiásticas.

Sólo ahora es cuando abrigan los profesores laicos alguna tendencia á unirse. Además de los numerosos colegios que fundan donde instruyen, examinan y confieren grados, existen ahora diversas asociaciones profesionales. Como asociación general, hay la *Teacher's Guild* y el Instituto Escocés de educación (*Scottish Educational Institute*). Después, como asociaciones más especiales, existen la conferencia de los directores (*Head Masters*) de escuelas públicas; la Asociación de los Directores de escuelas secundarias intermediarias (*Association of Head Masters of intermediate Secondary Schools*); la Asociación de Directoras (*Head Mistresses*); el Colegio de preceptores; la Asociación de los profesores auxiliares (*Assistant Master*) y la Unión nacional de profesores.

Existe la misma tendencia entre las asociaciones para el mantenimiento de la organización general de todos los que tocan á la educación—maestros de escuela, maestros auxiliares, colegios y las diferentes

sociedades mencionadas arriba.—Esta clase de profesores, como la de los otros, tiene sus periódicos semanales y mensuales, unos generales, otros especiales, que representan sus intereses, como sirviendo de lazo entre los miembros, y ayudando á la consolidación del agregado.

CAPÍTULO IX

EL ARQUITECTO

47. El arte de edificar, que se honra con el nombre de *arquitectura*, no puede existir en las épocas primitivas del desenvolvimiento social. Antes de la producción de edificios verdaderos, es menester que se opere en las artes mecánicas un progreso más considerable que el que pudieron realizar salvajes del tipo inferior, superior al que encontramos entre los pueblos parcialmente civilizados.

Es verdad que los pueblos prehistóricos dejaron construcciones de piedras brutas, dispuestas con un orden rudimentario, así como habitaciones subterráneas de piedra, construidas groseramente; son los orígenes de la arquitectura. Si extendemos su concepto hasta el punto de incluir en ella estos ensayos, podemos hacer notar como hecho significativo, que el arte de la construcción fué utilizado primero ya para preservar de peligros á los muertos, ya para servir á las ceremonias de los muertos deificados. En los dos casos, la arquitectura, en sus sencillos comienzos, respondía á las ideas de los hombres que curaban ó de los sacerdotes primitivos. Era necesario que tuviera un director, y apenas podemos deducir que fuese el director á la vez el hombre de las aptitudes especiales,

y el que se suponía estar en comunicaci3n con los espíritus desaparecidos que se quería honrar.

Pero ahora, sin hablar más de esta prueba vaga, pasemos á los efectos que nos facilitan aquellos pueblos semicivilizados ó civilizados que han dejado vestigios y anales.

48. Encontramos en seguida el hecho evidente, paralelo al que ha quedado atrás implícito, de que la arquitectura primitiva legada por las naciones más antiguas, provenía del culto de los antepasados. Sus primeras fases se mostraron ya en tumbas, ya en templos, que, como hemos visto, son formas más ó menos desenvueltas de un mismo principio. De ahí viene que siendo los dos medios de culto, unos simples, otros complejos, llegaron estos monumentos á encontrarse bajo la intervenci3n del sacerdocio; y podemos deducir que los primeros arquitectos fueron sacerdotes.

Uno de los ejemplos que podemos citar en primer término, pertenece á la India antigua.

Nos dice Manning: «La arquitectura era tratada por los sabios indos como cosa sagrada.»

Leemos también en Hunter: «La arquitectura india, aunque colocada en el rango de los *upaveda* ó partes suplementarias del saber inspirado, arrancaba su desenvolvimiento de un impulso mucho más búdhico que brahmánico.»

En el *Ceylan* de Tennent hay pasajes que demuestran de varias maneras las relaciones entre la arquitectura y la religi3n y sus ministros. Numerosos pueblos hicieron de la caverna la tumba-templo primitivo, y en Oriente adquirió, en ciertos casos, gran desenvolvimiento. Una fase de este desenvolvimiento en Ceilán, está descrita como sigue:

«En los *Rajavali*, pasa Deveniatiassa por haber he-

cho ahuecar las cavernas en la dura roca del lugar sagrado llamado Mihintala»; y allí están las más antiguas residencias de los dignatarios superiores del sacerdocio en Ceilán, cuyo recuerdo se conserva.

«Los templos de Budha eran al comienzo tan modestos como las residencias de los sacerdotes. No se hace de ellos mención alguna durante los primeros tiempos del budhismo en Ceilán, período en que las cavernas y las grutas naturales fueron los únicos lugares de devoción.»

A propósito de los periodos más recientes durante los cuales surgieron «monumentos religiosos prodigiosos» añade Tennent:

«Los anales históricos de la isla (Ceilán) recuerdan con una gratitud piadosa, las series de *dagobas*, *wiharas* y de templos construidos por «Deveniapiatissa y sus sucesores.»

«Un *dagora*» es un monumento erigido para conservar una de las reliquias de Gotama... y se admite con cierto candor en el Mahawansa, que la intención que presidía á su creación era ya la de producir objetos á los que pudiera el público tributar ofrendas!»

Aunque en eso no hallemos pruebas de que los arquitectos fuesen sacerdotes, otros pasajes, sin embargo, nos muestran que los templos budhistas, fueron obra de reyes conversos que obraban bajo la dirección de los sacerdotes. Además, el desenvolvimiento original de la arquitectura era un objeto religioso y su carácter, sagrado. Por consiguiente, van implícitas en el hecho de que los sacerdotes «prohibiesen al pueblo construir habitaciones con otros materiales que tierra cocida al sol».

Este último extracto recuerda el contraste general que existía en antiguos reinos históricos, entre las ha-

bitaciones del pueblo y las construcciones consagradas á los dioses y á los reyes. Las vastas trincheras de donde exhumó Layard los restos de templos babilónicos y asíricos, se componen de depojos de ladrillos secos al sol, mezclados, sin duda, con algo de madera descompuesta, utilizada para la construcción de casas ordinarias. Lechos sobre lechos, se acumularon esos depojos, hasta que los templos se sepultaron; sepultados están todavía algunos templos de Egipto. Sea que fuera esto á causa de la carestía de la piedra, ó á causa de la prohibición de servirse de ella para todo uso no religioso; sea, en fin, que hayan obrado las dos razones simultáneamente para producir este resultado, el resultado general fué el mismo,—la arquitectura comenzó por estar al servicio de la religión (comprendiendo con este nombre el culto de los antepasados simple ó desenvuelto); estaba, por consiguiente, bajo la intervención del sacerdocio. Las ulteriores pruebas que nos ofrece la antigua Babilonia, por ejemplo, son bastante elocuentes aunque indirectas. Hablando del templo, que era asimismo un palacio, dicen Perrot y Chipiez «que ritos solemnes inauguraban su construcción en solicitud de prosperidad de los dioses», é incluyen que su plano dependía de una tradición admitida (de la cual eran los sacerdotes depositarios); escriben:

«¿Perteneían á la clase sacerdotal? No sabemos nada. Estamos dispuestos á creerlo hasta cierto punto, á causa del carácter profundamente religioso de las ceremonias que acompañaban la inauguración de los trabajos del edificio, y por lo que nos dicen los antiguos, de este género de sacerdotes que llamaban *los caldeos*.»

Y puesto «que adquirió impulso considerable la arquitectura en Caldea, parece que necesitara cierto

grado de saber»; los sacerdotes que eran los únicos que estaban en posesión de la ciencia debieron ser los arquitectos.

Pruebas suficientes nos procuran los anales de esta relación entre los egipcios. Dice Rawlinson:

«Aunque la arquitectura de los primeros tiempos haya tenido un carácter casi por completo sepulcral, nos encontramos, sin embargo, con cierto número de hechos que prueban que, desde el comienzo, tuvo el templo un lugar en la consideración de los egipcios aunque fué este lugar muy inferior al que ocupó la tumba.»

Escribe Duncker, pasando revista á todas estas pruebas:

«En el grado de perfección adquirido por el arte egipcio, tuvieron los sacerdotes la parte dominante. Los templos y las tumbas de reyes no podían ser levantados, á no ser según sus planos; porque en estas cosas esencialmente sagradas, había medidas y números sagrados.»

Hace falta añadir todavía algunos hechos á título de ejemplos. Se refiere de Mentu-hotep, que

«Como arquitecto y jefe del rey favoreció el culto tributado á los dioses é instruí á los habitantes del país lo mejor que podía, según sus conocimientos, como Dios ordena que debe hacerse.»

He aquí pasajes relativos á la décimanovena y á la vigésimaprimerá dinastía. Bekenkhonsu ostenta en su estatua el siguiente lema:

«Yo era un gran arquitecto en la villa de Amón, he sido santo padre de Amón, durante doce años experto en el arte, y el primer profeta de Amón.»

E Hirhor, el primero de una sucesión de sacerdotes reyes, se intitula, al servicio del rey: «Arquitecto en

jefe del rey y general en jefe del ejército», de lo que se puede deducir sin esfuerzo que si el sacerdote no hacía siempre los planos, los dirigía invariablemente, porque, como dice Rawlinson, «es... muy cierto que existía en el Egipto antiguo una censura religiosa del arte.»

Los primeros ejemplos que nos proporciona la literatura griega se hallan en la *Iliada*. El sacerdote Chrysés, gritando venganza é invocando la ayuda de Apolo, dice: «¡Oh Smintheo! Si siempre edificué templos agradables á tus ojos, ó si siempre quemé en tu honor buena carne de muslo de toro, ó cabras, cumple mi deseo; que los Danas paguen con tus flechas mis lágrimas.»

Vemos por este hecho que la función del sacerdote que hace sacrificios va unida á la de arquitecto, la cual asimismo lleva implícito un carácter sagrado. Las indicaciones ulteriores son muy sugestivas, ya que no concluyentes. He aquí un pasaje de Curcio:

«Mas la conexión inmediata entre los sistemas de arquitectura sagrada y la religión de Apolo está clara. Apolo mismo fué designado como el arquitecto divino en las leyendas relativas á la fundación de sus santuarios.»

Y dice en otra parte:

«Así se formaron escuelas de poetas que no estaban menos íntimamente unidas al santuario que lo estaban el arte de la arquitectura sagrada y la escultura hierática.»

Pero, como vimos anteriormente, la falta de una organización sacerdotal en Grecia dificultó el desenvolvimiento de las profesiones en general, y entre otras la de los arquitectos.

Vimos en otros casos que en el culto romano no er

indígenas muchas cosas, y que la importación de la ciencia y de la técnica extranjeras llevó la confusión al desenvolvimiento de las profesiones. La influencia de los etruscos era señalada, y la arquitectura parece que fué una de las aplicaciones religiosas que derivan de ellas. Escribe Duruy:

«La Etruria suministra los arquitectos que edificaron la *Roma quadrata* del Palatino, y que construyeron sus templos; suministra los necesarios tocadores de flauta en la celebración de ciertos sacrificios.»

Pero la identidad entre el jefe de los sacerdotes y el arquitecto en jefe, en la persona del *Pontifex maximus*, aunque demuestra la relación de que se trata, nos recuerda al mismo tiempo una de las causas primeras del origen eclesiástico de las profesiones, la posesión del saber y de la habilidad por los sacerdotes. Entre los pueblos primitivos la habilidad particular está asociada á la idea de un poder sobrenatural; el herrero mismo estaba considerado como un mago en algunas tribus africanas. Por esta causa, el romano que primero imaginó la bóveda, ó el que primero desplegó habilidad construyendo una bóveda, fué considerado como inspirado por los dioses, porque aunque la bóveda nos sea ahora de tal suerte familiar que no excite la curiosidad, cuando apareció por primera vez, tuvo que haber parecido un exceso de esfuerzo incomprensible. De ahí una razón bastante verosímil, ó en todo caso una causa subordinada para que el sacerdote y el constructor de puentes hayan sido una misma persona en el origen.

49. Después de la caída del imperio romano, la desorganización social que detuvo la actividad del espíritu y sus manifestaciones, detuvo también la arquitectura.

Cuando tuvo lugar su resurrección, se manifestó por la construcción de edificios eclesiásticos de un género ó de otro bajo la vigilancia de la clase sacerdotal. Haciendo Lacroix alusión á ciertos monasterios de benedictinos, escribe:

«En ellos se formaron los arquitectos capaces y los ingenieros eclesiásticos que erigieron tan gran número de edificios magníficos á través de toda Europa, y después de haber consagrado su vida á una obra de fe y de piadosa devoción, condenaron por unanimidad casi todos sus nombres al olvido.»

Hablando de Francia, donde hasta el siglo x se conservó un número escaso de arquitectos, añade el mismo autor:

«Entre ellos están, sin embargo, Tutilou, un monje de Saint-Gall..., Hugues, abad de Montier-en-Derf; Austeé, abad de Saint-Gorze..., Morard, que con la cooperación del rey Roberto, reedificó hacia fines del siglo x la iglesia vieja de Saint-Germain-des-Près, en París; y en último lugar, Guillermo, abad de Saint-Benigne, en Dijón, que llegó á acaudillar una escuela de arte.

Dice todavía: «En la diócesis de Metz, Gontran y Adelard, célebres abades de Sain-Trudon, cubrieron á Habaye de nuevos edificios. Adelard, dice un cronista, dirigió la construcción de catorce iglesias.»

Esta asociación de funciones continuó todavía por mucho tiempo después; según Viollet-le-Duc, las casas religiosas, la abadía de Cluny en particular, proporcionaron en los siglos xi y xii la mayor parte de los arquitectos que en Europa occidental edificaron, no sólo edificios religiosos, sino también edificios civiles y quizá militares.

La diferencia entre el arquitecto y el sacerdote va implícita en la siguiente cita de Lacroix:

«Fué en este periodo (de transición del normando al gótico) cuando la arquitectura, como todas las demás artes, abandonó los monasterios para pasar á manos de arquitectos laicos organizados en cofradías.»

Habla Viollet-le-Duc en el mismo sentido, cuando al notar que en el siglo XIII hace el arquitecto su aparición como individuo independiente y como laico, dice que hacia los comienzos de este siglo «vemos un obispo de Amiens... encargando edificar una gran catedral á Robert de Luzarches, arquitecto laico». Se puede añadir á esa, otra prueba curiosa de esta transición.

«Dice Rafael en una de sus cartas, que el Papa (León X) había designado á un monje anciano para asistir á la dirección de la construcción de San Pedro; y da á entender que espera aprender algunos secretos de la arquitectura de su experto colega.»

Pasando á Inglaterra, encontramos que hace observar Kemple en *The Saxons in England*, hablando de los monjes, que

«La pintura, la escultura y la arquitectura se extendieron gracias á sus esfuerzos, y los mejores ejemplos de estas artes civilizadoras los ofrecían las iglesias y los monasterios.»

En el mismo sentido habla Eccleston:

«Debemos á Wilfred de York y á Benedict Biscop, abad de Wearmouth en el siglo VII, la introducción de un estilo de arquitectura perfeccionada; y bajo su dirección se levantaron varias iglesias y algunos monasterios con un esplendor inusitado.»

Y más tarde, hablando de los edificios de los normandos y de sus autores, dice de estos últimos:

«Entre los más adelantados, figuran los obispos y otros eclesiásticos, cuya habilidad, en materia de ar-

quitectura, no era menos eficaz que sus riquezas bien distribuidas.»

No he mostrado cómo se verificó la transición de la arquitectura eclesiástica á la arquitectura laica; pero es probable que con el tiempo el arquitecto eclesiástico haya llegado á no ocuparse más que en el carácter general del edificio, dejando la construcción al cuidado del maestro de obras, de quien desciende el arquitecto de profesión.

50. Sólo por fórmula casi, haremos aquí mención de la integración y consolidación que en nuestros días alcanzó la profesión de arquitecto. Pocas cosas hay que añadir, como no sea que los arquitectos fueron pocos en la época antigua consonando en número con la cantidad relativamente escasa de edificios, y que por eso apenas pudieron hacerse la segregación y la asociación. Recientemente se fundó un instituto de arquitectos (Institute of Architects), y el cuerpo de los hombres que se dedican á ese arte tiende á definirse cada vez más con la imposición de exámenes de grado.

Al mismo tiempo la cultura del arte y la defensa de los intereses de quienes se ocupan en él, son el principal objeto de diferentes publicaciones periódicas especiales.

CAPITULO X

EL ESCULTOR

51. La unión entre la arquitectura, la escultura y la pintura es tan estrecha, que apenas se podrían columbrar sus orígenes considerándolas como distintas unas de otras, y los que las juzgan tan sólo según las relaciones que presentan en los restos de las antiguas civilizaciones, están muy expuestos á engañarse. Por eso hace observar Rawlinson, que

«La escultura en Egipto era casi por completo arquitectónica, y tenía por objeto simplemente, en general por lo menos, servir al embellecimiento de la arquitectura... Las estatuas de los dioses tenían sus lugares reservados sobre las aras consagradas en su honor... Hasta las estatuas de los particulares estaban como destinadas á ornamentar sus tumbas.»

Parece, pues, que también que en el histórico Egipto, estaba la escultura subordinada á la arquitectura, debió haber sucedido lo mismo en un principio. Es un error. Hay numerosas razones para pensar que en todas partes la escultura bajo la forma de la escultura de madera precedió á la arquitectura, y que la tumba y el templo vinieron después de la imagen esculpida.

En el primer volumen de los *Principios de Sociología* se citaron diferentes pruebas provenientes de va-

rios pueblos para mostrar que en su forma inicial, el idolo es la representación de un hombre muerto, considerado como constantemente ú ocasionalmente animado por un espíritu á quien se hacen ofrendas, se dirigen súplicas en demanda de socorro, se le ofrecen ceremonias de propiciación. La confusión que se forma en el espíritu del salvaje desprovisto de sentido crítico, entre las cualidades del original y las cualidades que se suponen acompaña la representación de este original, ha continuado mucho tiempo. La supervivencia de esta confusión se muestra entre los egipcios con la práctica, en apariencia extraña, consistente en colocar en un compartimiento de la tumba un personaje de madera—varios en ocasiones—destinado á servir de cuerpo de mudanza para el espíritu del fallecido después de su vuelta de otros mundos en caso en que el cuerpo momificado haya sido destruido. Más extraño es todavía otro hecho que se cuenta: en Inglaterra y en otros pueblos europeos, desde antiguo hasta hace pocos siglos, se ofrecían comidas durante cierto tiempo después de la muerte á las efigies de los reyes y de los príncipes, magníficamente vestidas. Se conservan todavía algunas de estas efigies en la abadía de Westminster. Tomando simplemente nota de esta larga persistencia de la idea primitiva, sólo tenemos que advertir que la confección de una figura esculpida ó modelada del difunto, comienza en un grado inferior de cultura al mismo tiempo que otros elementos de religión primitiva, y que esta escultura tiene su origen en el culto de los espíritus, mientras que el escultor, en su fase primitiva, es uno de los agentes de ese culto.

La tumba y el templo, como ya se demostró, derivan de la protección funeraria, grosera y transitoria pri-

mero, pero que llega con el tiempo á compleja y permanente, mientras que la estatua, que es el núcleo del templo, es una forma trabajada y acabada de la efigie original, colocada sobre la tumba. Por consiguiente, si el sacerdote no es el que ejecuta á la estatua y al templo como entre los salvajes, es siempre el que preside su ejecución y hace obedecer al escultor sus órdenes.

52. Como pruebas en apoyo de esta proposición general, podemos comenzar por la que tiene relativamente poca importancia y proporcionar algunas razas existentes no civilizadas.

Nos dice Borman, á propósito de los negros de Costa de Oro, que «edifican generalmente una cabañita ó choza sobre la tumba», y también que en algunas comarcas «colocan en la tierra imágenes sobre las tumbas». Bastián dice, á propósito de los negros de la costa, que colocan figuras modeladas en arcilla de sus jefes fallecidos, con su familia en grupo, bajo el árbol del lugar. No se dice nada de los autores de estos modelados; pero encontramos por de pronto en esos hechos la prueba de su origen eclesiástico. Según Tuckey, cierta roca fetiche (*fetich-rock*) en el Congo, «se considera como siendo la residencia particular de Sacenbí, el espíritu que preside en el río»; sobre algunas de estas rocas se encuentran cierto número de figuras en pie, hechas de cierta composición que tiene el tono de «piedra esculpida en bajos relieves», de groseras representaciones de hombres, de bestias, de navíos, etc. «Se decía que eran obra de un sacerdote instruido en Nokki, que enseñaba este arte á todos los que quisieren pagarle bien la dirección del aprendizaje.»

Las razas polinesias nos dan algunas pruebas; Cook y Ellis refieren hechos con este propósito en cuanto á

los habitantes de las islas Sandwich. Uno, dice de las sepulturas, que contienen un gran número de imágenes en madera, que representan las divinidades del país, algunas colocadas en las chozas, otras fuera; y refiere el otro, que á todos los *tii* (espíritus) célebres, se les honraba con sendas imágenes. El hecho de que estos espíritus célebres eran en un principio los de los jefes muertos, va implícito en lo que se sabe de una raza polinésica mixta, la de los habitantes de Nueva Zelanda. Entre éstos, según Thomson, los cuerpos de los jefes estaban en ciertos casos «enterrados en las casas que habitaban»; su familia los lloraba durante semanas enteras (el templo era grosero y también el culto), y donde se erigían como monumentos en su honor «toscas imágenes humanas de 20 ó 40 pies de altura». Aunque no se nos dice en ninguno de estos casos por qué se fabricaban estas imágenes de los muertos, puede suponerse, sin embargo, — desde que se sabe que los mejores artistas de Nueva Zelanda pertenecen á la clase sacerdotal, como afirma Thomson, y Angas dice que es también el sacerdote el que opera la ceremonia del tatuaje (y supuesto que sobresale en todas las artes de este género), — puede admitirse que es el sacerdote el autor de estas efigies, no sólo en lo que atañe á las de los jefes, sino en los otros casos. Porque mientras se nos dice que los pilares de la casa (*house-post*) representaban groseramente los miembros fallecidos de una familia ordinaria, fabricados por los miembros de dicha familia, tenemos en el carácter especial de las efigies de los jefes, prueba de que son los sacerdotes los que los han ejecutado. El doctor Fernando Hochstetter dice:

«Las figuras esculpidas de maorís que se encuentran en las calles, son monumentos á la memoria de los je-

fes que, volviendo de los baños de Rotorna, sucumbieron en el camino á sus enfermedades. Algunas de estas figuras estan revestidas de trozos de vestidos ó cofias; y su particularidad más notable es la imitación exacta del tatuaje del fallecido, gracias á lo cual saben los maoris á quién fué dedicado el monumento. Ciertas líneas (del tatuaje) son peculiares á la tribu, otras á la familia, otras al individuo.»

Siendo los sacerdotes los que practicaban el tatuaje por profesión, y probablemente también las autoridades en cuanto á las marcas de tribu y de familia, se puede suponer muy bien que son los autores de estas imágenes de jefes, en las que se representaron las señales de la tribu, de la familia y del individuo.

Se encontraron ciertos usos entre los australianos que se refieren, si no directamente, al menos indirectamente, á estos hechos. Después de una ceremonia de iniciación en la tribu de los maringos, según Howd.

«Se talla por los ancianos (hechiceros) un rudo bosquejo de un hombre en la actitud de la danza mágica (con tal de que sea Daramulum), en la corteza de un árbol; la operación se verifica mientras las ceremonias, en el lugar en que uno de ellos ha hecho saltar un diente al novicio. En otro de los momentos de la ceremonia, se modela en tierra con arcilla otra figura semejante, y se la rodea de armas indígenas, que se dice haber inventado Daramulum.»

Aquí se ve, parece, que es Daramulum el héroe tradicional representado por las figuras que los magos (médicos ó sacerdotes) fabricaron cuando la ceremonia de iniciación; esta ceremonia es la consagración que se le hace de un novicio, y se considera al héroe como presente en la imagen; en el árbol se advierte

como un camino por donde se supone á Daramulum descenderá su imagen.

Por los pilares de casa que hemos mencionado más arriba y que se erigen en recuerdo de miembros de la familia, abordamos una serie de ejemplos procurados por los dioses penates. Los relatos que tenemos á propósito de diferentes razas en las diferentes partes del mundo, nos los hacen familiares. En lo que concierne á los kalmukos y los mongoles, que tienen ídolos domésticos de este género, nos dice Pallás que los sacerdotes son los pintores y los constructores de imágenes en cobre y arcilla.

Según Ellis, el culto de los ídolos de los malgaches «parecía haber nacido en un tiempo relativamente reciente, y mucho tiempo después de la existencia del culto de los dioses penates». Pero no se ve quién haya confeccionado unos y otros.

53. ¿Cómo el sacerdote que en los primeros tiempos esculpía él mismo las imágenes, se contentó más tarde con dirigir á los que las esculpían? Se comprenderá esto fácilmente, si se recuerda que existen relaciones análogas entre el artista y su subordinado entre nosotros, en nuestro tiempo. El escultor moderno no hace todo el trabajo que exige la ejecución de su obra, pero da la idea general á un ayudante experto, que recibiendo á intervalos las instrucciones respecto á los cambios necesarios, produce en barro un modelo; el maestro le da la forma definitiva; la reproducción en el mármol del modelo por otro práctico subordinado, se hace de la misma manera.

Es también evidente, sobre poco más ó menos, que los sacerdotes eran escultores en tiempos remotos en todo el Oriente, y algunos de ellos lo son hoy todavía. Dice Tennent, hablando de los cingaleses:

«Como en Egipto, los sacerdotes de Ceilán reglamentaban los modos del dibujo de las efigies de su divino maestro, según un formulario rígido, con el cual combinaban direcciones necesarias para el dibujo de la figura humana en los objetos sagrados.»

El Egipto que acaba de ser citado no facilitó sólo la prueba de que las figuras esculpidas á quienes se quería rendir culto fuesen prescritas por los sacerdotes, conforme á las tradiciones que conservaban; proporciona asimismo prueba manifiesta de que en ciertos casos eran sus autores efectivos. Mentu-Hotep, un sacerdote de la duodécima dinastía, es uno de los ejemplos.

«Habilísimo en trabajos artísticos, ejecutaba sus dibujos tales como debían copiarse. Estaba investido además de funciones religiosas y era el *alter ego* del rey. Dice su inscripción: «Yo fui quien presidió los trabajos de la construcción del templo.»

Una descripción de la dinastía XVIII habla de un tal Bek, arquitecto de Amenhotep IV, como del «discípulo del divino bienhechor», y por lo visto era un sacerdote que ejercía su función en este orden y vigilaba el trabajo de los demás. Se habla de él como siendo

«Vigilante de los trabajos de la montaña roja, artista y maestro del mismo rey, inspector de los escultores según modelos vivos, en los grandes monumentos del rey para el templo del disco del sol.»

Encontramos otro hecho. Dice Bek, hablando de sí mismo: «Mi maestro me hizo primer arquitecto. He inmortalizado el nombre del rey... Mandé hacer dos estatuas que le representaran en piedra dura y preciosa para el gran edificio, que es como el cielo... Así modelo yo las obras de arte, las estatuas.»

Los ejemplos que procura Grecia son *lógicos*, aunque poco numerosos. Curcio, hablando de las funciones de los cantores, compositores de música y artistas plásticos, dice «que el servicio del templo exige toda esa variedad de esfuerzos», y también que «los más antiguos escultores pertenecían á la clase sacerdotal». Añade en otra parte, á propósito de la escultura:

«En este último dominio de la actividad artística, dependían todas las cosas de los decretos sacerdotales y estaban en relaciones estrechas con la religión... Se consideraba á los artistas como á personas al servicio de la religión divina.»

Se puede juzgar hasta qué punto estaría ligada la escultura á la religión por este pasaje de Mahaffy, que dice que

«Los más significados escultores, pintores y arquitectos habían prodigado su trabajo y sus estudios en los edificios (del oráculo de Delfos). Aunque Nerón hubo adquirido 500 estatuas de bronce, el viajero estimaba el número de las obras de arte que quedaban, en más de 3.000 todavía, y parecían haber sido estatuas casi todas.»

Con motivo de la marcha del desenvolvimiento profesional se puede hacer notar que, aunque en la cultura griega la manera de representar las diferentes divinidades fuese, como en Egipto y en las Indias, tan por completo fijada en lo que atañe á las aptitudes, la habilidad y los accesorios, que todo cambio hubiese sido un sacrilegio, el arte del escultor conculcado en su desenvolvimiento cuando su función, sacerdotal en parte, estaba bajo la intervención del sacerdote, comenzó á emanciparse y á perder su carácter sagrado desde que en los frontones de los templos, por ejemplo, se hizo representar figuras profanas y otros

objetos que no eran precisamente los del culto. Por lo visto se vulgarizó la escultura por transiciones de este género.

Los operarios ocupados en cincelar las estatuas y los relieves bajo las órdenes de los sacerdotes se consideraban simplemente como una clase superior de artesanos y no se consideraban como artistas. Pero desde que se sustrajeron á la mencionada intervención incesante, ejecutaron obras de una manera independiente, hicieron apreciar su habilidad artística y llegaron á ser «celebridades efectivas, cuyos talleres eran frecuentados por los reyes».

A las razones ya indicadas más de una vez, según las cuales el desenvolvimiento normal de las profesiones en Roma fué alterado ó difícil de seguir, se puede añadir una razón especial en lo que respecta á la profesión de escultor. Dice Mommsen con este motivo:

«El primitivo culto romano no tenía imágenes de los dioses, ni edificios que les estuviesen reservados; y aunque fuese el dios adorado en una época antigua en el Lacio bajo la forma de una imagen, y tuviese una capillita (*aedicula*) construida para él, probablemente á imitación de los griegos, las figuras de este género estaban consideradas como contrarias á las leyes de Numa.»

La precedente nota y alguna otra concerniente á que la representación de los dioses era generalmente mirada como una innovación impura y extraña, parece estar de acuerdo con este pasaje de Duruy:

«Hasta después de los Tarquinos, las imágenes de los dioses, obras de artistas etruscos, no se hacían aún más que en madera y barro, como la de Júpiter en el Capitolio, y como la cuadriga colocada en la cima del templo.»

El desprecio que invadía á los romanos respecto de cualquiera otro estado que no fuese el militar, y el que tenían para el arte, y los artistas de los pueblos conquistados, dieron por consecuencia que los escultores y pintores de tiempo de los Césares fuesen por lo general esclavos y libertos. Es probable que los sacerdotes no se ocupasen en la escultura, sino para prescribir la manera cómo tal ó cual dios debía ser representado.

54. Los documentos que llegaron hasta nosotros relativos á los primeros tiempos del cristianismo, vienen en apoyo de la ley general de la evolución, en que muestran lo poco especializado que al comienzo estaba el arte del dibujo. Se ha notado á menudo, que en una época relativamente moderna, la separación entre las categorías de actividad mental estaba mucho menos señalada de lo que estuvo después: ved, por ejemplo, á Leonardo de Vinci, que era un hombre de ciencia y un artista, Miguel Angel, que á la vez era poeta, arquitecto, escultor y pintor. Esta reunión de funciones parece haber sido cada vez en mayor medida la regla en las épocas anteriores. Los ejemplos relativos al arte del escultor, se descubren mezclados con los que refieren á las artes semejantes. Dice Emerico David: «Los mismos maestros eran plateros, arquitectos, pintores, escultores y á veces poetas, al mismo tiempo de ser abades y hasta obispos». Sabemos por Challamel y otros, á propósito de los galofrancos, que el arte industrial principal era la orfebrería, cuyas grandes escuelas estaban constituidas por ciertos monasterios, que los grandes artistas de este género eran monjes, y que fabricaban objetos de plata, vagi-llas sagradas, decoraciones, monumentos funerarios, etcétera. Vemos, por lo que precede, que el arte del

escultor de figuras sobre los monumentos, era una ocupación sacerdotal. Lo que dice Emerico David, implica también que en el siglo X Hugues, monje de Montier-en-Der, era pintor y estatuario. Otras pruebas de que variados oficios de arte eran ejercidos por la clase sacerdotal, nos las procuran Lacroix y Seré, que dicen que al comienzo del siglo XI un monje llamado Odoran hacía relicarios y crucifijos en oro, plata y piedras preciosas. A mediados del siglo XII, otro monje, Teófilo, era á la vez pintor de manuscritos, de vidrios y esmaltador de orfebrería.

No encuentro prueba alguna de este parentesco en Inglaterra durante los tiempos antiguos. Los más antiguos documentos, se refieren á épocas en que las artes plásticas, (en las cuales colaboraron siempre, sin duda, asistentes laicos que desempeñaron el trabajo material bajo la dirección de los sacerdotes, vaciando la escultura de los monumentos en piedra bruta, según las indicaciones recibidas), pasaron á manos de los operarios laicos. Como fueron antiguamente tan sólo artesanos hábiles, cuando monopolizaron su trabajo, empezó á considerarse, y así siguió durante mucho tiempo, como una obra de artesanos. De ahí que

«Antes del reinado de Carlos I parece que apenas fué el escultor considerado como artista... Nicolás Stone era el escultor más en voga. Era el maestro de albañil (*master-mason*) del rey.»

Puedo añadir que en los antiguos tiempos los monjes (San Dustán, por ejemplo), se ocupaban en fabricar detalles de edificios eclesiásticos, relieves para las ventanas y otros detalles de ese género. Se cuenta que cuando esculpían cabezas para servir de gargolas, se divertían á las veces haciéndose caricaturas unos de otros.

55. Las fases recientes del desenvolvimiento de la escultura no se dejan definir fácilmente. Pero parece ser que se produjo en los tiempos modernos un proceso parecido al que se produjo en Grecia. Durante los primeros tiempos de la secularización de su oficio, el escultor en mármol conservó su carácter tradicional de artesano superior. Sólo con el trascurso del tiempo, á medida que se utilizó su habilidad para otras obras distintas de las sagradas, se hizo independiente y comenzó á adquirir reputación como artista. Su posición creció en fama en el tanto proporcional en que ha dirigido sus esfuerzos hacia objetos independientes de la religión.

Hagamos observar, sin embargo, que hasta ahora guarda todavía la escultura, en un grado considerable, su carácter primitivo de subordinación al culto de los antepasados. Una efigie esculpida en mármol, en una iglesia cristiana, no difiere apenas, en cuanto á su significación, de una figura en madera, de un muerto en la tumba, tan del tipo de una sociedad salvaje ó medio civilizada. En los dos casos, el hecho de hacer esculpir una imagen y la conducta que hacia ella se mantiene después, implican el mismo sentimiento: hay siempre algo, más ó menos, de temor ó de respeto. Además, la escultura continúa siendo ampliamente empleada para expresar este sentimiento, no sólo en las iglesias, sino en las casas. La conservación de un busto por los descendientes implica generalmente un reconocimiento de los méritos del original, y es en débil medida un acto de adoración.

Resulta que sólo la escultura que no está consagrada á la representación de personas muertas en los edificios públicos ó privados, ó en las plazas públicas, puede considerarse como secularizada en absoluto. El

que busca sus asuntos en los mitos antiguos, en la historia ó en la vida que le rodea, puede ya mirarse como escultor que perdió toda huella de su carácter sacerdotal originario.

Reconociendo el carácter completo del proceso de diferenciación, nada hay que añadir aquí respecto á la marcha de la integración. No llegaron á ser los escultores bastante numerosos todavía para formar asociaciones enteramente independientes. Consideraremos en el capítulo que sigue las combinaciones que han podido surgir entre ellos á propósito de las combinaciones existentes entre los pintores.

CAPITULO XI

EL PINTOR

56. La representación ilustrada, en sus formas más groseras, no sólo no precede á la civilización, sino que todavía se pueden buscar sus huellas incluso en el hombre de la prehistoria. Los dibujos de animales por medio de líneas grabadas sobre osamentas descubiertas en la Dordoña y en otras partes, ofrecen de ello prueba, y ciertas pinturas murales encontradas en cavernas de lugares muy diversos, muestran en las razas salvajes existentes ó en sus antepasados, cierta habilidad para representar las cosas por líneas y colores.

Pero si pasáramos por cima de hechos aislados que caen fuera del desenvolvimiento del arte de la pintura durante la civilización, y si partiéramos de los comienzos del arte de pintar que los pueblos no civilizados transmitieron á los civilizados, veríamos cómo, evidentemente que la cultura y la pintura fueron contemporáneas. Porque, excluyendo como no perteneciendo á la pintura la aplicación de colores sobre el cuerpo humano, con lo que intentan los salvajes inspirar temor ó admiración, encontramos que la pintura sirve desde luego para completar la imagen del muerto destinada á ser colocada ante su tumba y se pinta la imagen esculpida á fin de obtener una semejanza

que busca sus asuntos en los mitos antiguos, en la historia ó en la vida que le rodea, puede ya mirarse como escultor que perdió toda huella de su carácter sacerdotal originario.

Reconociendo el carácter completo del proceso de diferenciación, nada hay que añadir aquí respecto á la marcha de la integración. No llegaron á ser los escultores bastante numerosos todavía para formar asociaciones enteramente independientes. Consideraremos en el capítulo que sigue las combinaciones que han podido surgir entre ellos á propósito de las combinaciones existentes entre los pintores.

CAPITULO XI

EL PINTOR

56. La representación ilustrada, en sus formas más groseras, no sólo no precede á la civilización, sino que todavía se pueden buscar sus huellas incluso en el hombre de la prehistoria. Los dibujos de animales por medio de líneas grabadas sobre osamentas descubiertas en la Dordoña y en otras partes, ofrecen de ello prueba, y ciertas pinturas murales encontradas en cavernas de lugares muy diversos, muestran en las razas salvajes existentes ó en sus antepasados, cierta habilidad para representar las cosas por líneas y colores.

Pero si pasáramos por cima de hechos aislados que caen fuera del desenvolvimiento del arte de la pintura durante la civilización, y si partiéramos de los comienzos del arte de pintar que los pueblos no civilizados transmitieron á los civilizados, veríamos cómo, evidentemente que la cultura y la pintura fueron contemporáneas. Porque, excluyendo como no perteneciendo á la pintura la aplicación de colores sobre el cuerpo humano, con lo que intentan los salvajes inspirar temor ó admiración, encontramos que la pintura sirve desde luego para completar la imagen del muerto destinada á ser colocada ante su tumba y se pinta la imagen esculpida á fin de obtener una semejanza

siempre grosera. He ahí el primer paso en la evolución de las figuras pintadas de los jefes y de los reyes divinizados, estatuas pintadas de los héroes y de los dioses.

Vamos á apreciar mejor esta verdad, si nos fijamos en que la diferenciación completa entre la escultura y la pintura que existe ahora, no existía entre los pueblos antiguos. En las épocas antiguas todas las estatuas estaban pintadas; el objeto de esta práctica era producir de alguna suerte el parecido más vivo del ser cuya memoria se quería celebrar.

57. Las imágenes de los jefes muertos de Nueva Zelanda, de que se habló ya, y que presentan tatuajes parecidos á los originales, son ejemplos de los primeros ensayos hechos para perfeccionar la representación de las personas fallecidas, con señales superficiales y colores; y los ídolos conservados en nuestros museos—no sólo pintados, sino provistos de dientes y ojos artificiales—muestran de modo evidente esta unión original entre las dos artes.

Muy pocos hechos nos facilitan los viajeros en apoyo de la idea de que los sacerdotes fuesen los pintores, así como los escultores de esas imágenes. Escribe Burke, á propósito de los apaches: «Todos los encantamientos, ídolos, talismanes, casquetes que sanan y otros atributos sagrados deberían estar hechos ó bendecidos al menos por los practicantes de la medicina.» Pero aunque la intervención del sacerdote primitivo sino conmotivo de la pintura de los ídolos, no se sienta con reservas y en parte, tenemos pruebas evidentes de esta intervención en otras representaciones pintadas del género religioso. Dice M. Cushing, haciendo la descripción de ciertos «pictógrafos» en arena:

«Cuandodurante mi primera estancia entre los zúñis

descubri este arte muy en boga entre los sacerdotes y magos de las tribus y los miembros de las sociedades de culto, lo llamé pintura seca ó en polvo. Las pinturas producidas se suponen estar sombreadas espiritualmente. Sucede como si hubiesen recibido el soplo de los dioses ó de los dioses animales (*god-animals*) que representan durante los encantamientos y las invocaciones de los ritos... Se puso en claro de nuevo esta práctica de los zúñis y el uso que hacen de estas pinturas vivificadas, en el supuesto, con la práctica análoga, consistente no sólo en pintar fetiches en piedra, etc., y á veces ídolos mayores y en lavar esta pintura en seguida por el uso más atrás descrito, sino también en practicar *la pintura con polvo al relieve*. Es decir, que modelan efigies en arena á las veces de talla considerable, de hombres y animales divinizados, de montañas sacramentales, etc., pintándolas en polvo, al mismo tiempo que el resto de las imágenes; y las quitan luego la pintura para un uso medicinal ó para cualquiera otro uso ceremonial.»

Pero la prueba más clara nos la proporcionan los indios navajos. El doctor Washington Matthews, en un artículo sobre el «Canto de las montañas, una ceremonia de navajos», dice:

«Los hombres que hacen la mayor parte de los trabajos de pintura, bajo la dirección del chantre, han sido iniciados (cuatro veces) pero no tienen necesidad de ser médicos hábiles, ni aspirantes al título de *shaman*... Las pinturas se dibujan conforme á un sistema preciso. Se ve á menudo al *shaman* corregir lo que hacen los obreros y hacerles borrar y volver á comenzar su obra. En ciertos casos, bien definidos, se permite seguir al artista su fantasía individual. Esto sucede con las magníficas bolsas bordadas que los dioses lle-

van colgadas de la cintura. Dentro de límites prudentes, puede el artista dar á su dios una bolsa tan hermosa como desee. Por otro lado, ciertas partes de las figuras están medidas por la palma ó la longitud de la mano, y el dibujo sagrado no debe discrepar ni una línea (1).»

Es cierto, pues, que el arte de la pintura, en sus primeras fases, versa sobre asuntos sagrados, y el sacerdote, si no era su ejecutor por sí mismo, dirigía á los que ejecutaban el trabajo.

58. Los restos y los anales de los pueblos históricos antiguos, suministran hechos que sugieren conclusiones semejantes.

(1) Estos últimos pasajes me produjeron sorpresa grande, al mismo tiempo que viva satisfacción. Citando las pruebas que nos proporcionan los egipcios, iba á añadir un hecho que me recordaba (sin recordar quién le había dado á conocer), el hecho de las pinturas murales—en las tumbas de los reyes, si no me engaño,—en que un superior aparece corrigiendo los dibujos de sus subordinados, é iba á emitir la idea de que á juzgar por las relaciones íntimas entre el sacerdocio y las artes plásticas ya demostradas, era este superior un sacerdote. Y caigo aquí de repente en un hecho que lo confirma, proporcionado por una cultura más antigua todavía: el sacerdote es el director de las obras del pintor, si no es el mismo que las ejecuta. Estos pasajes suministran otra verificación importante. Las partes esenciales de la imagen son materias sagradas, y son ejecutadas según reglas muy rigurosas; pero para ciertas partes no esenciales del decorado, está permitido al artista que lo ejecuta dejar libre curso á su imaginación. Tiende esto á confirmar la conclusión deducida ya del arte griego. Porque mientras que en el templo griego era fija la manera de la representación del dios, de tal suerte que todo cambio era cosa sacrilega, se permitía al artista usar de cierta libertad en el dibujo y la ejecución de las partes periféricas del conjunto. Podía ejercitar su imaginación y su habilidad en las figuras esculpidas en el frontón y las metopas; y allí fué donde se desenvolvió su genio artístico.

En América existían, según ya se demostró, curiosas transiciones entre el culto tributado al mismo difunto y el que se tributaba á su imagen, es decir, casos en que la figura estaba formada de partes de su cuerpo unidas á partes artificiales. El valle del Nilo ofrece otras transiciones. A propósito de los etíopes macrobiosos, refiere Herodoto el hecho extraño que sigue:

«Cuando han disecado el cuerpo, sea como hacen los egipcios, sea de cualquier otro modo, lo revisten por completo de yeso y le pintan, le dan la más acertada apariencia de vida real, le entierran enseguida en una columna vacía hecha de cristal.»

Y hacen ofrendas á esta momia enyesada, pintada, encerrada en vidrio. El uso egipcio no difería de éste sino simplemente en la manera de guardar y de pintar esta momia: el sarcófago era opaco, y, por consiguiente, la pintura exterior. Porque la representación esculpida y pintada de una figura humana en el exterior de la caja que contiene la momia, era, sin duda, una representación convencional y estereotipada del que la ocupaba; puesto que en todos los casos de este género el culto de los antepasados—dirigido á particulares ó á potentados de grande y de pequeña importancia—era una religión, la pintura empleada de esta manera era un arte religioso.

Los principales asuntos de las pinturas murales egipcias fueron el culto y el combate, y el último no era, de hecho, sino una forma del primero, puesto que las pinturas de combates victoriosos son glorificaciones, bien de jefes cuya memoria se conserva, bien de dioses con ayuda de los cuales se ha vencido, ó bien de unos y otros. En las sociedades antiguas, el sacrificio de los enemigos es un sacrificio religioso, como se

ve entre los hebreos por la conducta de Samuel hacia Agar. La pintura en estos frescos egipcios tiene, pues, un uso sagrado.

Vimos ya que en el antiguo Egipto, el sacerdote era el escultor primitivo; y la asociación entre la pintura y la escultura era tan íntima, que se puede deducir que era también el pintor originario, sea por modo inmediato, sea por delegación. Porque, si como hace observar Brugsh, el arte egipcio «estaba encerrado y atado por lazos que el artista no osaba romper por miedo de violar las órdenes tradicionales y los usos antiguos», resulta que los sacerdotes eran los depositarios de las tradiciones, guiaban las manos de los que pintaban imágenes, si no las pintaban ellos por su cuenta. Mas hay pruebas directas. Dice Erman: «Bajo el imperio antiguo, el gran sacerdote de Memfis era considerado como su jefe; en efecto, tenía el título de director en jefe de los artistas (*chief leader of the artists*)» y ejercía realmente esta función. En otro pasaje en que describe la manera como se administraba el gran templo de Amón, nos dice que el dios Theban tenía sus propios pintores y sus propios escultores, que estaban los unos y los otros bajo la vigilancia del segundo profeta. Tal vez haya sucedido que, como en los casos de los indios de que se ha hablado, estos obreros pintores hubiesen pasado por alguna iniciación religiosa y fuesen revestidos de un carácter semi-eclésiástico.

A propósito de este empleo de la pintura en las cosas sagradas de Egipto, puedo añadir pruebas suministradas por una religión existente. Dice Tenmem, respecto de los budhistas de Ceylán:

«El escultor y el pintor concurrían juntos con su trabajo para producir las imágenes de Budha, que es-

tán pintadas siempre en imitación de la vida; cada rasgo de su cara y de sus cabellos era conforme á la autoridad divina; y la ceremonia de la «pintura de los ojos» se observaba por los budhistas como una fiesta solemne.»

Es interesante advertir que en sus imágenes murales, nos muestre Egipto transiciones de la escultura á la pintura propiamente dicha. En el género más aproximado á la escultura, las figuras pintadas surgían de la línea general y formaban un bajo relieve. En el género intermedio, el *relief-en-croix*, las superficies de las figuras pintadas no emergían por cima del nivel general, pero los contornos estaban grabados y las superficies se hacían convexas. Y cuando, por último, se dejó de tallar y de redondear, surgió la pintura.

Entre los griegos de igual suerte, se empleaba la pintura en hacer representaciones perfectas de los personajes venerados, grandes ó pequeños; estatuas en los templos y figuras colocadas en *stela*, con las cuales se conmemoraba, según costumbre, á los padres muertos, obras que esculpidas en relieve eran—asi podemos suponerlo, al menos—pintadas como otras figuras esculpidas, exactamente á como lo eran las de los sarcófagos etruscos. Ha sido procurada recientemente una justificación de este resultado, por el descubrimiento de ciertos restos que mostrándonos el uso del color en estos monumentos conmemorativos, nos hacen ver asimismo la transición de las figuras pintadas en relieve á las figuras pintadas sin relieve. Exploraciones hechas en Chipre por M. A. Smith, del Museo Británico, han puesto en claro:

«Una serie de *stelae* ó lápidas sepulcrales de piedra caliza, en las que se pintaban figuras de las personas

conmemoradas. La superficie de la piedra está preparada con un fondo blanco sobre el cual se pinta la figura en colores de un modo que recuerdan buen número de frescos de Pompeya.»

La pintura empleada aquí para el culto de los antepasados es, en este sentido, de orden religioso. Apenas tenemos hechos, respecto de otros usos antiguos, de la pintura entre los griegos. Leemos que antes de la guerra de los persas, la pintura apenas servía más que para el decorado de los edificios sagrados y para algunos otros usos religiosos, por ejemplo, para pintar ó imitar los bajo relieves, ó para representar ritos religiosos en los vasos y otras cosas por el estilo. El siguiente pasaje sacado de Winckelmann, esta de acuerdo con el que precede:

«La razón de los progresos más lentos de la pintura gime en parte en el arte mismo y en parte en el uso y la aplicación que de él se hacían. La escultura favorecía el culto de los dioses, y era á su vez favorecida por éste. Pero no gozaba la pintura de ventaja semejante. Estaba, sin duda, consagrada á los dioses y á los templos; y algunos de estos últimos, como el de Juno en Samos, eran galerías de pinturas; lo mismo en Roma, las pinturas de los mejores artistas estaban colgadas en los muros del templo de la paz, es decir, en las partes superiores ó entre los arcos. Pero la pintura no parece haber sido entre los griegos un objeto de veneración y de adoración santo y seguro.»

Este desenvolvimiento, lento relativamente, de la pintura, era debido á su subordinación primitiva á la escultura. Su desenvolvimiento independiente no podía adquirir cierto impulso, sino cuando por transiciones graduales como las que han sido indicadas más arriba, llegó la pintura á ser un arte independiente; y em-

pleada primero en el decorado de los templos, adquirió, como la escultura, un impulso que la puso al servicio de las partes subordinadas y menos sagradas.

En parte, porque la naturaleza griega y la estructura relativamente incoherente de la nación griega impidieron la formación de una jerarquía eclesiástica, con los desenvolvimientos normales que de ella resultan, y en parte—quizá principalmente—porque la civilización griega fué en tan alto grado influenciada por las civilizaciones más antiguas y vecinas, la marcha ulterior de la evolución en el arte y la práctica de la pintura se interrumpió. Todo lo que podemos decir, es que la secularización se hizo aparente en períodos ulteriores de la vida griega. Aunque antes del tiempo de Zeuxis se ocuparon varios pintores en asuntos semi-profanos, tales como batallas y en otros asuntos del todo profanos, destinadas generalmente sus pinturas á las partes menos importantes de los templos, y guardando el propósito de representar hazañas realizadas por los antepasados, conservaban trazas todavía de origen religioso del arte. Debe, pues, tenerse en cuenta esa nota á la observación (citada por mister Poynter) de Luciano, de que Zeuxis ya no se cuidaba de «representar á dioses, héroes y batallas, asuntos desacreditados y familiares».

59. Las primeras fases en la historia de la pintura y de los que la ejercían, después del establecimiento del cristianismo, fueron muy confusas por la influencia del arte pagano, tal como existía entonces. Hasta después de que el arte italiano, el más antiguo—de género religioso como otras artes antiguas, en casi todos sus asuntos—hubo sido destruido prácticamente por los invasores bárbaros, no nació el arte característico cristiano que alboreó gracias á la introducción de los

métodos y usos que habían sido conservados y desenvueltos en Constantinopla; este arte, enteramente consagrado á sagrados usos, tenía por únicos ejecutores á los sacerdotes. Monasterios de Constantinopla, de Tesalónica y del Monte Athos, dice M. Poynter, «artistas y maestros griegos pasaron á todas las provincias de Europa meridional»; y, por consiguiente, durante un período largo prevaleció el estilo bizantino en todas partes.

Muy escasos hechos demuestran las relaciones ulteriores entre el sacerdote y el pintor en la antigua Europa cristiana. Encontramos uno en el siglo IX:

«Bogoris, el primer rey cristiano de los búlgaros, solicitó del emperador Miguel los servicios de un pintor competente para decorar su palacio. «El emperador envió (de monje) á Metodio á la corte búlgara.»

La continuidad de esta relación se demuestra por el siguiente pasaje de la historia de Eastlake:

«En la práctica de las artes, como en las raras ocupaciones más elevadas, cultivadas ó permitidas durante la edad de las tinieblas, los monjes permanecieron mucho tiempo independientes de toda asistencia secular. No sólo las pinturas, sino las vidrieras, los cálices de oro y de plata, los relicarios, en una palabra, todo lo que pertenece al decorado y al servicio de la Iglesia, era imaginado y ejecutado á las veces por ellos; y hasta los siglos XIII y XIV en que comenzó á esparcirse por el mundo en general el saber refugiado en los monasterios, no se emancipó la pintura (hasta cierto punto) de esa protectora tutela pero rígida.»

Hermanado con la práctica de la pintura iba también el conocimiento del arte subordinado de la preparación de los colores. En un pasaje ulterior dice Eastlake:

«Hablando Cimini de la manera de preparar cierto color, dice que la receta podría ser fácilmente obtenida de los monjes en particular.»

Otro pasaje implica el primer paso dado en el camino de la secularización:

«Los colores y otros materiales si no se obtenían por los monjes que habían conservado los antiguos usos del claustro, eran procurados por el farmacéutico.»

Y en la divergencia entre pintores laicos y pintores eclesiásticos, resultan progresos nuevos de lo que dice Laborde, citado por Lavasseur, á saber: que los iluminadores (coloristas) del siglo XIII, eran monjes en su mayor parte, pero que en los siglos XIV y XV les hacían los laicos competencia. Se mencionan diferentes pintores de varias clases, algunos al óleo. Continuaron los pintores siendo iluminadores; pintaban también retratos y trataban algunos asuntos sagrados.

Durante todo el período antiguo, el arte cristiano, consagrado exclusivamente á asuntos sagrados, se adhería de un modo rígido á los modos de representación autorizados como en el antiguo pagano, egipcio ó griego. En la pintura religiosa continuó verificándose esta intervención hasta en el último siglo; en España se promulgó una ley con el título de *Pictor Christianus* relativa á la pintura sagrada, que prescribe la composición de las pinturas de manera detallada. La reglamentación aun existe ahora. M. Didron, que visitó las iglesias y los monasterios de Grecia en 1839, dice:

«Ni el tiempo ni el lugar pone nada en el arte griego; en el siglo XVIII, el pintor *moreote* continúa y calca al pintor veneciano del siglo X, el pintor atonita del V y del VI. La costumbre de los personajes es en todas partes y en todos los tiempos la misma, no sólo por la forma, sino por el color, por el dibujo, hasta por el

número y el espesor de los pliegues... No se podría llevar más lejos la exactitud tradicional, la esclavitud del pasado.»

Y sir Emerson Tenwent cita á propósito del paralelismo que existe entre el código rígido á que obedecían los monjes artistas del Oriente, y el código no menos rígido seguido por los budhistas de Ceylán, un incidente característico á propósito de estos sacerdotes pintores del monte Athos, que fabricaban pinturas, según modelo, «casi con la rapidez de una máquina». M. Didron deseaba poseer una copia del código de instrucciones «dirigido por la autoridad eclesiástica», pero, cuando solicitó al artista para vender la «biblia de su arte», el artista rehusó ingenuamente, contestando que «al perder su guía, perdía su arte, perdía sus ojos y sus manos».

60. En lo que concierne á las más recientes fases en la aparición del pintor laico, bastará decir que, á partir de la época de Cimabue, comenzó á emanciparse del estilo rígido y formalista de los sacerdotes artistas bizantinos y predominó en sus obras el elemento laico. En medio de cierto número de pintores evidentemente no eclesiásticos, no se cita sino un escaso número de clérigos, como Don Lorenzo, Fra Giovanni, Fra Filippo Lippi, Fra Bartolomeo. Pero en este tiempo hay que observar que los pintores seculares servían de asistentes á los sacerdotes para la ejecución de sus obras; se ven, pues, generalmente y á menudo, exclusivamente ocupados en asuntos sagrados.

Al mismo tiempo que se operaba la diferenciación entre el sacerdote laico y el pintor eclesiástico, comenzó la diferenciación de los pintores entre sí; y los muertos nos revelan que fueron graduales los comienzos y no súbitos, como habríamos podido imaginárnos-

los. Aprendí con un miembro de la Academia de Bellas Artes, que la primera forma del retrato (dejando á un lado algunos pintados bajo la influencia clásica que había sobrevivido á esta época, la más antigua, antes de que fuese ese arte extinguido por los bárbaros) fué la que resultó de donativos místicos; el donante de una pintura sagrada á una iglesia ó á otro edificio eclesiástico, estaba autorizado para hacerse representar asimismo en una esquina del cuadro, de rodillas, con las manos unidas en actitud suplicante.

Algo semejante se manifiesta en otra forma del arte. Los paisajes hicieron su primera aparición en forma de *backgrounds* modestos y restringidos, en pintura, representando personajes é incidentes sagrados, cuya composición muestra falta de naturalidad en la composición de las figuras. Con el tiempo adquirieron gran importancia; duró mucho tiempo como cosa subordinada. Cuando cesó de ser la pintura de paisaje un mero acompañamiento accesorio bajo su forma secularizada, se emancipó solo parcialmente de la pintura de figuras. Cuando se desarrolló en una rama reconocida en el arte con el nombre de «paisajes con figuras» (*lands-capes with figures*), era generalmente todavía algo accesorio; siempre se creyó, y hasta en nuestros días, que debían representarse en el paisaje algunos seres vivientes. El paisaje puro y simple sin representación de figuras humanas es casi de ahora mismo, si bien ya muy frecuente.

Diferentes clases y subclases de artistas, clara ó implícitamente diferenciadas, bullen en todos esos géneros ú otros ya especializados de pintura: algunas están diferenciadas por la naturaleza de los asuntos tratados, y otras por la naturaleza de los materiales utilizados.

61. Por fórmula, para completar este tratado, conviene añadir que aquí, como en el resto de las profesiones, todas estas unidades se distinguen en una sociedad llenando funciones de cierta clase, comenzando enseñada, tan luego como se separan unas de otras, á unirse entre sí. Individuos especializados forman un agregado especial.

Cuando en la Edad Media los artistas empleados como operarios de los sacerdotes en el decorado eclesiástico se hicieron una clase aparte, formaron algo semejante á corporaciones. Lavasseur, citando á Laborde, dice que se les distinguía apenas de los artesanos: como ellos, formaban corporaciones con el nombre de *pointres, tailleurs d'ymages et voirriers*. En Italia, durante el siglo XIV, surgió una cofradía de pintores que, tomando por patrono á San Lucas evangelista, tenía por objetivo, en parte, la instrucción recíproca, y en parte la asistencia y la protección mutuas.

El hecho de que en los tiempos modernos la tendencia á la integración es manifiesta, es familiar á todos. No hay que advertir que el desenvolvimiento de las principales corporaciones de arte ha ido seguido por la fundación de corporaciones de arte menores, especializadas algunas según el género de arte que practican; y tampoco que la incorporación de la profesión está ahora facilitada por publicaciones periódicas de arte, y particularmente en Inglaterra por una, «The Artist», consagrada á la cultura é intereses profesionales.

CAPITULO XII

LA EVOLUCIÓN DE LAS PROFESIONES

62. El adagio que dice que «no pueden colocarse cabezas de ancianos sobre hombros de jóvenes», expresa figuradamente, entre otras verdades, la afirmación de que las creencias que resultan en la juventud de la inexperiencia, unida á la carencia de disciplina para el pensamiento y el sentimiento, no pueden, sino después de muchos años, reemplazarse por creencias que son fruto de un saber más extenso y de facultades mentales mejor equilibradas. Y lo mismo que es ordinariamente imposible adelantar los resultados del desenvolvimiento y de la cultura del espíritu, así no se puede, durante sus primeras fases, provocar desconfianza alguna respecto de las convicciones que entonces se formen, como si debiera formarse, con la percepción de que tiene que aprender más todavía.

No puedo callar esta nota general, por cándida que sea en el fondo, á propósito del cambio profundo que el estudio de gran número de pueblos en lugares y épocas diferentes provoca en las ideas que tienen relación con la organización social; ideas que no sólo son las de los jóvenes, sino también las de la mayoría de las gentes, las cuales, relativamente á la manera de estudiar, son jóvenes también. Porque un estudio pacienzudo y una reflexión detenida, dan por mani-

61. Por fórmula, para completar este tratado, conviene añadir que aquí, como en el resto de las profesiones, todas estas unidades se distinguen en una sociedad llenando funciones de cierta clase, comenzando enseñada, tan luego como se separan unas de otras, á unirse entre sí. Individuos especializados forman un agregado especial.

Cuando en la Edad Media los artistas empleados como operarios de los sacerdotes en el decorado eclesiástico se hicieron una clase aparte, formaron algo semejante á corporaciones. Lavasseur, citando á Laborde, dice que se les distinguía apenas de los artesanos: como ellos, formaban corporaciones con el nombre de *pointres, tailleurs d'ymages et voirriers*. En Italia, durante el siglo XIV, surgió una cofradía de pintores que, tomando por patrono á San Lucas evangelista, tenía por objetivo, en parte, la instrucción recíproca, y en parte la asistencia y la protección mutuas.

El hecho de que en los tiempos modernos la tendencia á la integración es manifiesta, es familiar á todos. No hay que advertir que el desenvolvimiento de las principales corporaciones de arte ha ido seguido por la fundación de corporaciones de arte menores, especializadas algunas según el género de arte que practican; y tampoco que la incorporación de la profesión está ahora facilitada por publicaciones periódicas de arte, y particularmente en Inglaterra por una, «The Artist», consagrada á la cultura é intereses profesionales.

CAPITULO XII

LA EVOLUCIÓN DE LAS PROFESIONES

62. El adagio que dice que «no pueden colocarse cabezas de ancianos sobre hombros de jóvenes», expresa figuradamente, entre otras verdades, la afirmación de que las creencias que resultan en la juventud de la inexperiencia, unida á la carencia de disciplina para el pensamiento y el sentimiento, no pueden, sino después de muchos años, reemplazarse por creencias que son fruto de un saber más extenso y de facultades mentales mejor equilibradas. Y lo mismo que es ordinariamente imposible adelantar los resultados del desenvolvimiento y de la cultura del espíritu, así no se puede, durante sus primeras fases, provocar desconfianza alguna respecto de las convicciones que entonces se formen, como si debiera formarse, con la percepción de que tiene que aprender más todavía.

No puedo callar esta nota general, por cándida que sea en el fondo, á propósito del cambio profundo que el estudio de gran número de pueblos en lugares y épocas diferentes provoca en las ideas que tienen relación con la organización social; ideas que no sólo son las de los jóvenes, sino también las de la mayoría de las gentes, las cuales, relativamente á la manera de estudiar, son jóvenes también. Porque un estudio pacienzudo y una reflexión detenida, dan por mani-

fiesto este hecho: que diversas instituciones contra las cuales ahora se mantienen vigorosos prejuicios, han sido esenciales no obstante; y que el desenvolvimiento de la sociedad ha sido determinado en todas partes por los factores políticos y eclesiásticos en particular, cuyo carácter vive condenado por los más elevados elementos y se muestra incompatible con un ideal social avanzado.

El que siente gran aversión para las reglas autocráticas se decide muy contra su alma á reconocer semejante verdad; sin una regla autocrática, la evolución de la sociedad no habría podido comenzar, y el que repugna la intervención del sacerdote, no llega á persuadirse sin muchas dificultades de que en las épocas antiguas era cosa necesaria tal intervención. Pero el examen de las pruebas, aunque sienta estos hechos generales, pone de manifiesto asimismo el hecho de que en la naturaleza de las cosas, los agregados de hombres de que salen las sociedades organizadas, deben, al pasar de lo homogéneo á lo heterogéneo, haber revestido primero la forma en la cual predomina un solo individuo, sirviendo un núcleo del grupo de centro de iniciación para todas las fases subsiguientes del desenvolvimiento. De este modo, en lo futuro y á medida que la sociedad avance, y sobre todo en lo futuro, y á medida que el tipo militar vaya cediendo su puesto al tipo industrial, la intervención centralizada y coercitiva, política y eclesiástica, *deviene* menos necesaria y tiene una representación cuya importancia disminuye continuamente en la evolución social; sin embargo, ahí están los hechos para constreñirnos á admitir que al comienzo la intervención del poder era indispensable. En las instituciones profesionales encontramos nuevos ejemplos de esta generalización sobre los

apuntados en las instituciones políticas y eclesiásticas. Como demostraron los precedentes capítulos, nacen todas las profesiones de la diferenciación del elemento que, comenzando por ser político, llega á ser, por la deificación del jefe muerto, político-eclesiástico, y desenvuelve en seguida las profesiones principalmente por de fuera de su elemento eclesiástico. Egipto, que por sus anales y sus varios monumentos revela bien las fases antiguas del progreso social, nos hace ver cómo al principio funciones gubernamentales diferentes, las funciones profesionales inclusive, se confundían en el rey y en el grupo que le rodeaba. Dice Tiele:

«No era apenas posible en los primeros tiempos un conflicto entre la autoridad del sacerdote y la del rey, porque entonces los reyes, sus hijos y los principales oficiales del Estado eran los sacerdotes principales, y la dignidad del sacerdote no estaba ni separada de otras funciones, incluso civiles, ni considerada como incompatible con ninguna.»

Y además:

«Los oficios de los sacerdotes eran funciones del Estado..., que no diferían del todo, en naturaleza, de las del comandante de tropas, ni de las del gobernador de distrito, del arquitecto y camarlengo. En efecto; las dos especies de funciones eran, la mayor parte del tiempo, realizadas por las mismas personas.»

Y puesto que, como nos dice Brugsch, «los arquitectos de Faraón (los *mur-ket*)... eran á menudo hijos y nietos del rey», es evidente que en el grupo de los gobernantes las funciones políticas, eclesiásticas y profesionales estaban unidas.

63. Ningún grupo de instituciones nos muestra más claramente la marcha de la evolución social, y nin-

gundo muestra de una manera más innegable cómo se conforma la evolución social con la ley de la evolución en general. Los gérmenes fuera de los cuales nace la actividad profesional, formando una parte primero del elemento director, se diferencian de éste, al mismo tiempo que sufren una diferenciación interna; y mientras se multiplican las profesiones separándose unas de otras por la producción de subdivisiones, se hacen más coherentes y más claramente delimitadas. El proceso corresponde exactamente á aquel otro por el cual las partes de un organismo individual pasan de su estado inicial de simplicidad á su estado último de complejidad.

En el origen, el que se creía á sí mismo y se hacía atribuir por los demás un poder sobre los demonios — el hombre misterioso ó el hombre médico, — que usaba métodos coercitivos para expulsar los espíritus que producen la enfermedad, tenía el lugar del médico; y cuando sus métodos, supuestos primero como obrando de una manera sobrenatural, se comprendieron como obrando de una manera natural, su función perdió definitiva y completamente su carácter eclesiástico: la clase de los médicos que resultó de esto, y que al nacer era uniforme, se dividió eventualmente en subclases distintas, adquiriendo por completo un cuerpo distinto.

En una época más reciente de grupos más desenvueltos, surgieron los que haciendo demostraciones groseras, bien en presencia del jefe vivo, bien en presencia del jefe muerto, fueron primero á la vez cantores y danzantes; y diferenciándose de la masa del pueblo, pronto fueron distintos unos de otros; de donde en el curso del tiempo adquirieron impulso y se subdividieron según géneros diferentes: dos grupos de profesio-

sionales, cuyas alabanzas oficiales, políticas ó religiosas, adquirieron impulso y se subdividieron según géneros diferentes. Y se separaron después unos de otros por un proceso análogo en músicos, unos de la voz, de instrumentos otros, y en compositores; bien entendido, en clases, con un rico contenido de divisiones interiores.

Las ovaciones tributadas así al rey vivo como al muerto, aunque revestían la forma de baile y de música, se manifestaban asimismo bajo forma verbal al principio, espontáneas y sin reglas; vinieron después las reglas y el ritmo; de ahí el discurso primero desprovisto de ritmo; después el orador exaltado, que por una mayor emoción produce el discurso rimado del sacerdote poeta que canta versos; versos que, por último, se hacen himnos de alabanza. Por este tiempo, las imitaciones groseras de los actos del héroe que acompañaban estas ceremonias hechas ya por una persona, ya por varias, resultaron representaciones dramáticas, que perfeccionadas poco á poco, acababan por verificarse bajo la dirección de un actor jefe, que fué el prototipo de los actores de piezas del teatro. Y de estos gérmenes que todos se ligan en el culto, salen poco á poco diversas profesiones: las de poeta, de actor, de autor dramático y otras profesiones derivadas por subdivisión.

Las hazañas del héroe-dios recitadas, cantadas ó representadas en la pantomima, fueron completadas, naturalmente, con detalles; los relatos *devinieron* la historia de la vida, y de esta suerte el sacerdote poeta dió nacimiento al biógrafo, y las historias de éste, concernientes á personajes menos sagrados, se hicieron cosa secular. Relatos relativos al rey, unidos á los relatos relativos á sus compañeros y amplificados por

narraciones de hechos que les concernían, formaron las primeras páginas de la historia. Y de estos relatos de las acciones de los hombres aislados y de grupos de hombres, verídicos en parte, pero exagerados con el dominio del mito, surgió el mito absoluto ó la ficción cuando se extremó lo falso, que entonces, como siempre, conservó el carácter biográfico-histórico. Añadamos que estas críticas y reflexiones, desparramadas á través de la literatura personal, animaron lentamente una literatura impersonal; como se ve, todos los distintos grupos de estos productos tienen por raíz más profunda las alabanzas del sacerdote poeta.

Los médicos de los salvajes y los sacerdotes de los pueblos antiguamente civilizados, se veían incitados á acrecentar su influencia y á adquirir siempre nuevos conocimientos á propósito de las cosas naturales y de las propiedades de las cosas; y como se les suponía en comunicación con los seres sobrenaturales, se suponía también que de ellos recibían sus conocimientos. De ahí surgió el sacerdote, el hombre de ciencia primitivo; y conducido por sus experiencias especiales á meditar sobre las causas de todas las cosas, penetró en la esfera de la filosofía; su ciencia y su filosofía estaban al servicio de la religión.

Por su cultura mayor, y también en virtud de su pretendida comunicación con los dioses, de quienes llevaban la voz, se produjo la autoridad á que se recurría en casos de litigios; y siendo asimismo, en calidad de historiador, una autoridad sobre las transacciones del pasado y los usos tradicionales ó leyes, adquiere con estas dos cualidades el carácter de juez. Además, cuando el desenvolvimiento de la administración legal produjo al abogado, éste era, aunque de costumbres de origen laico, á las veces eclesiástico.

Distinguido en las épocas antiguas por ser el hombre sabio de la tribu ó de la sociedad, y distinguiéndose muy especialmente como poseedor de estos conocimientos, á los cuales se atribuía el valor más alto,—el conocimiento de las cosas visibles—el sacerdote *devino* necesariamente profesor. Transmitió relatos de tradiciones relativos á los espíritus y á los dioses, primero á los neófitos, sacerdotes como él, pero más tarde enseñó también á las clases cultas; después no se limitó sólo á la instrucción en las cosas sobrenaturales, enseñó cosas naturales; y por haber sido el primer profesor en conocimientos seculares, conservó mucha parte en la enseñanza secular, incluso en la enseñanza secular de ahora.

Como el acto original del sacerdote consistió en ofrecer sacrificios, y como la constitución de un altar para los sacrificios era asimismo implícitamente un acto relevante para el sacerdote, resulta que la construcción de un abrigo por cima del altar, que en su forma más desenvuelta constituyó un templo, era también un atributo del sacerdote. Cuando el sacerdote dejó de ser su propio ejecutor y se contentó con dirigir á los operarios, continuó siendo el que hacía los planos de la construcción, y cuando abandonó esta función, el maestro constructor ó arquitecto continuó en camino de seguir sus indicaciones generales. Y cuando el templo y el palacio en diferentes sociedades antiguas, á la vez residencia del jefe divinizado y del jefe vivo (todavía tiene actualmente un palacio el porte de un templo pequeño), y ofrecen los primeros ejemplos de una arquitectura desenvuelta, nace la arquitectura secular.

Una imagen humana, groseramente esculpida ó modelada, colocada sobre la tumba de un muerto, dió

origen á la representación esculpida del dios en su templo. Producto de la habilidad del sacerdote al principio, continuó siéndolo en ciertos casos en los pueblos civilizados antiguos; y cuando fué un artista el que lo ejecutaba, la ejecución estaba reglamentada por el sacerdote. Extendiéndose más tarde á la representación de otros personajes que ya no tenían un carácter divino ó semidivino, adquiere á la postre su forma secularizada.

Así sucedió con la pintura. Sirve primero para completar la representación esculpida del personaje á quien se tributaba reverencia ó culto, y se empleó después por los sacerdotes y sus ayudantes en ciertas tribus para representar las acciones de sus héroes. Permaneció mucho tiempo al servicio de la religión, ya en la pintura de las estatuas (como se hace todavía en la Iglesia católica romana con las imágenes de los santos, etc.), ya en el decorado de los templos ó en la confección de retratos de personas fallecidas sobre sarcófagos ó lápidas; cuando adquiere independencia tardó mucho tiempo en emplearse en otra cosa distinta de la reproducción de escenas sagradas; su secularización eventual fué acompañada de subdivisiones en gran variedad de géneros; sus artistas se subdividían en grupos correlativos.

De esta suerte, presenta la marcha de la evolución profesional en todas partes los mismos rasgos. En ciertas fases, como la que describe Hue, existente todavía entre los thibetanos, donde «el lama no es sólo sacerdote, sino pintor, poeta, escultor, arquitecto, médico», se encuentra en la misma individualidad ó en el mismo grupo de individuos, las virtualidades de donde salen gradualmente los grupos especializados que conocemos como profesiones. Y mientras que fuera de una

clase primitiva se forman por divergencias progresivas un gran número de clases, sufre cada una de estas clases á su vez cambios análogos: se forman subdivisiones y hasta subdivisiones de las subdivisiones, que son gradualmente mejor delimitadas; de modo que la marcha hacia adelante se hace en todas partes de una homogeneidad indefinida á una heterogeneidad definida.

64. En presencia del hecho de que la inmensa mayoría del género humano vive adherida con persistencia á las creencias políticas y religiosas en que ha sido educada, y en presencia del hecho ulterior de que en relación con sus creencias, de cualquiera suerte que hayan sido adquiridas, surgen prejuicios que excluyen prácticamente toda prueba contraria, no hay para qué atenerse á los ejemplos que preceden juntos á ejemplos similares apuntados anteriormente; bastan para demostrar á esa mayoría que la sociedad es el producto de un florecimiento y no un acto de fabricación y que tiene su evolución con sus leyes.

En todos, desde el primer ministro hasta el muchacho que guía una miserable carreta por la calle, se ve bien clara la ignorancia, ó el desconocimiento de la verdad de que las naciones reciben sus órganos vitales por procesos naturales y no por medios de artificio. Se cree que los arreglos sociales se hicieron de una manera ó de otra por reyes, ó en su defecto, por parlamentos. El hecho de que han podido producirse una serie de pequeños cambios acumulados no previstos por los jefes, es un verdadero secreto de polichinela conocido últimamente por un número escaso, pero que todavía no conoce el gran número de los instruidos ni de los ignorantes.

Aunque la transformación del suelo en superficie

productiva de alimentos, devastada, provista de cercados, drenada y cubierta de haciendas, se haya realizado por hombres trabajando para su provecho personal, y no por el poder legislativo—aunque aldeas, villas, ciudades, hayan crecido insensiblemente bajo la influencia del deseo de los hombres de satisfacer sus necesidades;—aunque por la cooperación espontánea de ciudadanos se hayan creado canales, caminos de hierro, telégrafos y otros medios de comunicación y de distribución, las fuerzas naturales que hicieron todo eso, quedan ignoradas y parece que no intervienen en la materia del razonamiento político. Nuestro inmenso sistema manufacturero con sus invenciones múltiples, que aprovisiona tan ricamente á los consumidores del país lo mismo que á los extranjeros, y la inmensa marina mercante que trasporta los productos indígenas á toda la superficie del globo, devuelve otros productos, en cambio, tienen un origen natural y no artificial. La transformación por la cual á través de millares de años las ocupaciones de los hombres se especializaron hasta tal punto que, ayudando cada uno á satisfacer alguna pequeña parte de las necesidades de sus conciudadanos, ve las suyas propias satisfechas por el trabajo de otras personas, se hace sin plan previo y sin ponerse en guardia. El saber, desenvolviéndose en ciencia que se hizo de tal suerte vasta que nadie puede sorprender ni su décima parte, y que guía ahora la actividad productora en general, resulta de los trabajos de individuos que van impulsados, no por el elemento director, sino por sus propias inclinaciones. De esta manera ha sido creada también esta vasta masa que se llama literatura y que nos procura placeres que llenan una considerable parte de nuestra vida. No sucede otra cosa tampoco con la literatura

effimera. El periodismo de información estrecha, que procura satisfacciones á las necesidades más urgentes del espíritu humano, es el resultado de la actividad de ciudadanos que buscan cada uno por su cuenta beneficios personales. En seguimiento de éstos vienen las innumerables compañías, asociaciones, uniones, clubs, empresas de seguros, de filantropía, de cultura, de arte y de divertimento, así como una multitud de instituciones que reciben anualmente millones de dotaciones y suscripciones, provenientes todas de la cooperación voluntaria de los ciudadanos. Y, sin embargo, casi todos están de tal modo hipnotizados por la continua contemplación de hechos y hazañas de los ministros y los parlamentos, que no tienen ya ojos para esta maravillosa organización que se desenvolvió después de millones de años sin la ayuda del gobierno ¿qué digo? á despecho de los impedimentos suscitados por él.

Hay leyes, en efecto, que hicieron un inmenso daño á la agricultura, á la industria, al comercio, á la banca, al periodismo, heridas curadas en seguida gracias á las fuerzas sociales que han repuesto el curso normal del desenvolvimiento.

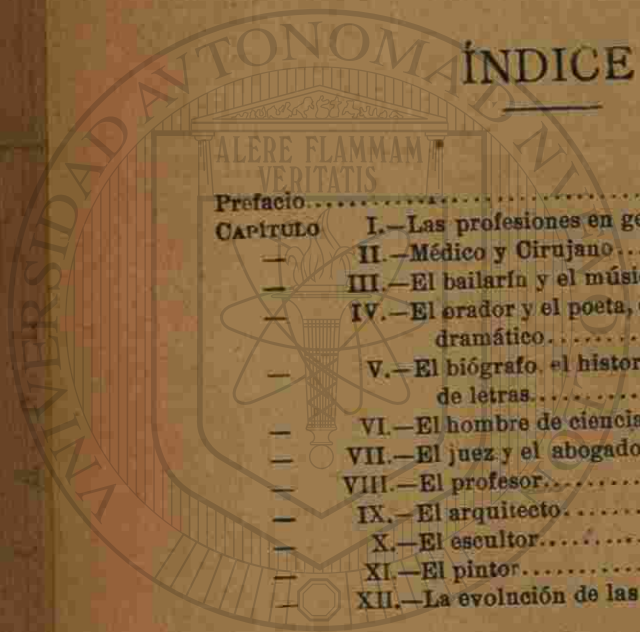
Son de tal suerte los hombres inconscientes del organismo social, que permanecen ciegos aunque la actividad espontánea de sus unidades, buscando cada una medios de existencia, engendra mares de sustancias alimenticias que á cada paso llegan á su puerta, aunque el agua del baño por la mañana, el alumbrado de sus habitaciones, el fuego de sus hornillos, el ómnibus ó el tranvía que les conduce á su oficina, el negocio que explotan (posible, gracias al sistema distributivo de que forma parte), la «edición» especial del periódico que leen, el teatro ó el concierto á que los atrae y domina, el carruaje que les conduce á sus negocios ó

diversiones, todo resulta del trabajo libre y espontáneo de la humanidad organizada. Aunque por la actividad vital en cuestión se transporta el capital á los puntos donde más se necesita; aunque las necesidades de la vida vivan en equilibrio en todas partes, y en todas partes se nivelen los precios sin reglamentación oficial, sin embargo, se olvidan de la verdad de que estos procesos tienen un origen social sin que nadie los haya ordenado ó promulgado, no pueden creer que sea la sociedad quien los produce mejorada por los agentes naturales. De donde resulta que cuando ven un mal que curar ó un bien que realizar, solicitan el poder legal como siendo el único medio posible de lograrlo.

Hay más todavía. Si, como demuestran, todo debate parlamentario y toda reunión política, no conceden los proyectos de ley ninguna atención á este beneficioso desenvolvimiento social, que hizo tanto y del que se puede esperar una actividad más eficaz, puede decirse que ignoran mucho más todavía las leyes de ese desenvolvimiento, y no reconocen un orden natural en los cambios, por los que pasa la sociedad de los grados inferiores á los grados superiores. Aunque, como vimos, la marcha de la evolución de que hemos dado ejemplo en la génesis de las profesiones, sea similar en su carácter á la marcha de que también se han dado ejemplos en la génesis de las instituciones políticas y eclesiásticas, y en otras partes y aunque el primer estudio racional que deba hacerse respecto de cualquiera medida propuesta deba consistir en buscar si entra ó no en el dominio de tal evolución, y en preguntarse qué resultado se obtendrá en ir al encuentro del curso normal de las cosas, no sólo no se ocupa mucho la gente de esta cuestión, sino que el que la pro-

vocara sería la risión de toda asamblea popular, y se reiría de él como de un soñador la Cámara de los Comunes; el único método estimado prudente en toda reunión de gente, es intentar valuar las ventajas y los males inmediatos.

Ningún argumento, ninguna acumulación de pruebas tienen buen éxito para cambiar esta aptitud mientras que no se produzca un género diferente de espíritu y una cualidad de cultura diferente. Continuará el político gastando su energía en corregir algunos males y en producir otros nuevos, en formar y reformar otra vez, proponiendo enmiendas á las leyes ya enmendadas, mientras que los «confeccionadores» de sistemas sociales continuarán creyendo que no tienen más que cortar en piezas á la sociedad para arreglarla al instante, según su modelo ideal, y que sus piezas soldadas de nuevo, trabajarán en el bien y realizarán la esperada tarea.



ÍNDICE

	Páginas
Prefacio.....	1
CAPÍTULO I.—Las profesiones en general.....	5
— II.—Médico y Cirujano.....	18
— III.—El bailarín y el músico.....	34
— IV.—El orador y el poeta, el actor y el autor dramático.....	54
— V.—El biógrafo, el historiador y el hombre de letras.....	78
— VI.—El hombre de ciencia y el filósofo.....	94
— VII.—El juez y el abogado.....	112
VIII.—El profesor.....	130
— IX.—El arquitecto.....	146
— X.—El escultor.....	156
— XI.—El pintor.....	169
— XII.—La evolución de las profesiones.....	183

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

CATÁLOGO

por orden alfabético de materias, de las obras que se venden en la Administración de LA ESPAÑA MODERNA, Cuesta de Santo Domingo, número 16, principal, Madrid.

ANTROPOLOGIA

- Ferri.**— Antropología criminal, 3 pesetas.—Nuevos estudios de antropología criminal, 3 pesetas.
- Lombroso.**— Antropología y psiquiatría, 3 pesetas.—El Hipnotismo, 3 pesetas.—Aplicaciones judiciales y médicas de la antropología criminal, 3 pesetas.—Últimos progresos de la antropología criminal, 3 pesetas.—En colaboración con Ferry, Garofalo y Fioretti: La Escuela criminológica positivista, 7 pesetas.
- Westermarck.**—El Matrimonio en la especie humana, 3 pesetas.

ARTE

- Lemcke.**—Estética, 8 pesetas.
- Taine.**—Filosofía del Arte, 3 pesetas.—La Pintura en los Países Bajos, 3 pesetas.—El Ideal en el arte, 3 pesetas.—El Arte en Grecia, 3 pesetas.—Nápoles, 3 pesetas.—Roma,

2 tomos, 6 pesetas.—Florencia, 3 pesetas.—Venecia, 3 pesetas.—Milán, 3 pesetas.

BIOGRAFÍA

- Araujo.**—Goya, 3 pesetas.
- Asensio.**—Pinzón, 3 pesetas.—Fernán Caballero, 1 peseta.
- Barbey.**—El Dandismo y Jorge Brummell, 3 pesetas.
- Becerro de Bengoa.**—Trucha, 1 peseta.
- Bergeret.**—Mouton (Merinos) 1 peseta.
- Boissier.**—Cicerón y sus amigos. Estudio de la sociedad romana del tiempo de César, 8 pesetas.
- Bourget.**—Taine, 0,50 pesetas.
- Campoamor.**—Cáneas, 1 peseta.
- Dorado.**—Concepción Arenal, 1 peseta.
- Fernández Guerra.**—Hartzenbusch, 1 peseta.
- Fernán-Flor.**—Zorrilla, 1 peseta. Tamayo, 1 peseta.

Gautier.—Nerval y Baudelaire, 3 pesetas.—Madama de Girardin y Balzac, 3 pesetas.—Heine, 1 peseta.

Gladstone.—Los Grandes nombres, 5 pesetas. Lord Macaulay, 1 peseta.

Goethe.—Memorias, 5 pesetas.

Haussonville.—La Juventud de lord Byron, 5 pesetas.

Heine.—Memorias, 3 pesetas.

Lange.—Luis Vives, 2,50 pesetas.

Macaulay.—Vida, memorias y cartas, 2 tomos, 14 pesetas.—La Educación de lord Macaulay, 7 pesetas.

Maupassant.—Zola, 1 peseta.

Menéndez y Pelayo.—Núñez de Arce, 1 peseta.—Martínez de la Rosa, 1 peseta.

Meneval.—María Stuardo, 6 pesetas.

Nolins.—Bretón de los Herreros, 1 peseta.

Pardo Bazán.—El P. Colón, 2 pesetas.—Alarcón, 1 peseta.—Campanor, 1 peseta.

Passarge.—Ibsen, 1 peseta.

Picón.—Ayala, 1 peseta.

Renán.—Mi infancia y mi juventud (agotada).—Memorias íntimas, 2 tomos, 6 pesetas.

Sainte-Beuve.—Tres mujeres, 3 pesetas.—Retratos de mujeres, 3 pesetas.

Stuart Mill.—Mis memorias, 3 pesetas.

Tolstoy.—Mi infancia, 3 pesetas.—Mi juventud, 3 pesetas.—Mi confesión, 3 pesetas.

Valera.—Ventura de la Vega, 1 peseta.

Wagner.—Recuerdos de mi vida, 3 pesetas.

Zola.—Jorge Sand, 1 peseta.—Victor Hugo, 1 peseta.—Balzac, 1 peseta.—Daudet, 1 peseta.—Sardou, 1 peseta.—Dumas, 1 peseta.—Flaubert, 1 peseta.—Chateaubriand, 1 peseta.—Goncourt, 1 peseta.—Musset, 1 peseta.—Gautier, 1 peseta.—Stendhal, 1 peseta.—Sainte-Beuve, 1 peseta.

CRITICA LITERARIA

Caro.—Nuestras costumbres literarias, 3 pesetas.—La Crítica en la actualidad, 3 pesetas.

Zola.—Estudios literarios, 3 pesetas. Mis odios, 3 pesetas.—Nuevos estudios literarios, 3 pesetas.—Estudios críticos, 3 pesetas.—El Naturalismo en el teatro, 2 tomos, 6 pesetas.—Los Novelistas naturalistas, 2 tomos, 6 pesetas.—La Novela experimental, 3 pesetas.

DERECHO

Aguanno.—La Génesis y la evolución del Derecho civil, 15 pesetas.—La Reforma integral de la legislación civil (2.ª parte de La Génesis), 4 pesetas.

Arenal.—El Derecho de gracia, 3 pesetas.—El Visitador del preso, 3 pesetas.—El Delito colectivo, 1,50 pesetas.

Arnó.—Las servidumbres rústicas y urbanas (en prensa).

Asser.—Derecho internacional privado, 6 pesetas.

Burgess.—Ciencia política y Derecho constitucional comparado, 2 tomos, 14 pesetas.

Carnevale.—Filosofía jurídica, 5 pesetas.—La Cuestión de la pena de muerte, 3 pesetas.

Dorado Montero.—Problemas jurídicos contemporáneos, 3 pesetas.—El Reformatorio de Elmira (Derecho penal), 3 pesetas.

Fouillée.—Novísimo concepto del Derecho en Alemania, Inglaterra y Francia, 7 pesetas.

Framarino.—Lógica de las pruebas (en Derecho penal), 2 tomos, 15 pesetas.

Gabba.—Derecho civil moderno, 2 tomos, 15 pesetas.

Garofalo.—La Criminología, 10 pesetas.—Indemnizaciones a las víctimas del delito (2.ª parte de La Criminología), 4 pesetas.

Giuriati.—Los Errores judiciales, 7 pesetas.

González.—Derecho usual, 5 pesetas.

Goodnow.—Derecho administrativo comparado, 2 tomos, 14 pesetas.

Gross.—Manual del Juez, 12 pesetas.

Gumpowicz.—Derecho político-filosófico, 10 pesetas.

Hunter.—Sumario de Derecho romano, 4 pesetas.

Ihering.—Cuestiones jurídicas, 5 pesetas.

Krüger.—Historia, fuentes y literatura del Derecho romano, 7 pesetas.

Lombroso, Ferry, Garofalo y Fioretti.—La Escuela criminológica positivista, 7 pesetas.

Macaulay.—Estudios jurídicos, 2 tomos, 9 pesetas.

Manduca.—El Procedimiento penal y su desarrollo científico, 5 pesetas.

Martens.—Derecho Internacional (público y privado), 3 tomos, 22 pesetas.

Meyer.—La administración y la organización administrativa en Inglaterra, Francia, Alemania y Austria.—Introducción y exposición de la organización administrativa en España, por A. Posada, 5 pesetas.

Miraglia.—Filosofía del Derecho, 2 tomos, 15 pesetas.

Mommsem.—Derecho público romano, 12 pesetas.

Neumann.—Derecho Internacional público moderno, 6 pesetas.

Posada.—La Administración política y la Administración social, 5 pesetas.

Ricci.—Tratado de las pruebas en Derecho civil, 2 tomos, 20 pesetas.

Savigny.—De la vocación de nuestro siglo para la legislación y para la ciencia del Derecho, 3 pesetas.

Sighele.—El Delito de dos, 4 pesetas.—La Muchedumbre delincuente, 4 pesetas.—La Teoría positiva de la complicidad, 5 pesetas.

Sohm.—Historia e Instituciones del Derecho Privado Romano, un gran vol. 14 pesetas.

Spencer.—La Justicia, 7 pesetas.—

Exceso de legislación, 7 pesetas.—De las leyes en general, 8 pesetas.—Ética de las prisiones, 10 pesetas.

Sthal.—Historia de la filosofía de Derecho, 12 pesetas.

Summer-Maine.—El Antiguo Derecho y la costumbre primitiva, 7 pesetas.—La Guerra según el derecho internacional, 4 pesetas.—Historia del Derecho, 8 pesetas.—Las Instituciones primitivas, 7 pesetas.

Supino.—Derecho mercantil, 12 pesetas.

Tarde.—Las Transformaciones del Derecho, 6 pesetas.—El Duelo y el delito político, 3 pesetas.—La Criminalidad comparada, 3 pesetas.—Estudios penales y sociales, 3 pesetas.

Todd.—El Gobierno parlamentario en Inglaterra, 8 pesetas.

Varios autores.—(Aguanno, Altamira, Aramburu, Arenal, Buyla, Carnevale, Dorado, Fioretti, Ferri, Lombroso, Pérez Oliva, Posada, Salillas, Sanz y Escartín, Silió, Tarda, Torres-Campos y Vida.)—La Nueva Ciencia Jurídica, 2 tomos, 15 pesetas.

Idem.—(Aguanno, Alas, Azcárate, Bances, Benito, Bustamante, Buyla, Costa, Dorado, F. Pello, F. Prida, García Lastra, Gide, Giner de los Ríos, González Serrano, Gumpowicz, López Selva, Menger, Pedregal, Pella y Forgas, Posada, Rico, Richard, Fela, Uña y Sarthou, etc.)—El Derecho y la Sociología contemporáneos, 12 pesetas.

Vivante.—Derecho mercantil, 12 pesetas.

ECONOMÍA

Antoine.—Curso de Economía social (en prensa).

Buyla Neumann, Kleinwachter, Nasse, Wagner, Mithof y Lexis.—Economía, 12 pesetas.

Goschen.—Teoría sobre los cambios extranjeros, 7 pesetas.

Kells Ingram.—Historia de la Economía política, 7 pesetas.

Kropotkin.—Campos, fábricas y talleres, 6 pesetas.
Laveleye.—Economía política, 7 pesetas.
Leroy-Beaulieu.—Economía política, 8 pesetas.
Rogers.—Sentido económico de la Historia, 10 pesetas.
Virgili.—Manual de Estadística, 4 pesetas.

FILOSOFÍA

Amiel.—Diario Intimo, 9 pesetas.
Caro.—El Pesimismo en el siglo XIX, 3 pesetas.—El Suicidio y la civilización, 3 pesetas.—Littré y el positivismo, 3 pesetas.—El derecho y la fuerza, 3 pesetas.
Collins.—Resumen de la Filosofía de Spencer, 4 tomos, 15 pesetas.
Emerson.—La ley de la vida, 5 pesetas.—Hombres simbólicos, 4 pts.
Fichte.—Discursos a la nación alemana, sobre regeneración y educación de la Alemania moderna, 5 pts.
Fouillée.—Historia de la Filosofía, 2 tomos, 12 pesetas.
Guyau.—La moral inglesa contemporánea, 6 Moral de la utilidad y de la evolución, 12 pesetas.
Heine.—Alemania, 6 pesetas.
Lubbock.—El Empleo de la vida, 3 pesetas.—La vida dichosa, 3 pts.
Nietzsche.—Así hablaba Zaratustra, 7 pesetas.—Más allá del bien y del mal, 5 pesetas.—Genealogía de la moral, 3 pesetas.
Schopenhauer.—Fundamento de la moral, 5 pesetas.—El Mundo como voluntad y como representación, 12 pesetas.—Estudios escogidos, 3 pesetas.
Spencer.—Los Datos de la Sociología, 2 tomos, 12 pesetas.—Las Inducciones de la Sociología y Las Instituciones domésticas, 9 pesetas.—Las Instituciones sociales, 7 pesetas.—Las Instituciones políticas, 2 tomos, 12 pesetas.—Las Instituciones eclesiásticas, 6 pesetas.—Las Instituciones profesionales e industriales (en prensa).

—Comprenden: La Moral de los diversos pueblos y La Moral personal, 7 pesetas.—La Justicia, 7 pesetas.—La Beneficencia 6 pesetas.
— El Organismo social, 7 pesetas.— El Progreso, 7 pesetas.—Exceso de legislación, 7 pesetas.—De las leyes en general, 8 pesetas.—Ética de las prisiones, 10 pesetas.
Stahl.—Historia de la Filosofía del Derecho, 12 pesetas.
Taine.—Filosofía del Arte, 3 pesetas.

HIGIENE

Hirsch, Stokvis, Kochs, Würzburg.—Estudios de higiene general, 3 pesetas. Comprende las siguientes monografías: Desarrollo histórico de la higiene pública, por Hirsch, profesor en Berlín.—Patología comparada de las razas, por Stokvis, profesor en Amsterdam.—Las infecciones, por Kochs, profesor en Berlín, y Cómo decaen las naciones. Causas y remedios, por Würzburg, jefe de estaística de Berlín.

HISTORIA

Boissier.—Cicerón y sus amigos.—Estudio de la sociedad romana del tiempo de César, 8 pesetas.
Campe.—Historia de América, 2 tomos, 6 pesetas.
Carlyle.—La Revolución francesa, 8 pesetas.
Dowden.—Historia de la Literatura francesa, 9 pesetas.
Fouillée.—Historia de la Filosofía, 2 tomos, 12 pesetas.
Fournier.—El Ingenio en la Historia, 3 pesetas.
Garnet.—Historia de la Literatura Italiana, 9 pesetas.
Goncourt.—Historia de María Antonieta, 7 pesetas.—Historia de la Pompadour, 6 pesetas.—Las favoritas de Luis XV, 6 pesetas.
Heine.—Alemania, 6 pesetas.
Murray.—Historia de la Literatura clásica y griega, 10 pesetas.
Renán.—Estudio de Historia religiosa, 6 pesetas.—Las Vidas de los santos, 6 pesetas.

Stahl.—Historia de la Filosofía del Derecho, 12 pesetas.

Taine.—Los orígenes de la Francia contemporánea, 10 pesetas.—Historia de la Literatura Inglesa contemporánea, 7 pesetas.—Historia de la Literatura Inglesa, Los Orígenes, 7 pesetas.—El Renacimiento, 7 pesetas.—La Edad Clásica, 6 pts.

Tolstoy.—El Sitio de Sebastopol, 3 pesetas.

Uriel.—Historia de Chile, 8 pesetas.

Walizewsky.—Historia de la Literatura Rosa, 9 pesetas.

Wertermarck.—El Matrimonio en la especie humana, 12 pesetas.

Wolf.—Historia de las Literaturas Castellana y Portuguesa, con notas de M. Menéndez y Pelayo, 2 volúmenes, 15 pesetas.

MISCELÁNEA

Alcofurado.—Cartas amatorias de la monja Mariana Alcofurado, 3 pesetas.

Baudelaire.—Los Paraísos artificiales, 3 pesetas.

Castro.—El Libro de los galicismos, 3 pesetas.

Gautier.—Bajo las bombas prusianas, 3 pesetas.

Gay.—Salones célebres, 3 pesetas.

Hamilton.—Lógica parlamentaria, 2 pesetas.

Lemonnier.—La Carnicería (Sedan), 3 pesetas.

Stead.—El Gobierno de New York, 3 pesetas.

Stendhal.—El Amor, 3 pesetas.—Curiosidades amatorias, 3 pesetas.

Tolstoy.—Fisiología de la guerra, 3 pesetas.—Placeres viciosos, 3 pts.

Varios autores.—(Thebussem, Manuel del Palacio, Picón, Campomór, Pardo Bazán, Zorrilla, Palacio Valdés, Ferrari, Oller, Sellés, Valbuena, etc.)—Novelas y caprichos, 3 pesetas.

NOVELA

Balzac.—Eugenia Grandet, 3 pesetas.—Papá Goriot, 3 pesetas.—Urula Mirouet, 3 pesetas.—César Bi-

rotteau, 3 pesetas.—La Quiebra de César Birotteau, 3 pesetas.

Barbey d'Aurevilly.—El Cabealla, 3 pesetas.—Venganza de una mujer, 3 pesetas.—Las Diabólicas, 3 pesetas.—Una historia sin nombre, 3 pesetas.—La Hechizada, 3 pts.

Cherbuliez.—Miss Rovet, 3 pesetas.—La Tema de Juan Tozudo, 3 pesetas.—Amores frágiles, 3 pesetas.—Paula Meré, 3 pesetas.—Meta Holdenia, 3 pesetas.

Coppée.—Un idilio, 3 pesetas.

Daudet.—Jack, 2 tomos, 6 pesetas.—La Evangelista, 3 pesetas.—El Sitio de Paris, 3 pesetas.—Novelas del lunes, 3 pesetas.—Cartas de mi molino, 3 pesetas.—Tartarin en los Alpes, 3 pesetas.—Cuentos y fantasías, 3 pesetas.

Dostoyusky.—La Casa de los muertos, 3 pesetas.—La Novela del presidio, 3 pesetas.

Ferrán.—Obras completas, 3 pesetas.

Flaubert.—Un corazón sencillo, 3 pesetas.

Goncourt.—Querida, 3 pesetas.—Renata Mauperin, 3 pesetas.—Germinal Lacerteux, 3 pesetas.—La Elisa, 3 pesetas.—La Faustín, 3 pesetas.—La Señora Gervaisais, 3 pesetas.

Heiberg.—Novelas danesas, 3 pts.

Korolenko.—El Desertor de Sajalin, 2,50 pesetas.

Lemonnier.—La Carnicería (Sedan), 3 pesetas.

Merimée.—Colomba, 3 pesetas.—Mis perlas, 3 pesetas.

Neera.—Teresa, 3 pesetas.

Rod.—El Silencio, 3 pesetas.

Sardou.—La Perla negra, 3 pesetas.

Sudermann.—El Deseo, 3,50 pts.

Tolstoy.—La Sonata a Kreutzer, 3 pesetas.—Marido y mujer, 3 pesetas.—Dos generaciones, 3 pesetas.—El Ahorcado, 3 pesetas.—El Principe Nekhli, 3 pesetas.—En el Cáucaso, 3 pesetas.—La Muerte, 3 pesetas.—El Sitio de Sebastopol, 3

pesetas.—Los Cosacos, 3 pesetas.—Ivan el Imbécil, 3 pesetas.—El Canto del cisne, 3 pesetas.—El Camino de la vida, 3 pesetas.—Mi confesión, 3 pesetas.—Los Hambrientos, 3 pesetas.

Turguenef.—Humo, 3 pesetas.—Nido de hidalgos, 3 pesetas.—El Judío, 3 pesetas.—El Rey Lear de la Estepa, 3 pesetas.—Un desesperado, 3 pesetas.—Primer amor, 3 pesetas.—Aguas primaverales, 3 pesetas.—Demetrio Rudin, 3 pesetas.—El Reloj, 3 pesetas.—Padres é hijos, 3 pesetas.—La Guillotina, 3 pesetas.—Tierras vírgenes, 5 pesetas.

Varios autores.—Ramillete de cuentos, 3 pesetas.—Tesoro de cuentos, 3 pesetas.—Cuentos escogidos, 3 pesetas.

Zola.—Las Veladas de Medan, 3 pesetas.—La Novela experimental, 3 pesetas.—Los Novelistas naturalistas, 2 tomos, 6 pesetas.—El Doctor Pascual, 2 tomos, 6 pesetas.—Los Hombros de la marquesa, 3 pesetas.

PEDAGOGÍA

Buisson.—La Educación popular de los adultos en Inglaterra, 6 pesetas.

Fichte.—Discursos á la nación alemana, sobre regeneración y educación de la Alemania moderna, 5 pts.

Huxley.—La educación y las ciencias naturales, 6 pesetas.

Guyau.—La Educación y la herencia, 8 pesetas.

Macaulay.—La educación, 7 pts.

Tolstoy.—La Escuela de Yasnaya Poliana, 3 pesetas.

POESIAS

Campoamor.—Ternezas y flores, Ayes del alma, Fábulas; todo en un tomo, 3 pesetas.—Doloras, Cantares, Humoradas; todo en un tomo, 3 pesetas.

Ferrán.—Obras completas, 3 pesetas.

SOCIOLOGÍA

Antoine.—Curso de Economía social, 2 vols., 16 pesetas.

Caro.—El Suicidio y la civilización, 8 pesetas.—El Derecho y la fuerza, 8 pesetas.

Eltzbacher.—El Anarquismo según sus más ilustres representantes, 7 pesetas.

Engels.—Origen de la familia, de la propiedad privada y del Estado, 6 pesetas.

Fouillée.—La Ciencia social contemporánea, 8 pesetas.—Novísimo concepto del Derecho en Alemania, Inglaterra y Francia, 7 pesetas.

Garófalo.—La Superstición socialista, 5 pesetas.

Giddings.—Principios de la Sociología, 10 pesetas.

Grave.—La Sociedad futura, 8 pesetas.

Gumplowicz.—Lucha de razas, 8 pesetas.—Compendio de Sociología, 9 pesetas.

Guyau.—La educación y la herencia, 8 pesetas.—La moral inglesa contemporánea, 6 sea, Moral de la utilidad y de la evolución, 12 pts.

Janet.—La familia, 5 pesetas.

Kidd.—La Evolución social, 7 pesetas.

Kropotkin.—Campos, fábricas y talleres, 6 pesetas.

Max-Muller.—Origen y desarrollo de la religión, 7 pesetas.

Spencer.—*Principios de Sociología.* Comprenden: Los Datos de la Sociología, 2 tomos, 12 pesetas.—Las Inducciones de la Sociología y Las Instituciones domésticas, 9 pesetas.—Las Instituciones sociales, 7 pesetas.—Las Instituciones políticas, 2 tomos, 12 pesetas.—Las Instituciones eclesiásticas, 6 pesetas.—Las Instituciones profesionales é industriales (en prensa).

—*Principios de moral.* Comprenden: La Moral de los diversos pueblos y La Moral personal, 7 pesetas.—La Justicia, 7 pesetas.—La Beneficencia, 6 pesetas.

—El Organismo social, 7 pesetas.—

El Progreso, 7 pesetas.—Exceso de legislación, 7 pesetas.—De las leyes

